



El Presidente de la República checoslovaca, G. T. Masaryk, que, al cumplir los ochenta años, ha recibido el más cordial homenaje de sus paisanos. Masaryk aparece en nuestro grabado festejando á uno de los pequeñuelos que le saludaron.]

El Presidente de Checoslovaquia es, realmente, el patriarca de su pueblo; sus súbditos le consideran como padre y desde muy pequeños los niños se acostumbran á llamarle «papá». Hay así establecido un lazo cordial muy íntimo en que los pequeñuelos comienzan por sentir el afecto que razonadamente habrán de tener de adultos cuando la historia les cuente cuánto debe su patria á Masaryk. Los niños son siem-

pre número obligado de los homenajes al Presidente, y no podían faltar en los que le han sido tributados en el 80.º aniversario de su nacimiento.

Masaryk se sacrificó durante muchos años por el pueblo checo, pero encontró al fin y sigue teniendo en justa correspondencia á su sacrificio, la gratitud y el afecto más cordial y entusiasta de su pueblo, que ha sabido aprovechar ahora una ocasión legítima para demostrárselo.

LOS OCHENTA AÑOS DE MASARYK

UN PRESIDENTE PADRE DE SU PUEBLO

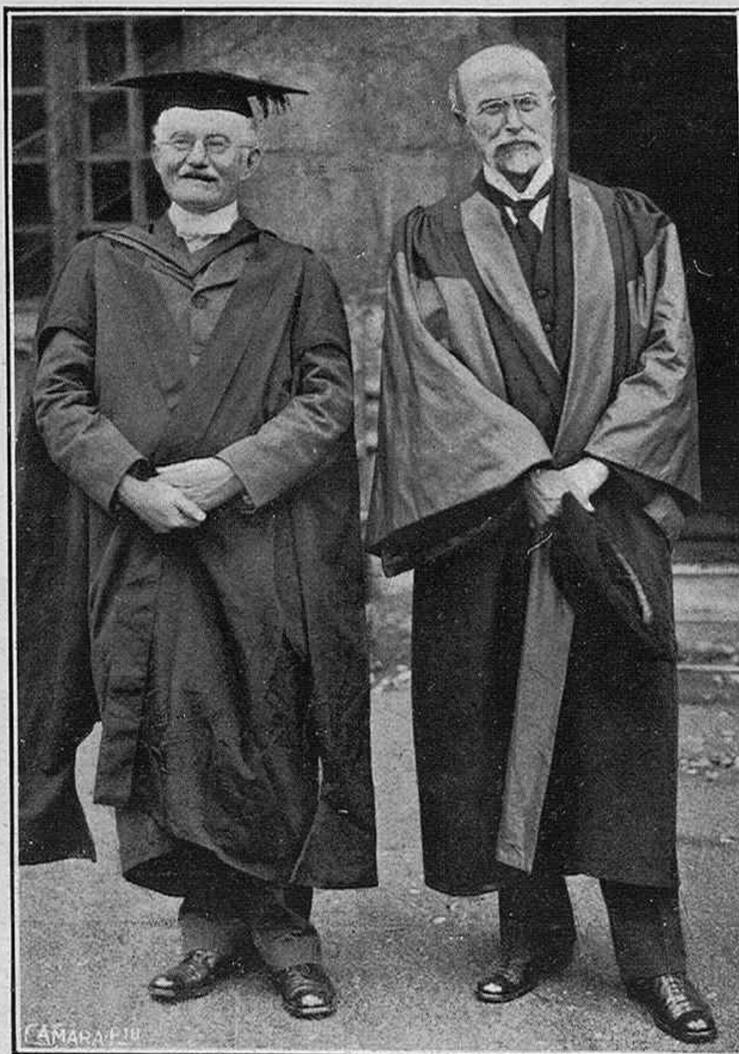
S. E. Tomás Masaryk, el Presidente de la República de Checoslovaquia, ha cumplido ochenta años; ochenta años de una vida bien llena por una existencia de trabajo, de perseverancia, de elevación espiritual y de lealtad á sus ideas, premiada con la gloria de que cuando pasa por los parques de Praga, sus súbditos le saluden con afecto filial, que los muchachos expresan mientras agitan sus gorras con la frase: «Nazdar, papá Masaryk».

Masaryk es, efectivamente, un padre para su pueblo, que le debe la independencia conquistada muy trabajosamente y en momentos difíciles, y la tranquila prosperidad de que goza.

Su pueblo le paga exaltándole merecidamente, más aún que como padre y salvador, como héroe legendario. La efigie del Presidente Masaryk está en Checoslovaquia en todos los hogares; su amor, en todos los corazones.

Su alto y noble concepto de la patria ha impregnado toda su obra y es, en definitiva, el más alto y noble concepto que de la Humanidad podría formarse: un concepto de moral y de justicia, constituyendo el ideal supremo y la única razón de existir.

Filósofo y profesor de esa ciencia, su filosofía, docentemente tan documentada por una cultura superior y una labor constante de lecturas renovadoras, se ha formado más en el contacto de las realidades. De cuna humilde, hijo de un cochero rural, aprendiz de herrero en sus primeros años y pasante de escuela después, antes de ser profesor universitario, primero en Praga y después en el Kings College, de Londres, tenía el alma forjada como el hierro que de muchacho



El Presidente Masaryk al ser proclamado Doctor «honoris causa», en Oxford

manejó y en ella un anhelo: la independencia de su país; y en 1917 dejó su puesto en Inglaterra para marchar á Rusia á organizar las legiones defensoras de aquel ideal.

Desde allí, en viaje penosísimo, atravesando el Japón y Siberia, fué á los Estados Unidos para hacer opinión y conseguir recursos en favor de su causa.

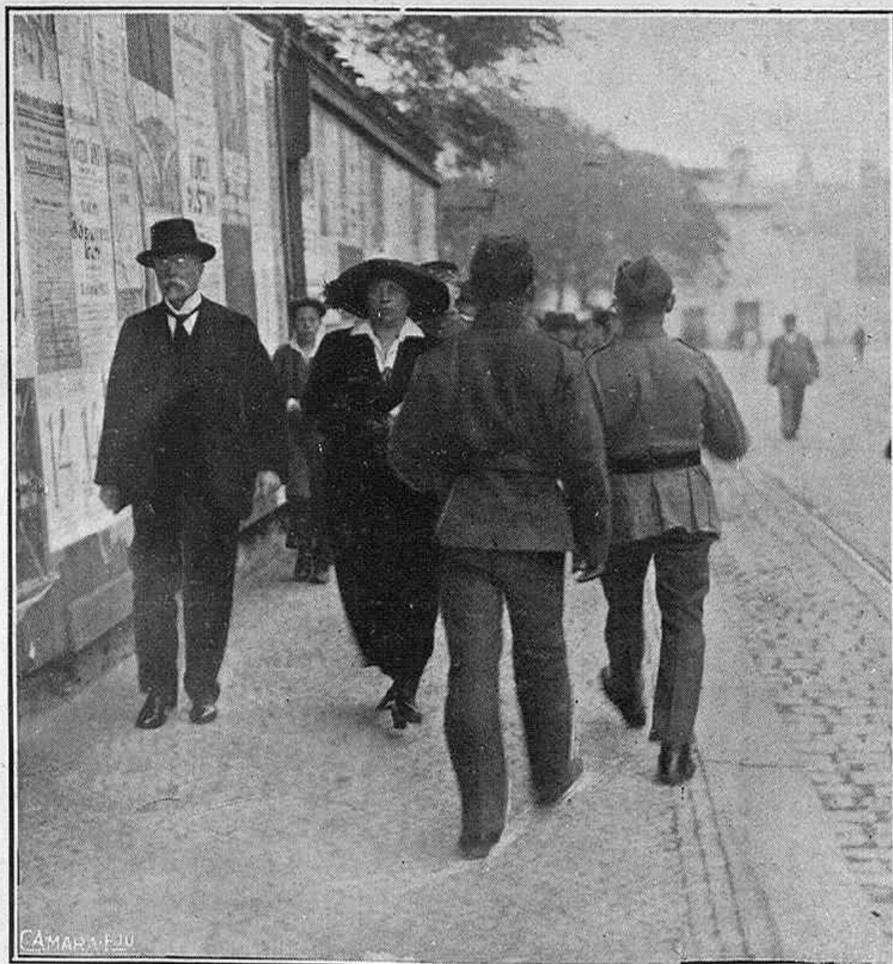
Antes había hecho lo propio en Holanda, en Italia y en Suiza, y había organizado á los emigrados checos, desperdigados, inconexos por las diversas naciones.

Aquellos cuatro años de su existencia vividos en el destierro, fuera de su patria, fueron para Checoslovaquia definitivamente salvadores; para el héroe, fuente de dolores incurables: un hijo, muerto en la guerra; la esposa amadísima, sacrificada en represalias vengativas, enloquecida en una prisión...

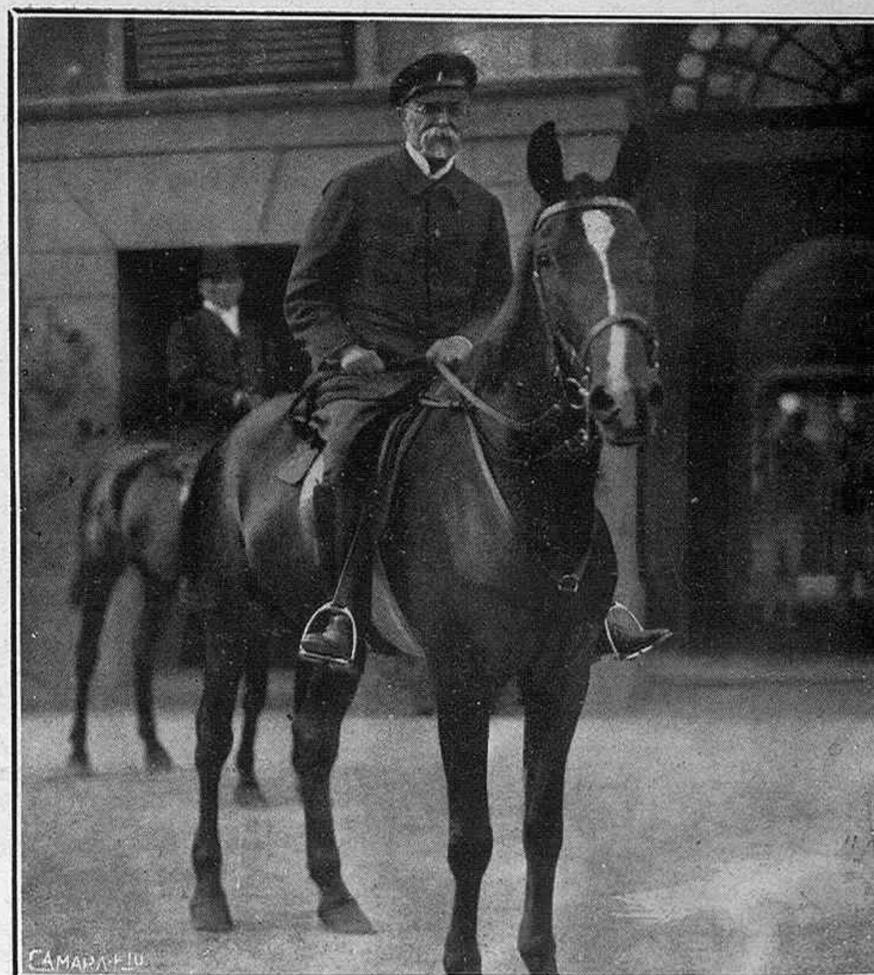
Al llegar, en regreso triunfal, á Praga, para ocupar la presidencia de la República, Masaryk fué objeto de una apoteosis glorificadora; tal vez, en aquellos instantes de gloria fué más intenso su dolor por los ausentes.

Masaryk vive en el magnífico castillo presidencial, vida humilde y tranquila, y el tiempo que sus deberes presidenciales le dejan libre, le emplea, fiel á sus viejas costumbres de profesor, en leer y leer.

Pasea diariamente á caballo, es sobrio y prudente, y los años que ahora ha cumplido le dejan aún fuerte de cuerpo y de espíritu, felizmente para su patria, en disposición de servirla aún durante mucho tiempo, escuchando siempre los gritos infantiles que le aclaman: «Nazdar, papá Masaryk».



El Presidente Masaryk encaminándose, con su hija, á votar un día de elecciones municipales



El Presidente Masaryk saliendo con sus ayudantes para dar su paseo diario

DE LA VIDA QUE PASA

Los yanquis que vendrán á España

A VER SI LLEGA ESTA CARTA

EN el sobrescrito dice: *Al doctor William M. Barlow, graduado de la Universidad de Yale y jefe del departamento de Lenguas Romances del Curtis High School, en New York City.* Y dentro del sobre he puesto con toda humildad estos renglones:

«He leído, señor mío, que en el próximo julio vendrá usted á España, dirigiendo una expedición de profesores norteamericanos, organizada por la sección de estudios hispánicos del Instituto de las Españas. Es donosamente yanqui la premura con que sus dirigidos van á recorrer—según el itinerario publicado,—la distancia que hay entre Nueva York y Biarritz, donde dormirán la noche del siete de julio. Esto es, que después de la travesía marítima, los profesores yanquis van á rodar—creo que se dice así entre deportistas y turistas,—casi dos días enteros, embaulados en autocares, por las carreteras de Francia desde el Havre á Biarritz pasando por París. Y el ocho de julio harán su entrada por la frontera española, después de recorrer el país vasco francés, llegando al atardecer á Burgos, donde permanecerán un día contemplando la catedral, las Huelgas, el monasterio de Miraflores, evocando la figura del Cid y recordando, mal que bien, versos del Romancero, y luego Madrid, para asistir casi un mes á los cursos del Centro de Estudios históricos, y el retorno á la patria con este itinerario: Córdoba, Sevilla, Gibraltar, Ronda, Granada, Madrid, Barcelona, Carasona y París.

Organizará esa exposición cualquier agencia de turismo yanqui, entroncada con compañía de navegación francesa, y fuera preciso resignarse, no sin advertir á esos profesores de Yale, Cambridge, Princeton, etc., que no tienen derecho á decir que han conocido nuestro país; pero esta expedición aparece organizada por el Instituto de las Españas y su descuido, su ignorancia, su error, su ligereza, dan pena. En lo sucesivo habría que llamarle el Instituto de la Media España, y aun hay exceso de donación en el nombre.

El llano Océano y el contorno de los continentes, trazan bien el itinerario que deben seguir unos profesores estudiosos, que no vienen como los más de los turistas yanquis á refocilarse en París, tomándolo por taberna. Nueva York-Vigo ó Nueva York-Coruña es una ruta navegable que no puede desconocer el Instituto de las Españas. Si porque no la recorren buques tan rápidos, como los que hacen la travesía entre Nueva York y el Havre la ha desdeñado el organizador hispánico, considere que proporciona mayor molestia al grupo profesional, embaulándolo en autobuses en el Havre y haciéndole recorrer 228 kilómetros hasta París y otros 650 kilómetros hasta Biarritz.

Y aun esto fuera nada, si se considera que con ese itinerario absurdo trazado por el Instituto de las Españas se priva á los profesores yanquis de conocer Santiago de Compostela, una de las más altas glorias, de las más espirituales, y, acaso, la más explicativa, la más sugeridora de cuantas España posee. Sin conocer la Catedral compostelana y sin conocer la Catedral de León, no es posible interpretar bien la de Burgos ni la de Toledo ni la de Sevilla. No son unidades aisladas, sino expresiones de distintos momentos de la espiritualidad de un pueblo harto compleja, para que se muestre á los extraños dividida en parcelas sin otra razón que una supuesta facilidad de comunicaciones. Tanto más cuanto que aquellos monumentos no se alzan aislados, sino encuadrados por otras numerosas

obras arquitectónicas y por paisajes y ambientes de tal belleza, originalidad y emoción, que no se hallarán iguales en El Escorial ni en Granada, en Sevilla ni en Barcelona. En esta ruta hispánica, además—singularmente haciendo el viaje en automóviles, como la van á hacer estos profesores yanquis—están Zamora y Salamanca... Prescindir de Santiago de Compostela ya es descuido y olvido incomprensible, pero ocultar, escamotear Salamanca á unos universitarios es un delito de lesa cultura española.

Y aun habían de estar yermas y sembradas de sal nuestras provincias del noroeste y no tener la significación histórica y espiritual que tienen en el conjunto español, y estuviera obligado el Instituto de las Españas á enviar sus viajes de Nueva York á Coruña-Vigo, que es la ruta del turismo que debemos apetecer. Hay, sin duda, una confabulación de intereses, servida por las empresas navieras francesas, alemanas y holandesas, contra nuestros puertos del No-

considerándolos como asunto *a nuisance*, como asunto fastidioso.

Y, claro es, ante este atraso troglodítico y bárbaro, usted, señor Kluckhohn, se dió á filosofar buscando la causa originaria. La encontró tan á mano y tan sugeridora y tan sin usar que la diputa por un serio descubrimiento. Se trata, nada menos, que de un caso de psicología nacional. El español, contra la leyenda que le supone gran tragador de ruedas de molino y crédulo aceptador de toda clase de cuentos, mitos, ficciones, embustes y trapacerías, no cree nada de lo que le dicen los periódicos, y no hace caso, por lo tanto, de las afirmaciones de los anunciantes.

Afortunadamente para la civilización de la Humanidad y progreso de las Españas, se nos descubre el mal que ignorábamos y se colabora en la obra de nuestra colonización interior; recolonización que dicen los amigos del hablar terne. Ese director de la Compañía de Teléfonos, cuya visita al director de uno de nuestros más importantes rotativos cuenta usted, señor Frank L. Kluckhohn, tiene todo el temple de un osado explorador. Permítame que reconstituya la escena, según usted la ha referido en *The Times*. El director de este gran rotativo creyó que el director de Teléfonos se burlaba de él, le tomaba el pelo, cuando le visitó para decirle: «Deseamos comprar un espacio en su periódico... Esta usted haciendo en su página editorial y en sus artículos de fondo una campaña contra nosotros; prosígala; una cosa no tiene nada que ver con la otra. Lo que dice el anuncio pagado no lo dice el periódico. ¿Cuánto es el precio de su línea en un contrato de doscientas mil?...» Y el director español no salía de su asombro.

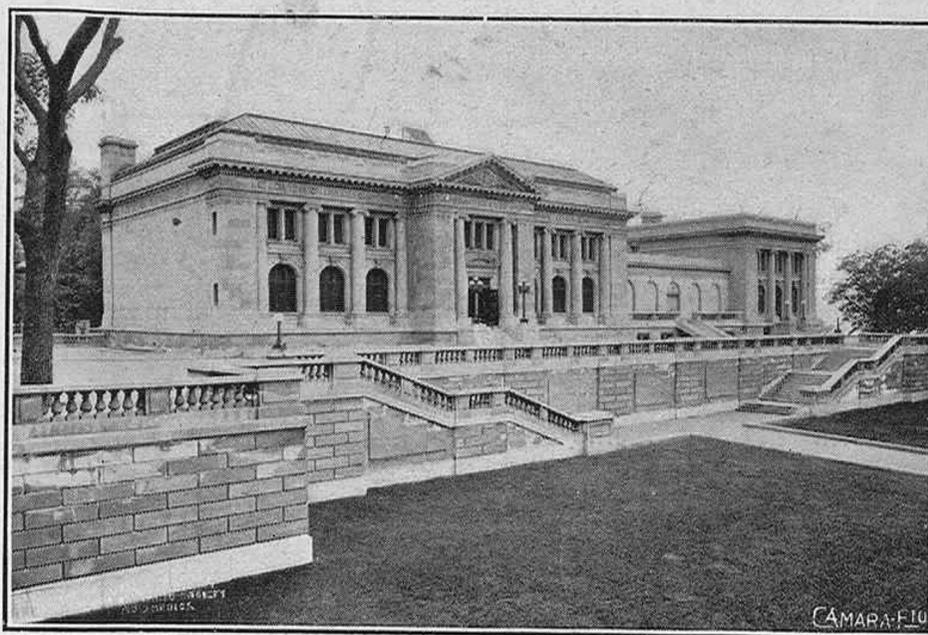
Cualquier madrileño sabe, señor Kluckhohn, que los diarios y revistas de la capital publican mayor cantidad de anuncios que los diarios y revistas de París; cualquier barcelonés vé que *El Diluvio* y *La*

Vanguardia publican mayor cantidad de anuncios que los diarios de Marsella, Tolosa ó Burdeos. Basta acercarse á las administraciones de nuestros periódicos para saber que todas tienen secciones, oficinas ó departamentos especiales para la publicidad, aparte las numerosas agencias que exclusivamente se dedican á este servicio. Así, pues, señor Kluckhohn, usted pasó por Madrid y no se enteró de lo que vió; contó usted á los lectores de *The Times* una serie de inexactitudes, cuya rectificación no le ha pedido el Instituto de las Españas ó nuestra propia Embajada, que no creo tuviera más útil diplomacia en que emplearse.

Y he aquí, ahora, nuestra tribulación. ¿Su relato de viaje, su estudio psicológico del pueblo español en relación con la publicidad, su anecdotario telefónico son precursores de la instalación en España del *Audit Bureau of Circulation*, que aquí sería confusión llamar *A. B. C.*, como en Nueva York? ¿Tras el *Audit* continuará la recolonización trayéndonos, como anunció ya, una carga de dólares para fundar un diario con ideas modernas y publicidad, moderna también; una publicidad de la que no dude el receloso lector español?

No rectifique entonces nada de sus artículos en *The Times*. Véngase confiado en que le engañaron cuantos le dijeron que el pueblo español es incrédulo. A lo sumo, por buena precaución, que no le trace el itinerario de sus propagandas el Instituto de la Media España, que sacrifica Compostela, León, Zamora y Salamanca al interés de unas compañías de navegación.»

Por las copias,
DIONISIO PEREZ



«The Hispanic Societe of America»

roeste. Se logra con esto apartar al turismo yanqui y aun al centro y suramericano, de la costa de España; llegando las agencias que encaminan los viajeros hacia el Havre, Rotterdam y Hamburgo á asegurar que hay riesgo constante en acercarse á aquellos arrecifes que en las mismas geografías españolas se designan con el nombre «Costa de la Muerte». Pero, ahora no se trata de turistas banales é ignorantes, fáciles de engañar y conducir como rebaño, sino de profesores; ni organiza el viaje una agencia logrera, sino el Instituto de las Españas. Vea, pues, el doctor Barlow, graduado de Yale, jefe de la expedición, si aun es tiempo de que se complete razonablemente é hispánicamente ese itinerario truncado, en el que los universitarios yanquis pueden sólo conocer media España.»

Y Á VER SI LLEGA ESTA OTRA

Puesto ya á mandar cartas á los Estados Unidos, metí el papel que el lector verá, en un sobre dirigido á Mr. Frank L. Kluckhohn, de la redacción de *The Times* en New York City.

«Señor—dígame á este cofrade andante;— ha estado usted en España, residió unos días en Madrid, pasó por Barcelona y le preocupó hondamente uno de los árdulos, graves problemas de nuestra vida nacional. ¿Político?, ¿social?, ¿religioso?, ¿cultural?... Le preocupó el problema de nuestra publicidad periodística. Y observó que nuestros diarios y nuestras revistas apenas publican anuncios; no hay aquí periódico ninguno que tenga un negociado ó departamento de publicidad. Es más, les molesta que los industriales y los comerciantes les lleven anuncios,

TERRIBLE CATÁSTROFE EN
EL MEDIODÍA DE FRANCIA

EL HORROR DE LAS INUNDACIONES



Aspecto hórrido de una de las mejores calles de Cahors, después de bajar las aguas

Las terribles inundaciones que han devastado una gran parte, y no ciertamente la menos rica y bella, del mediodía de Francia, han llenado de duelo, que debemos compartir, á la nación vecina.

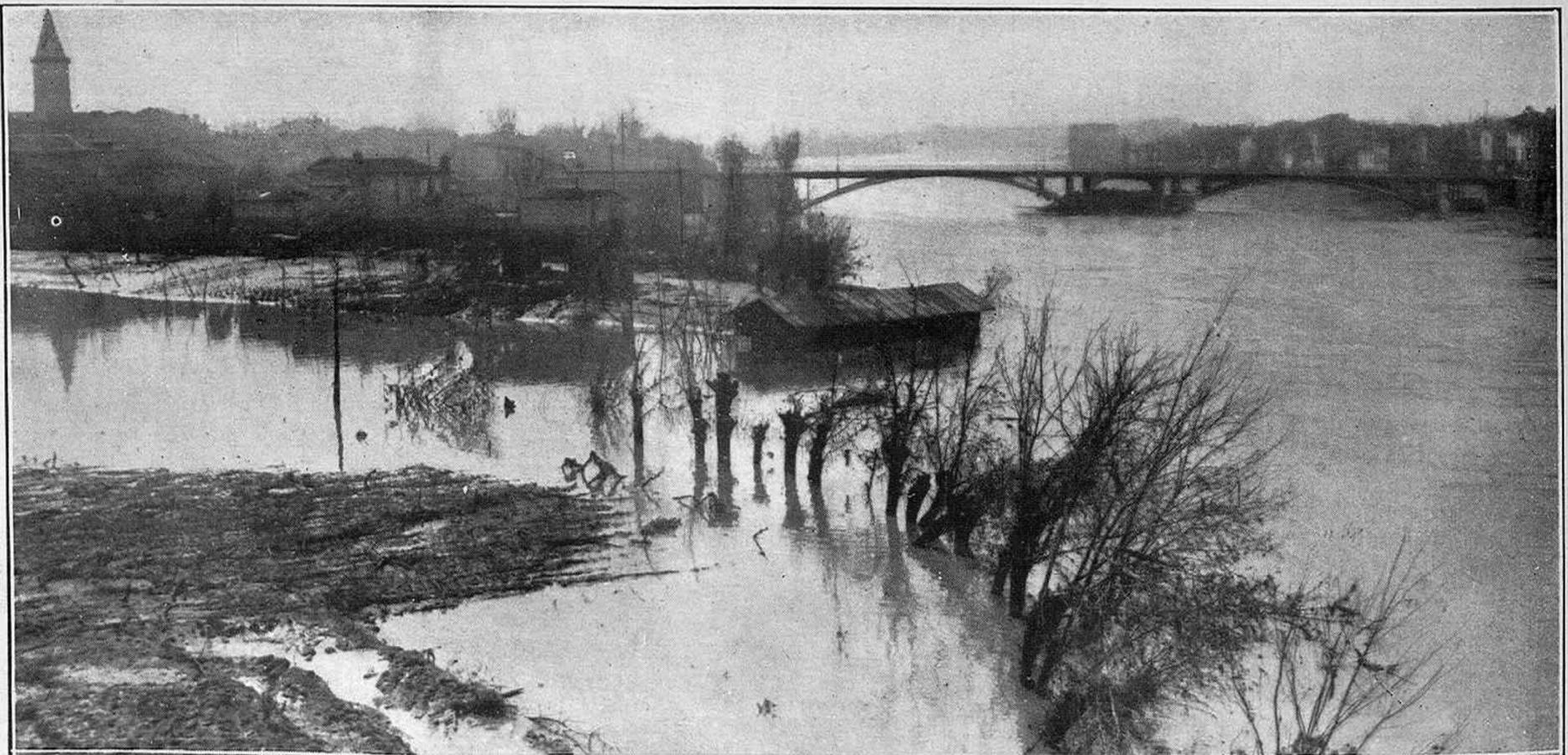
Más de tres mil muertos son la más dolorosa de las pérdidas que en aquellas tierras ha producido el feroz desencauce de las aguas que, si con sus cursos normales crearon durante años

y años la vida y la riqueza, han podido destruirlas con violencia y saña inaudita en pocas horas.

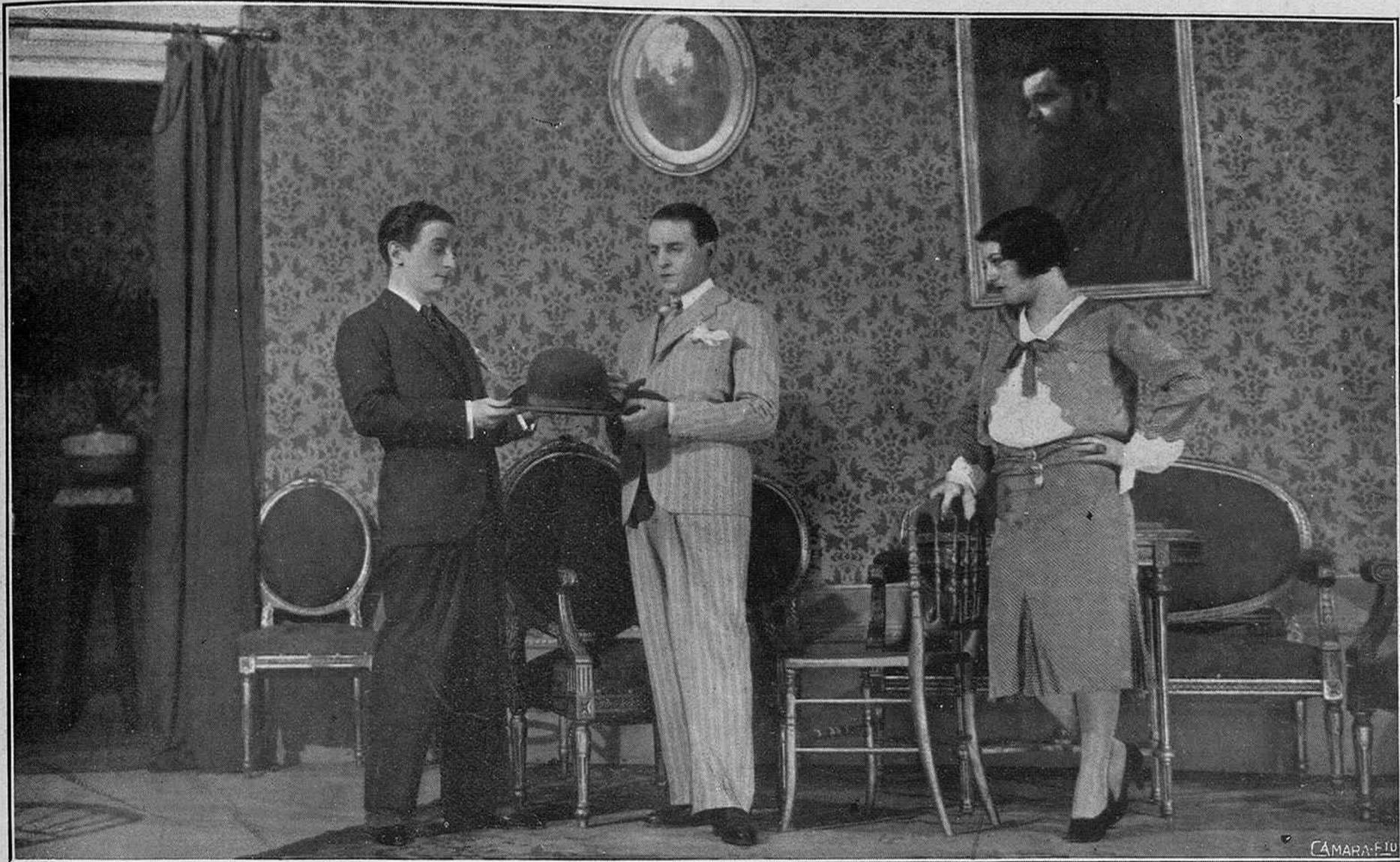
Puertos arrancados por la violencia con que las aguas se precipitaran al mar, caseríos campesinos arrastrados con toda su población por el torrente, calles derruídas en las poblaciones urbanas, miles de cadáveres flotando en las aguas ó presos en el fango y arrastrados con él.

El espectáculo horrendo trae á la memoria otras tragedias análogas; más que ninguna otra, aquella terrible inundación de Murcia, tan semejante á la acaecida ahora, y para cuyas víctimas, Francia entera, y París sobre todo, tuvo el bello gesto de la más cordial caridad...

¿Cómo no habíamos de llorar hoy con ellos la desventura de los siniestrados franceses?



Los campos de la región de Montaubán, terriblemente devastados por las aguas



Una escena de la comedia de Serrano Anguita «Manos de plata», estrenada con excelente éxito en Lara
(Fot. Piortiz)

LA actual Compañía de Lara es, evidentemente, una magnífica Compañía digna de las mejores tradiciones de aquella casa y perfectamente capacitada por su «empaste» para dar á las obras las interpretaciones de conjunto que, lo repetiremos otra vez, son las verdaderamente artísticas y las que avaloran, dándolas máxima intensidad, las obras escénicas.

A ese feliz resultado contribuyen positivamente las diversas individualidades con muy acusada personalidad allí reunidas. Leocadia Alba, Concha Catalá, Carmen Carbonell, Manuel González, Gaspar Campos, Antonio Vico y algunos más; pero contribuye mucho también la labor del primer actor y director Manuel González, que ha tenido la autoridad necesaria para disciplinar esos elementos y sabe fundirlos en interpretaciones perfectas.

Precisamente porque cada una de las figuras que integran el primer plano de la Compañía de Lara tiene personalidad fuerte, sin ese elemento directivo coordinador tenía el peligro de haber caído en interpretaciones incongruentes en que cada actor hubiese campado por sus respetos, y estando todos bien, hubieran logrado que el conjunto estuviera mal. Ahora, por fortuna, ocurre cosa muy distinta; el conjunto está generalmente muy bien y esto permite á cada uno de los actores estar mejor.

Manuel González había demostrado con eso ser artista y entender el teatro como arte, y para completar la demostración ha elegido ahora, para interpretarla en su beneficio, una comedia de Serrano Anguita, positivamente la mejor de este autor, de quien, sin embargo, no puede ser olvidada *La Pájara*, y que si finalmente es optimista—grave pecado para los que toman el optimismo como el más fuerte

carácter del teatro burgués—lo es, lógicamente, como á veces lo es la vida misma.

Manos de plata no es, sin embargo, una comedia completamente de color de rosa; al contrario, tiene momentos intensamente sombríos y si al final cambia totalmente de tono, no es bruscamente, por capricho del autor ó por deseo de dejar buen gusto de boca, sino por una solución lógica y perfectamente natural, darviniana podríamos decir á que se llega, como queda apuntado, de una manera lógica haciendo ver al público la influencia del medio ambiente sobre un personaje al que logra transformar por completo, ó cuando menos, quita las aportaciones perversas con que otro ambiente le disfrazó.

Es, como en *La condesa está triste* el caso del vividor que busca en la boda con una viuda rica el remedio para sus males económicos y la vida cómoda, fácil y divertida con que sueña; pero planteado el problema, Arniches le vió, «á través de su temperamento», apropiado para hacer una farsa cómica, y Serrano Anguita susceptible de ser mostrado en una comedia hecha y derecha, con todas las condiciones de tal.

En *Manos de plata* el desenfadado buscavidas se redime, si no por el amor, lo que tal vez sería demasiado optimismo, por las comodidades y las dulzuras de la vida tranquila y pacífica del hogar. ¿Por qué no habríamos de admitir esa conclusión, cuando mirando en torno y sin abarcar con la mirada un horizonte excesivo podríamos ver algún ejemplo de ella en la realidad que conocemos?

Serrano Anguita, además, hace perfectamente verosímil esa solución, mediante una afortunada y seria pintura de los caracteres: los

personajes son en todos los momentos, personas de carne y hueso que viven su vida ante los espectadores y en ningún momento dan ocasión para que el público dude de que todo aquello es verdad.

Teatro realista en cuanto á los medios de acción y no en la orientación sistemática, que es también una manera, *Manos de plata* convence y el público de Lara oyó con gusto, aplaudió con calor y seguramente verá más de una vez, la comedia de Serrano Anguita.

La verá con más gusto aún, gracias á una interpretación excelente que responde muy bien á las condiciones de la comedia. Los actores de Lara, á fuer de cómicos excelentes, son actores veristas que saben ver y copiar el natural sacando de él sin deformarle, los necesarios elementos de expresión artística que han de engendrar la emoción en el público. De Concha Catalá, cada día más actriz en ese sentido verdadero de la palabra que implica la encarnación de los más varios tipos y caracteres; Leocadia Alba, que se hizo maestra en su arte copiando afanosamente la realidad; Manuel González, que tal vez brilló menos que otros por ser más fiel á los principios del verdadero arte; Gaspar Campos, maestro en hacer humanas las caricaturas; Antonio Vico, Carmen Carbonell y todos los actores de Lara, en suma, aparecen en la comedia de Serrano Anguita como son y como la comedia requería; actores de verdad y de los más dignos de aplauso en un género que no es, ni mucho menos, el más fácil.

Y ahora, hablemos un poco, aunque sea en general, de las Compañías de zarzuela.



SELICA PEREZ CARPIO
Gran cantante y buena actriz, en «La Picarona»
(Fot. Walken)

Ha llegado el momento de las temporadas líricas. Somos así y no lo podemos remediar. Un poco simios ó un mucho infantiles, nuestro fuerte es la imitación, y á veces tenemos que echar de menos un nuevo conde de San Luis que nos regule la vida de los teatros, repartiéndoles los géneros.

Ahora tenemos dos Compañías de zarzuela grande, y dentro de pocos días tendremos tres, si no surge alguna más, que todo es posible. Menos mal que la de Fontalba no comenzará su campaña con *Las golondrinas*.

Las golondrinas, efectivamente, están muy bien y nada perdemos con poder oír á diario la música de Usandizaga; pero tomarla como cabeza de turco para hacer, golpeándola, competencias de *divos* y poner al público en el aprieto de no saber á qué *Golondrinas* quedarse, es gana de crear conflictos innecesarios.

Las coincidencias entre Compañías de verso no tienen esos inconvenientes: por muy igual que sea su género, siempre hay especies distintas; cada Compañía tiene su repertorio particular, hace sus obras y estrena á todo trapo; mal que tiene por lo menos esa ventaja, á cambio de sus muchos inconvenientes. Pero con las Compañías líricas ocurre lo contrario: no salen de una docena de obras todo lo más; estrenan poco afortunadamente y eso las encierra en un círculo vicioso: ó hacen *Doña Francisquita* ó hacen *Las golondrinas*; ó lanzadas al género chico, ponen *La verbena de la Paloma*.

El público tiene, sin duda, «gana de música», ó apetencia lírica, como podríamos decir elevando el lenguaje; pero la música, como todo, empalaga y fatiga cuando se repite todos los días la misma tocata. Magnífica *Las golondrinas* y magnífica *Doña Francisquita*; pero dos tomas diarias, son demasiada dosis.

Sería evidentemente mejor que tuviésemos durante todo el año una buena temporada lírica, en la cual los *divos* podían competir lo mismo que en esta repetición de ahora, aunque á distancia; el público tiene buena memoria, y no hay miedo de que se le olvide un calderón afortunado. La

experiencia taurina nos dice, además, que las corridas en competencia no suelen ser las mejores.

No soy, por otra parte, partidario de las obras de *divo* y creo que son hasta cierto punto por lo menos—y nadie me tachará de exagerado—con los ideales de los músicos modernos españoles á que será necesario, desde el género sinfónico que con razón y por razones fáciles de inducir, prefieren, aun siendo menos productivo, llevar al teatro si hemos de tener alguna vez género lírico nacional. Ahora bien: las temporadas líricas actuales están hechas á base de *divos*, sin que eso, siempre á mi juicio naturalmente, sea provechoso ni aun para los *divos* mismos.

Pero, lo repito, aún me parecen peor esas coincidencias con que los primeros en perjudicarse son los empresarios. Aquí, sin embargo, parece difícil salir de ese terreno de las competencias y la monomanía se nos revela por toda clase de signos. Vaya un botón de muestra: los amigos de un director de orquesta creyeron conveniente obsequiarle con un banquete, cosa que no tiene nada de particular; pero inmediatamente los amigos de otros directores de orquesta se creyeron en el caso de hacer igual, y hemos tenido, en lugar de uno, tres banquetes, y no más por que los amigos de Saco del Valle han pensado, sin duda, que un director se consagra ante la orquesta y no á los postres de un almuerzo que, naturalmente, no se parece en nada á la cena eucarística.

Como ese caso hay muchos y todos los días, y esos casos son más visibles en el género lírico que en el de verso.

Tal vez por esto mismo, no pueden los organizadores de temporadas líricas salir de un círculo vicioso: las tres orquestas sinfónicas de Madrid han dado á conocer excelente música de autores nuevos; pero los empresarios de zarzuela no se han enterado de que esos músicos existen. Entre ellos los hay, sin embargo, con arte dramático que podría ser fecundo si tuviese campo en que germinar.

No hay cuidado de que á esos compositores les pida nadie música; pero si alguien tiene alguna vez esa feliz idea, inmediatamente habrá cola á la puerta del compositor favorecido.

Esa es, en definitiva, la historia moderna de nuestro teatro lírico. La antigua fué todo lo contrario: los maestros compositores, perfectamente concordes y hermanados, constituían sociedades para cultivar y también para explotar el género, y en lugar de eliminar voluntaria ó involuntariamente á nadie, procuraban aunar facultades y esfuerzos y así triunfaban.

Ahora se gastan tiempo y energías en la tarea disociadora y no vemos por ninguna parte el triunfo definitivo.

ALEJANDRO MIQUIS



FERNANDO SOLER
Actor mejicano que interpreta el teatro español y que debutará en el bello y aristocrático Teatro Infanta Beatriz el sábado de Gloria

TODAVÍA SE MUERE POR AMOR



ELLA y EL acaban de comer al aire libre en una mesa, escapada del restorán marítimo, que empenacha la roca copiada tantas veces para los carteles y las fotografías de turismo. Las olas bravas socavan cada siglo un poco más los profundos cimientos donde el agua clama ó se duerme. Distante se abre la ancha herradura de la playa vacía. El aire es hostil y el cielo parece pasar á ras de las cabezas. La de ELLA, además, clava el mentón agudo en la uve de las manos, mientras los brazos forman con éstas una eme de carne desnuda sobre el mantel manchado de café y de ceniza.

EL.—¿Por qué me mira usted así? ¿No me cree?

ELLA sonríe con la boca pintada, con los ojos claros y las cejas diabólicas. Pero no contesta. Un ónice y una perla blanca averrugan monstruosos el dedo corazón de la mano izquierda.

EL.—¿Conteste usted!

ELLA.—¿Para qué? Todo eso, ya se lo he dicho, son residuos literarios, posos románticos, á pesar de que usted se cree tan de hoy y tan dueño de sí.

EL.—No. Por encima de todas las debilidades naturales del hombre, ha habido siempre algo sereno, firme, que fríamente me ha visto flaquear y ser cobarde ante los vicios y las lágrimas ajenas. Pero no en balde se ha vivido tanto y se ha viajado tanto como yo. He contemplado muchas veces la muerte cara á cara, y aprendí pronto á no tenerla miedo; pero he visto sufrir de amor á muchos hombres y sí le tengo miedo á ese amor. Mejor dicho, no es miedo solamente. Es, también, como vergüenza de comprenderme yo tan bajo, tan miserable, tan sin dignidad por culpa de una mujer que no me

quiera. Por eso se lo repito á usted sencillamente, resueltamente: ó me quiere usted, ó mañana me mato.

La cuña ovoide del rostro pintado se hunde un poco en el vértice de los dedos, que rozan sus uñas barnizadas de sangre falsa. Pero los ojos claros, la boca oscura siguen sonriendo.

ELLA.—Tiene usted mucha gracia.

EL.—No. Razón nada más. Razón amarga.

ELLA.—¿Pero á qué exigir ahora la mentira después de la verdad? ¿No me pidió usted que le hablara lealmente? ¿Por qué no había de haberse contentado con la apariencia del amor como se conforman otros hombres? Yo le hubiese fingido lo mejor posible, y usted habría fingido que lo creía. En paz. Pero usted no ha querido eso.

EL.—No. Yo no podía querer eso.

ELLA.—Usted me habló como nadie me habló nunca. Con palabras que imponían respeto y miradas que me desconciertan. Usted me ha exigido sinceridad por encima de todo, aun de su propia vida, y yo no he podido menos de obedecerle. Ya lo sabe. No puedo quererle á usted.

EL.—¿Por qué?

ELLA.—Porque el corazón está cansado de no querer. Como usted, busqué lo que á lo largo de los años dejaba creer á los demás que habían encontrado.

EL.—Pero en mí lo halla usted. Integro, limpio. Seguro. ¿No me cree usted? Hace mal. La única vez que ha llegado á usted el amor que está dispuesto á todo, incluso á la muerte, usted lo rechaza.

ELLA.—Rechazarle, no. Soy leal con él.

EL.—Bien está.

Silencio un poco violento, para que en él sueñe como una lona de navío el viento. Debajo de la mesa y de la roca el agua asalta las oquedades milenarias, tumultuosamente.

EL (*tranquilo, pasa la mano por sus cabellos grises*).—Cuando me sepa usted muerto, comprenderá que yo he sido el único hombre que le ha dicho la verdad. No me engaño ni la debo engañar. Va usted siendo vieja.

ELLA (*palidece un poco; pero no quiere dejar de sonreír para que no se la derrumbe la boca, y estira más los ojos hacia las sienes para que se le vean las arruguillas nacientes*).—¿Muy amable!

EL.—No es hora de amabilidades. Usted va siendo vieja. En la vida de usted se envejece antes, y los hombres se alejan antes de la mujer. Dentro de seis, de ocho años, tendrá usted que comprar esa mentira de amor que ha vendido tantas veces.

ELLA (*deshace la eme desnuda de sus brazos y los cruza para dejar caer en ellos la cara, hurtándola á las miradas duras del hombre. Otro largo silencio. La mano de EL tiembla entre el cabello negro, demasiado corto, de la mujer*).

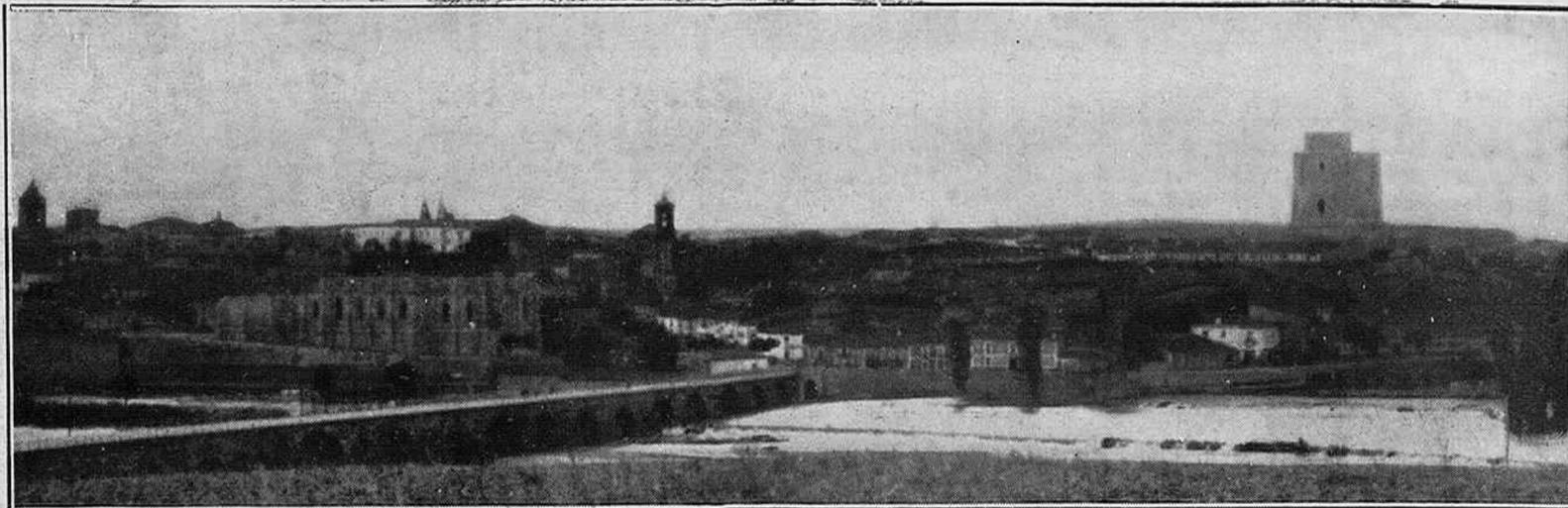
EL.—Por última vez. ¿Me quiere usted? (ELLA levanta la cabeza, va á decir «sí» por lástima á los dos).—No. La verdad. Tengo derecho á la verdad. ¿Me quiere usted?

La cabeza de ELLA cae sobre los brazos y se mueve negativamente.

Y EL, sin ruido, sin melodramatismo de palabra y de actitud, va despacio hasta el borde de la roca, adelanta un pie en el vacío, luego el otro...

José FRANCES

(Dibujo de J. Cataluña)



Vista general de Alba de Tormes

VILLAS CASTELLANAS

A L B A D E T O R M E S

*En la ribera verde y deleitosa
del sacro Tormes, dulce y claro río,
hay una vega grande y espaciosa*

—canta Garcilaso, por boca de Nemoroso, en su *Egloga segunda*, cuando comienza á decirnos las excelencias de la Villa de los Duques—. Alba de Tormes, de la que rezan en la comarca que «es baja de muros y alta de torres», se alza al pie de esta dulce vega:

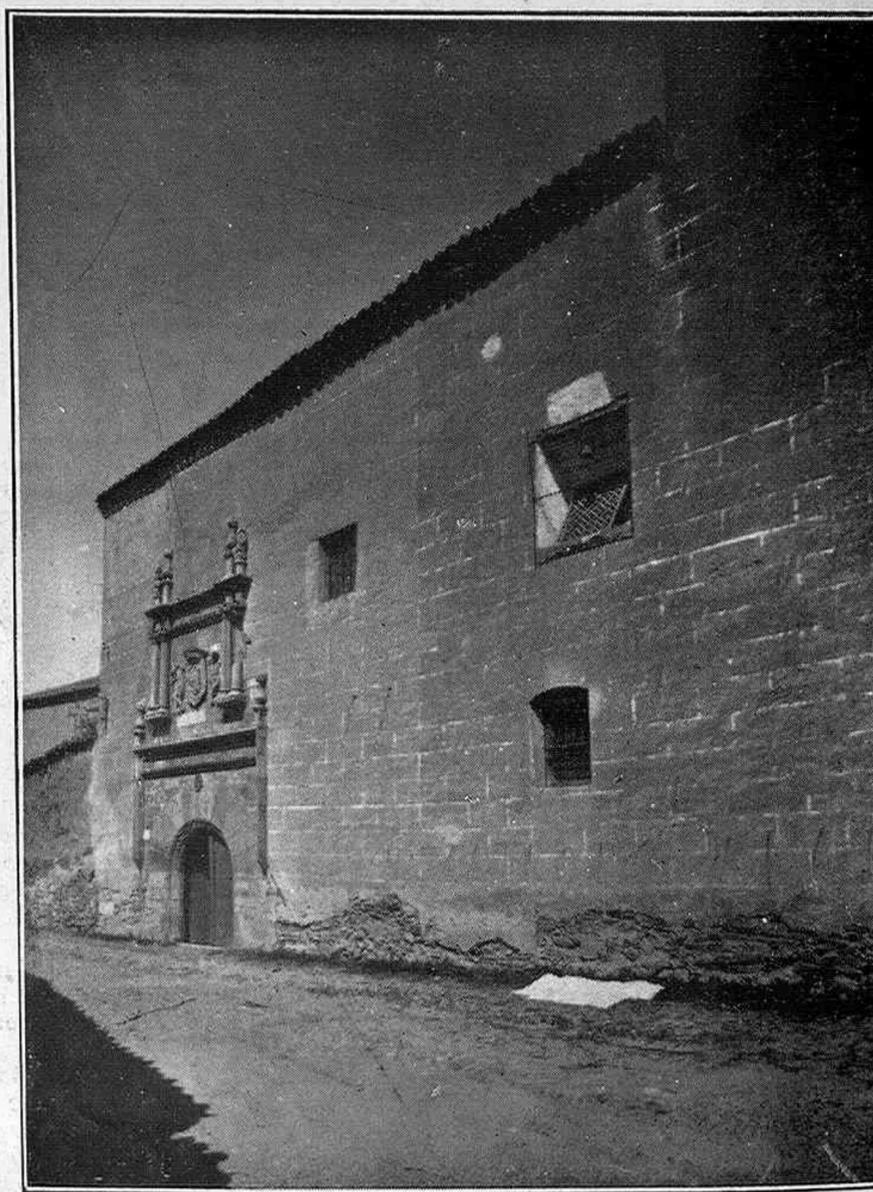
*verde en el medio del invierno frío,
en el otoño verde y primavera,
verde en la fuerza del ardiente estío,*

en una graciosa ladera. «La espesura de las hermosas torres», que murmuraba Garcilaso—San Juan, San Pedro, San Miguel, Santiago, La Vera-Cruz, Santa María de los Duques—ya no es tan nutrida como en los tiempos del poeta toledano. Muchas torres desaparecieron, las más bellas

acaso, y dos campaniles nuevos, los del Carmen, asoman sus humildes espadañas junto á San Pedro. El famoso palacio de los Alvarez de Toledo, morada del poeta, ha desaparecido también; solamente su castillo enseña su panza en un teso ó altozano, y la Torre del Homenaje, podada por las inclemencias del tiempo, preside el dulce paisaje de la vega. El Monasterio de San Leonardo, granja de los Jerónimos, sobrevive en ruinas. La villa actual, con algunas solaneras del siglo XVIII,



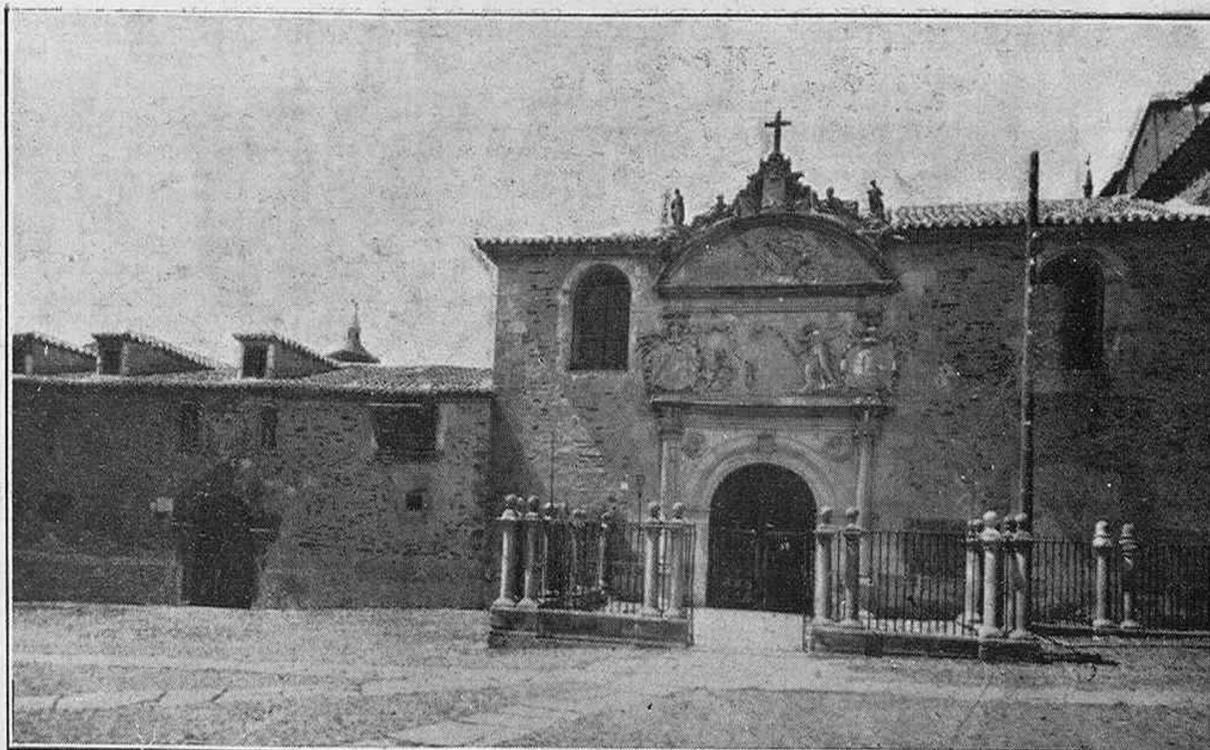
Torre del homenaje de los Duques



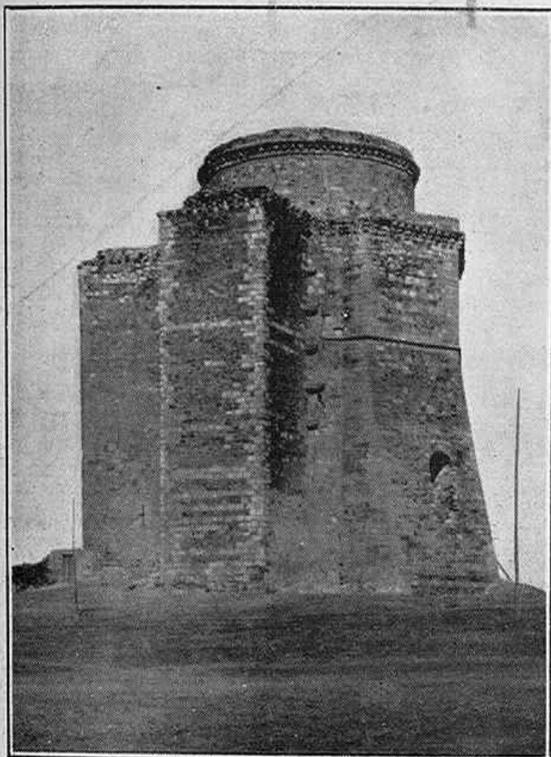
Convento de Santa Isabel, donde habitó Santa Teresa

se hizo con los despojos de la regia mansión de sus señores naturales. A los timbres excelsos de haber muerto entre sus muros D. Fernando, el león de Flandes; de haber vivido en ellos Juan del Encina, Lope de Vega, Calderón de la Barca, los tiempos han unido los de haber exhalado el último suspiro Teresa de Jesús, la Virgen del Carmelo, en su Monasterio de la Anunciación, cara á la vega.

Y el pueblo guerrero se ha tornado místico. Desapareció Santa María, la iglesia de los Duques; pero subsiste el franciscano convento-ermita de Santa Isabel, en los terrenos ducales, donde vivió Teresa antes de concertar la fundación con Teresa de Layz y con su marido. De sus jardines, de sus parques, apenas si quedan fragmentos de alabastros en jardines abandonados. De la munificencia de aquella condesa de Montreyy y duquesa de Alba, D.^a María Enríquez y Colón, nieta del Almirante, sabemos todavía por una preciosa talla en madera, obra del propio Mena—desconocida en España como obra de este genial escultor—que se venera las tardes del Viernes Santo en el palomar carmelitano. De los señores—en todo tiempo escasos—de la Villa quedan unos primorosos enterramientos de los Villapecellines en San Miguel. De sus fueros



Convento de las Madres Carmelitas, donde murió Santa Teresa de Jesús



Castillo de Alba de Tormes

y pragmáticas—estudiados primeramente por Julián Sánchez Ruano—, el viejo atrio de Santiago, donde se reunía el Concejo á deliberar, «á campana tañida». Desapareció el rastro en la población de los altos ingenios que hemos dicho, porque un alcalde confitero, que yo alcancé en mi niñez, se apoderó del Archivo municipal, y de los pergaminos viejós hizo rocadores y cucuruchos para envolver y repartir sus confituras. Hoy Alba duerme, duerme siempre sus pasadas andanzas, sobre la ladera pizarrosa y á la sombra del Castillo y de la Torre del Homenaje de sus Duques. Villa castellana, como todas las vilas; alhóndiga y panera y casinejo, caza, murmuración, intriga, encierra el rubio trigo y espera días mejores. Su casco se despuebla y sus artesanos marchan á tierras más hospitalarias. Los señoritos se casan y reproducen la casta con las pecheras del lugar. De la virtud, del linaje, del ingenio y demás altas cualidades que viera Garcilaso en

aquesta tierra de Alba tan nombrada,

no queda ya sino el recuerdo. Una inmensa ola de tedio y un prurito exagerado de mendicidad, heredado tal vez de los pobrecitos legos de San Francisco, que pedían limosna por las casas y

acompañaban á los ahorcados al teso, hace ya tres siglos, con sus oraciones plañideras y cantarinas, son las calidades que hoy advierten en la Villa los lectores de Garcilaso.

Solamente el paisaje es eterno en esta villa de horca y de cuchillo, de Duques y de Santos, de paneras y de casinejos, de galgos de caza y de caciquillos melancólicos y aprovechados. Garcilaso ha descrito este paisaje para siempre. En él pasó su mocedad con aquella dama portuguesa y rubia que se llamó D.^a Isabel de Freyre, azafata de los duques; á la orilla del Tormes persiguió mozas de buen ver aquel maestro de música, canónigo de Málaga y de León, Juan del Encina; frente á Santa María vivió, con una mujer de Alba, horas felices, Lope de Vega, mujer de la que tuvo una hija natural, que se enterró aquí; varias de las comedias de Lope están fechadas en Alba. En Alba obtuvo su primer premio como poeta, en el Certamen de las Fiestas de la Beatificación de Teresa, costeadas por los Duques, un estudiante de Salamanca llamado Miguel de Cervantes y Saavedra. En 1612 moría, á los tres días de llegar, mirando á la vega desde la ventanita de su celda, Teresa de Jesús. Es fama que un almendro estéril que había en la huerta del monasterio, junto á la celda, se pobló de blancas flores aquella noche—en que comenzó la reforma del calendario gregoriano—del 15 de Octubre de 1585. En Alba, después de las hazañas de Torres-Vedras y de las victorias de Arapiles y de Garcihernández, pintó D. Francisco de Goya y Lucientes el retrato de lord Wellington, duque de Ciudad-Rodrigo, después de no pocos dimes y directés y de españolísimas asperezas con el rígido modelo, generalísimo hasta delante de los pinceles del malhumorado pintor de cámara de Cayetana, duquesa maja de este lugar. Que nosotros sepamos, no dan más de sí las gestas pretéritas y presentes de Alba de Tormes, la de la vega verde y espaciosa y la del lecho de pizarra. Hogaño, dormita, dormita siempre, y es tal vez la pizarra que la sirve de lecho el elemento más poroso, comprensivo, transigente y permeable de este lugar, del que huyó toda esperanza de redención, como si estuviera enclavado á las puertas del Infierno:

Lasciate ogni speranza, oh Voi ch'entrate...!

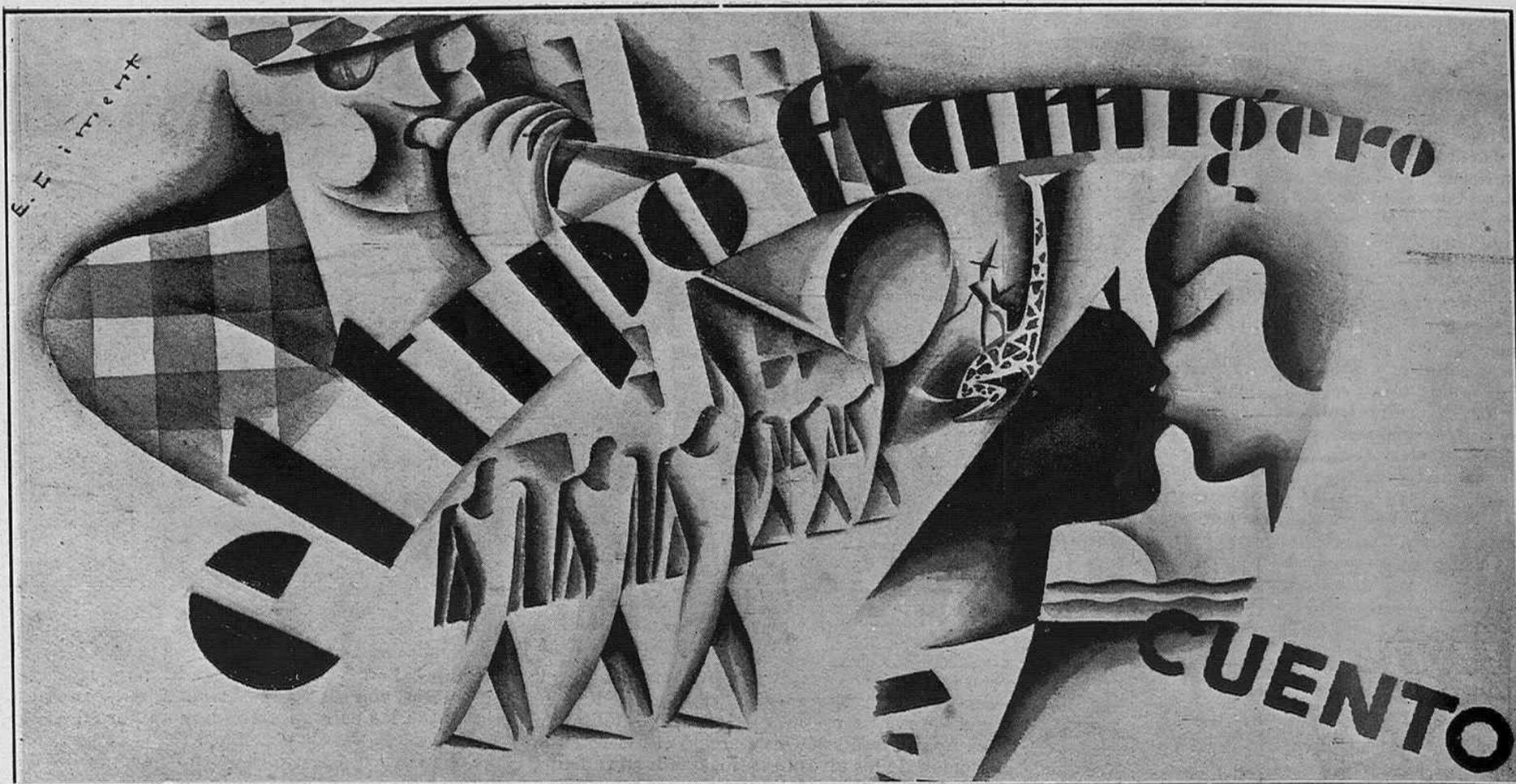
Y los artesanos—alfareros, sastres, perales, guarnicioneros, talabarteros, comerciantes, jornaleros, pejugaleros—la abandonan poco á poco, para que asienten su trono sobre la soledad y el silencio los señoritos ociosos y enredadores, que estudiaron para curiales y que son el azote del pobre trabajador en «esta tierra de Alba, tan nombrada»...



Jardín ducal, donde amó Garcilaso de la Vega

(Fots. Ansele)

José SANCHEZ ROJAS



Su llegada al país del Nuevo Cine estuvo preconizada por una buena estrella.

Su compañera de tren, aquella con la que llegó á todas las confidencias, había logrado éxito desde el primer momento. Se necesitaba su palmito, su voz y aquel habla en que las palabras eran todas perlas igual, lo más difícil en las artes del decir.

El había venido detrás de aquella estrella y tenía el derecho de haber llegado guiado por una buena estrella.

Mario Delgrás tenía tipo, y además poseía la dicción del que se ha leído libros y libros en voz alta en la soledad del cuartito de sus esperanzas. Sabía dialogar con esa presencia de espíritu en que no es rico más que el que ha leído mucho.

Todos aquellos seres banales que llegaban á la ciudad del Nuevo Cine, llevaban voces cardosas ó voces melifluas. El esperaba triunfar con su voz sensata.

—¿Y usted qué ha sido antes?— preguntaba Mario á su compañero de Bar.

—Yo, representante de automóviles—respondió el interrogado.

Mario se sentía consolado. Siempre había esperado que la palabra que él había pulido ante espejos auditores, le sirviera algún día como medio de vivir y más cuando á la palabra acompañaba su figura altiva que vestían los jerseys como á muy pocos...

Así llegó el día en que un caballero, desde detrás de un cristal, le dijo por señas que hablase, que rompiera á hablar por primera vez en un mundo nuevo.

Mario habló y vió cómo aquel caballero dejaba los auriculares á otro más ordinario, que parecía por su tosiedad un verdadero técnico del cine antiguo.

Mario sacó de entre espalda y corazón las más profundas resonancias de su voz llena de sensatez...

El hombre de la visera, que era el jugador máximo en aquella ruleta del Cine Nuevo, le estrechó apasionadamente y le improntó así el sello en seco del contrato futuro.

Por fin se vió en la pantalla y se escuchó en la sala oscura, como réplica á sí mismo, que se le mostraba como de mayor magnitud en el tiempo y en el espacio.

Iba con su madrina y estrella guiadora, la Merceditas del vagón, que ya era reina de las fotografías, con eco en todos los quioscos del mundo.

Los dos tenían una escena juntos en aquel *film* y él sentía como gravitando sobre su alma el desaire en que quedaban detrás de la pantalla; en el rincón oscuro de la sala, apretó el brazo de ella como si se fuese á caer.

—¿Qué le sucede?—le pregunta Mercedes.

—Que somos los que han de morir mucho antes de esas imágenes que se ríen de nosotros.

—Anímese... Esas imágenes, en cambio, no han vivido nunca.

—Pero parecerán estar viviendo siempre.

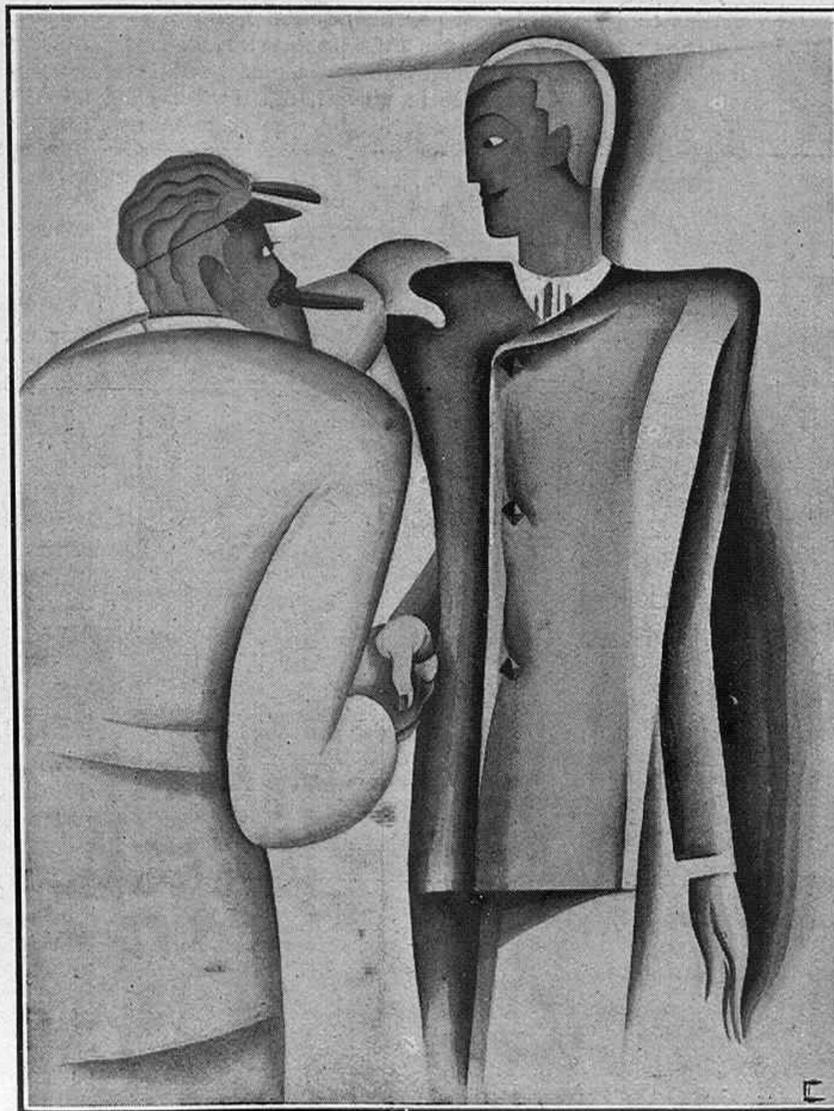
—¿Y eso qué nos importa? Ellas no han podido burlarse de nosotros y nosotros sí de ellas.

—Busca usted á duras penas una demostración de que somos más que ellos y sabe usted que ellos serán los que nos sobrevivan, ¡qué mayor burla que esa!

Mario temblaba en su asiento y se pasaba la mano por la cara como si quisiera comprobar su vitalidad y su existencia.

—Se ve usted por primera vez en la pantalla parlante y por eso tiene tanta emoción... Ya pronto aprenderá usted una cosa á la que conduce la mentira del arte, que no es usted el que aparece ahí, que todo es una estratagema y un engaño para seguir viviendo en una más recóndita intimidad... Yo no me siento viva, ni yo misma en la pantalla y tengo que estar sólo en mi tocador para sentirme verdadera.

—Espero llegar á esa indiferencia, pero hoy me siento insultado por mí mismo, plagiado por mí



... le estrechó apasionadamente y le improntó así el sello en seco del contrato futuro

mismo, robado ignominiosamente por mí mismo.

Estando diciendo eso, la sala se quedó parada en esa carta sin texto que la película rota, y todos los espectadores volvieron la cabeza hacia la máscara de los dos ojos de fuego del operador.

Algo inusitado pasaba en la cabina, porque á través de sus oquiales se notaba el paso apresurado de las sombras de auxilio, por delante de los objetivos.

—¡La película está ardiendo!— dijo en voz baja á Mario la experta voz de Marcedes.

La luz en la sala animó al público y como están cayendo sobre el aparato los cucuruchos de los extintores, no trascendió al público la trascendencia del suceso, pero hubo que darle otra película.



A la vez siguiente fué sólo al cine para oírse y verse en las nuevas creaciones.

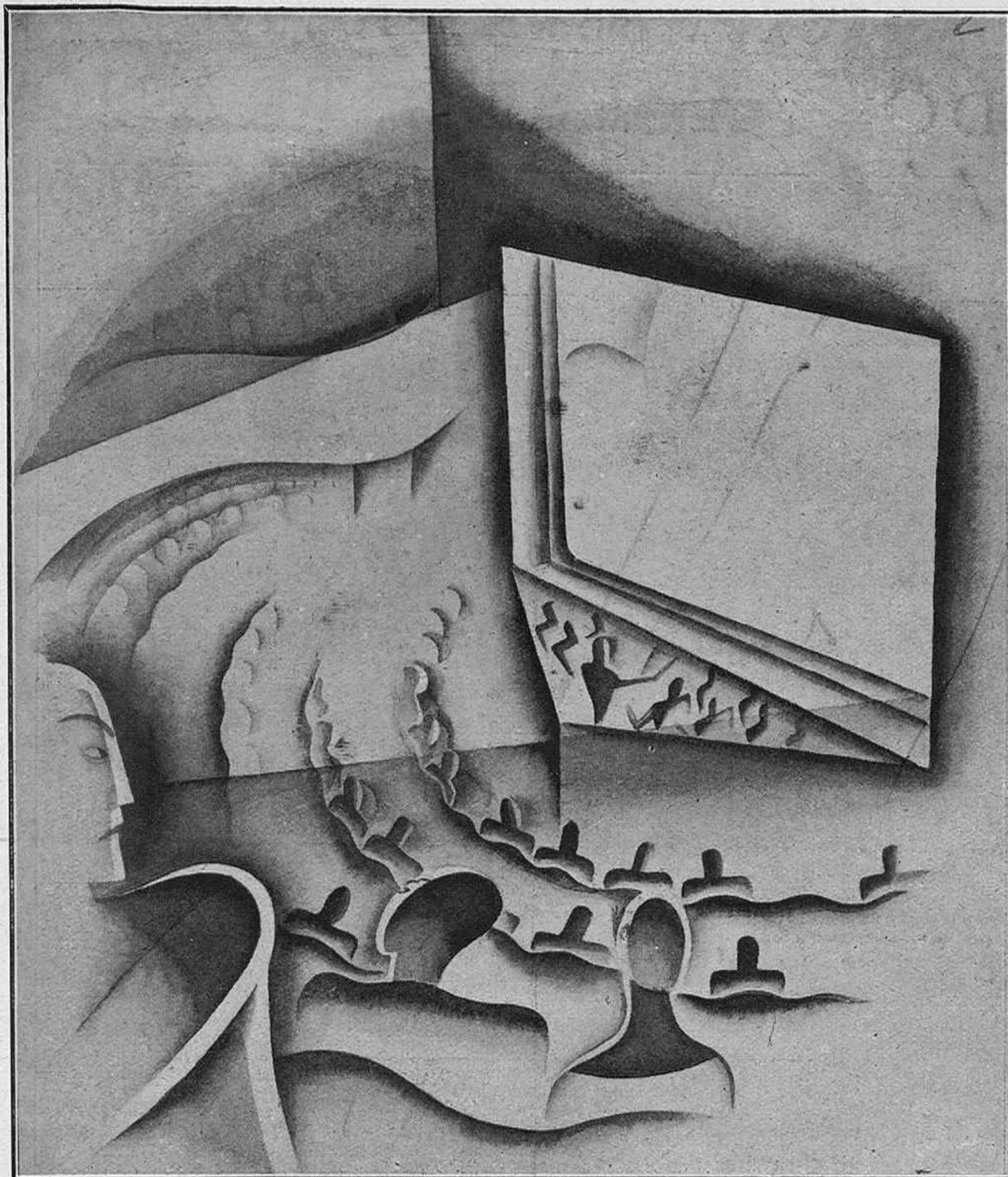
Seguía sintiéndose enterado y de espaldas á sí mismo ante aquel él mismo repugnantemente orgulloso de su actuación, inaguantablemente olvidado de aquel de quien procedía y que contorsionaba sus manos en el fondo de la sala.

La ecuación entre él en la sala y él en la película era una ecuación lamentable, hostil, descompuesta.

No había conformidad posible entre él y el hombre del aparato y sentía una hostilidad manifiesta y violenta contra el impostor que argüía contra él y quería convencer á todo el mundo con la más hipócrita de las voces, de que él era el verdadero y no del que se presenta con su nombre en casa de cualquiera de los presentes. El de la pantalla era como ese hijo que quiere encerrar á un padre en un manicomio y echarle á la calle falto de recursos.

La tirantez entre él y él mismo estaba en su ápice, cuando de nuevo se abrió el «ecrán» á panoramas de luna, apareciendo en la tela brillantes vitreas de gran telescopio, de luminosas gafas por el cielo.

En la cabina se notaba la lucha rápida entre el operador y la sierpe del fuego.
Mario



Mario temblaba en su asiento...



Todas sus películas se incendiaban...

comprendió de lo que se trataba y salió de la sala, como encontrando en sí cierta responsabilidad de la inflamación de aquella cinta.

No trascendía de la cabina la alarma del fuego, pero en su corazón se albergaba la más cruel sospecha.



Todas sus películas se incendiaban como si hubiera en su sombra moviente un elemento explosivo y algo flamígero.

—¡Lo que son las casualidades—decía el director—; se han quemado nuevas copias de sus últimas creaciones!

Mario sintió entonces el miedo á ser señalado como flamígero y temió también ver á todos los comparsas señalándole con el dedo como el creador de la mala suerte.

Todo le pedía trabajo y superación en la ciudad del Nuevo Cine, pero él se sabía hostil á sí mismo con encono irrepunible de incendiario.

Entre los dos seres, el que estaba en el mundo y el que hablaba y se movía en el tras-mundo, había tal disparidad, tal des-nivel, tal contradicción de materias, que en la misteriosa cabina se daba la explosión fatal.

teriosa cabina se daba la explosión fatal.

Nadie podría probar la coincidencia, quizás nunca; pero él llevaba en el alma la certidumbre del choque, la incomunicatividad de la chispa, como si las dos electricidades distintas no se pudiesen reunir en secreto, siempre combativas al acercarse, nunca posible de identidad en una fórmula de amable sombra ó de fácil comodidad.

En vista de aquel desagrado íntimo por ser «jettatore» de películas, decidió abandonar el cinematógrafo.

Huía por no ser reincidente y que un día no cayese reiteradamente sobre su corazón la culpa de un incendio de teatro, con sus horribles escenas de saltos sobre la muerte y de entaponamientos desgraciados, como si todo el teatro durante el fuego se convirtiese en submarino hundido en llamas.

RAMÓN GOMEZ
DE LA SERNA

(Dibujos de
Climent)

ACABA DE PUBLICARSE

«CUANDO YA ESTÉ TRANQUILO»

Como recomendación de un libro basta un nombre: Eugenio D'Ors. Como miel libada entre sus hojas, vayan dos capítulos.

Prólogo

CUANDO ya esté tranquilo—sólo entonces—empezará para mí la fiesta. Lo de ayer, lo de hoy, esta inquietud, no es, no puede ser, más que preparación. Así el desorden de la orquesta antes de empezar, cuando cada instrumento va por su lado; y algún músico temple el suyo; y otro, apenas si acaba de llegar de la calle; y á distancia se interpelan dos más, y alborotan y riñen... Pero ya el director dió con la batuta tres golpes ligeros en el atril: ahora todo va á salir concertado.

¡Silencio...! No podemos prever con exactitud el instante en que este dulce milagro se cumplirá. Que se acerca, sí, lo adivinamos, lo sabemos. ¡Pero, el minuto exacto! Conviene hallarse apercebido para oír en seguida el percutir liviano de la batuta. La víspera de estar tranquilo se llama anhelo, se llama angustia, se llama opresión.

¿Ya...? ¡Todavía no! Corazón, como esperas la serenidad, no has esperado á amada ninguna...

Cuando ya esté tranquilo, cada mañana y cada tarde diré una oración y dibujaré un cuadro sinóptico... Y no sé cuál de los actos será, más claramente, un ejercicio de piedad.

También está Dios—dijo el filósofo—en el hecho de que la suma de los ángulos de un triángulo valga dos rectos. Como en todo aquello que es orden, también está Dios.

Para construir el edificio había primero que abrir la tierra. Esta ha sido fatiga de excavación; sólo á partir de cierto punto puede hablarse de trabajo de arquitectura.

Después, ya es coser y cantar—erigir y cantar—... No importa que, de cuando en cuando, haya que enjugar el sudor de la frente. No importa, si mientras tanto la mirada puede consultar un croquis preciso delineado en blanco clarión sobre papel azul.

Cuando ya esté tranquilo, al instalarme, como hoy, á orillas de este lago maravilloso, me parecerá que, así para un retrato, mi figura se coloca en el fondo que le conviene.

Cuando ya esté tranquilo volveré á visitar



EUGENIO D'ORS

todas las ciudades y pueblos donde ya he estado una vez.

El recuerdo de cada uno, de cada una, me abrió en la mente la herida de una duda, ó en el corazón la herida de un remordimiento. A veces, duda y remordimiento son una misma cosa.

Estas heridas sólo pueden cerrarse en el lugar que las abrió. Únicamente pueden cerrarse cuando se dice: «En efecto»; ó cuando se dice: «En paz».

Y yo, después de decir: «En paz», ó «En efecto», lavaré la herida. Y añadiré: «¡Adiós...!» Y ya no volveré á parecer por allí.

No volveré á parecer, sino, acaso, mucho más tarde, con figura de fantasma y con nuevas dudas y remordimientos; dudas y remordimientos de fantasma.

Preferiré, con todo, que no haya nada de esto.

Cuando ya esté tranquilo aprenderé á tocar la flauta.

Goethe estudiaba la lengua persa á los ochenta años. Y Sócrates, un aire de flauta nuevo pocas horas antes de morir.

A éste se le llegaron los discípulos y le preguntaron:

—¿De qué te servirá, si has de morir?

Contestó el maestro:

—Para saberlo cuando muera.

Hablaba de una ventaja en el saber, pero no de una ventaja en el respirar. Esta la reservaba secreta. Nadie supo que su envidiable serenidad era guardada, si á medias por las teorías, á medias por los ritmos.

Mas, para conservar la serenidad, lo primero es tenerla. Voz de flauta calma al pecho, pero voz de flauta no suena si la sopla pecho alborotado. Lengua persa nutre la imaginación; pero sólo deja aprender por imaginación ya nutrida.

Cuando ya esté tranquilo aprenderé á tocar la flauta, para estar tranquilo.

Cuando ya esté tranquilo volveré á orillas de este mismo lago, todos los estíos, á fecha fija.

Me apearé del vehículo que me habrá acercado á su ribera. Pondré pie en ella y me llegaré al espejo del agua, antes que los demás.

Mi bastón la sacudirá un poco, el agua quieta, para despertarla. Y en un mirar, á modo de respuesta del mío, se iluminará la gran pupila.

Mirar lento, reconocimiento lento...

Yo le preguntaré: «¿Qué tal?»

Pasará por el lago, así el fulgor de una sonrisa, una brisa ligera.

Pero todo, todo lo reconoceré. Todo estará igual que el año anterior. El embarcadero se destacará, siempre pintado de rojo. El tilo dará al espejo pulido aquella mancha clara y el grupo de abetos, aquella mancha oscura. El campanario, ni más ni menos gris, se tocará con su

calabaza de tejas pizarrosas. Se columpiará, amarrado, aquel barquichuelo. Y aquella campanita, en la otra parte, desgranará con igual dulzura su invariable carillón.

—¿Qué tal, lago, qué tal?

Con su voz sutil, que ningún extranjero entiende sino yo, el viejo amigo acabará por responderme:

—Sin novedad; ¿y tú?

A mi vez, tomaré un tiempo para contestar.

En lo recóndito, saborearé la dulzura de un año entero, con su procesión acompañada de meses, semanas, días, fiestas con observancia y trabajos sin apresuramiento.

El no se impacientará. Pero acaso yo no distinga bien si ha vuelto á dormirse, cuando me decida á darle por respuesta:

—Tampoco.

Cuando ya esté tranquilo habré aprendido á ver muy de otro modo la luna y la vespertina aparición de la luna.

Porque la tendré de colaboradora y no de tentadora. Y, por otra parte, también al sol tendré de colaborador.

Pero las estrellas son demasiadas. La imposibilidad de enumeración, en el caso de las estrellas, me turbaría. Así, para esta fecha, habré escogido unas nueve ó diez; y sólo me acordaré de ellas; y exclusivamente miraré á ellas, sin hacer caso de las demás.

Sin hacer caso de los guiños y de las sonrisas de tanta estrella como hay—cuando ya esté tranquilo.

Intermedio

La observación nos demuestra cada día que ante el Espíritu no caben indiferentes... O culto, ó rencor. Quien no le sirve, le odia.

¿Por qué? ¿Porque á la aversión combativa del hombre espiritual contra el «filisteo»—aversión de origen bien comprensible—corresponde constantemente esta otra, del filisteo contra el hombre espiritual?... El último vengará seguramente, en sus horas acedas, el bienestar injustamente distribuido, la consideración mundana mal dirigida, las seguridades de que todo orden de que goza el otro, en contraste con las propias torturas. Pero el filisteo, ¿de qué se venga?... Parece que un poco de lástima estaría más en su lugar, que no tanta y en ocasiones tal mal disimulada furia. ¿El Espíritu es, pues, algo tan bueno? Entonces en usted, mi filisteo, ¿por qué no desearlo?... Si es empero, de poca monta, ¿por qué tanta irritación cuando se advierte su asistencia en otros?

Si no se une á ellos, ¿cómo no les deja usted en paz?

De este odio, he creído ver clara la razón. Me parece que he averiguado ya qué cosa venga el filisteo.

Venga, sencillamente, sus años de escuela.

Una clase, en una escuela, produce, sin remedio, una jerarquía. Es inútil que el sistema pedagógico empleado no tome por instrumentos la emulación y la rivalidad... Es inútil que no quiera ni siquiera valerse de las eficacias del estímulo... El niño practica una continuada, inexcusable ordenación de valores. El niño se ejercita en la gimnasia de una espontánea, instintiva

pisos claros de la memoria. Se guarda y se enrancia y avinagra en el sótano.

Tampoco se debe creer que la venganza ó la disposición hacia ella hayan de dirigirse precisamente contra la persona de quien un día humilló. Más bien á su grupo.

Procediendo con aquella lógica de la vida, que devuelve siempre el bien y el mal, pero no necesariamente—la vida lee también á Nietzsche—á quien haya producido el bien ó el mal.

Rencor hacia un grupo. De aquí á abominar el principio que lo sustenta, no hay más que un paso. El filisteo lo da.

Y por esto la aversión hacia el Espíritu no le deja sosegar. (Así, literalmente: no le deja sosegar, aunque finja otra cosa.)

Adviértase que en todo lo dicho no he hablado todavía de profesión; tal poeta dramático puede ser un filisteo; tal banquero, un hombre espiritual.

Ni siquiera de educación. Hay hombres de espíritu en rústica y filisteos encadenados, blasonados y dorados.

No faltan casos en que la atribución á uno ú otro grupo es un problema difícil, como un problema de matices en el tacto ó en el olfato. Ni otros casos en que una personalidad pasa con los años de la espiritualidad al filisteísmo y de una substancia casi angélica á una substancia casi mineral.

¿Qué comidas de familias las de aquellas en que se encuentran juntos, en posición de igualdad, hombres pertenecientes á cada uno de esos dos grupos!

Lo que pincha ese tenedor, lo que corta ese cuchillo, empuñados con demasiada fuerza, no es el miserable trozo de carne ó de pescado; es el Espíritu, el Espíritu universal; es, á través de los siglos y de las ignorancias, el cuerpo de Sócrates y el cuerpo de Leonardo.

Mientras tanto los comensales hablan—no sin causas—del tiempo y de la lluvia.

Hay algunos libros infantiles en que están figuradas en imágenes las varias profesiones y misterios de la sociedad moderna. Cada una de estas imágenes se presenta aplicada á lo suyo. El relojero que con su gran lente inspecciona las entrañas de

un cronómetro ignora que á su derecha un boticario anda triturando en el mortero algún grano exótico de rara virtud.

Pero si los productos, por un lado, se alzan; si, puestos por el destino á la cabecera del enfermo, el reloj regulará la administración de la medicina, las almas no se entrometen menos. Como las bocas y los pechos, cada alma respira el aire que han espirado las demás.

Si este aire salió de ellas envenenado, tanto peor. Envenenará.

—¿Qué víbora le ha picado?—se dice de alguien cuyo furor no se explica.

... Esta. Basta con ésta.

EUGENIO D'ORS

EUGENIO D'ORS



CUANDO YA ESTÉ TRANQUILO

Portada del libro

vocación de juez. Quiere dar á cada cual lo suyo. Pone unas cosas—y unas personas—arriba; otras, abajo. Pronto ha establecido entre sus compañeros un escalafón de inteligencia. Y como allí de inteligencia se trata, hay, inevitablemente—más ó menos aubrayados por la sanción oficial—, unos primeros puestos para los niños que luego, de hombres, están destinados á servir al Espíritu; unos últimos puestos para los que un día han de abominarle.

Le abominan porque es el signo, en la vida, de los que un día les humillaron á ellos en la clase.

Esto—me dirán—se olvida á la salida del colegio. No. No se olvida. Se borra, tal vez, de los

...



LIBRO DE VIAJES

*Tus ojos, ¡oh, incansable viajero!,
ávidos de horizontes,
están repletos de paisajes.*

*Detente ante mi puerta, yo lo quiero;
cuéntame tus viajes;
mas no con tu lenguaje de extranjero,
cuyas palabras son para mí oscuras.*

*Abreme el libro de tus ojos bellos,
que yo leeré en ellos
todas tus aventuras...*



*Voy deshojando los días,
y á mis pies
hago un montón de crepúsculos,
sobre el cual
duermen mis añoranzas.*



*En mis viajes
sobre los montes,
voy arrancando horizontes
para mi álbum de paisajes.*

Goy DE SILVA

(Dibujo de Penagos)

PENAGOS
XXX

POEMA ACTUAL

INDIO, MI COMPADRE...

Indio, mi compadre,
qué mal que le va:
la tortilla escasa,
veneno el mezcal.
Y en el horizonte,
¿qué habrá?

La vieja, el chamaco,
la punta de maíz;
la alegre muchacha,
como una torcaz,
que iba los domingos
al pueblo á mercar;
y los capullines que daban su sombra
al jacal,
y los guajolotes que escandalizaban
junto al coyote familiar,
y las chachalacas, y hasta el jacalito,
tus cosas queridas, ¿en dónde estarán?

Indio, mi compadre,
qué mal que le va.
Antes, don Porfirio,
negro caporal:
lleno de fanfarrias y de baratijas,
de gentes de Llanes que van á medrar;
banquetes, elogios de malos poetas,
y tú sin escuelas ni pan.

La cabeza baja
bajo el sol tenaz;
el patrón, el palo
que blande el gañán.
Y si te rebelas,
la reata en el cuello,
y no más.

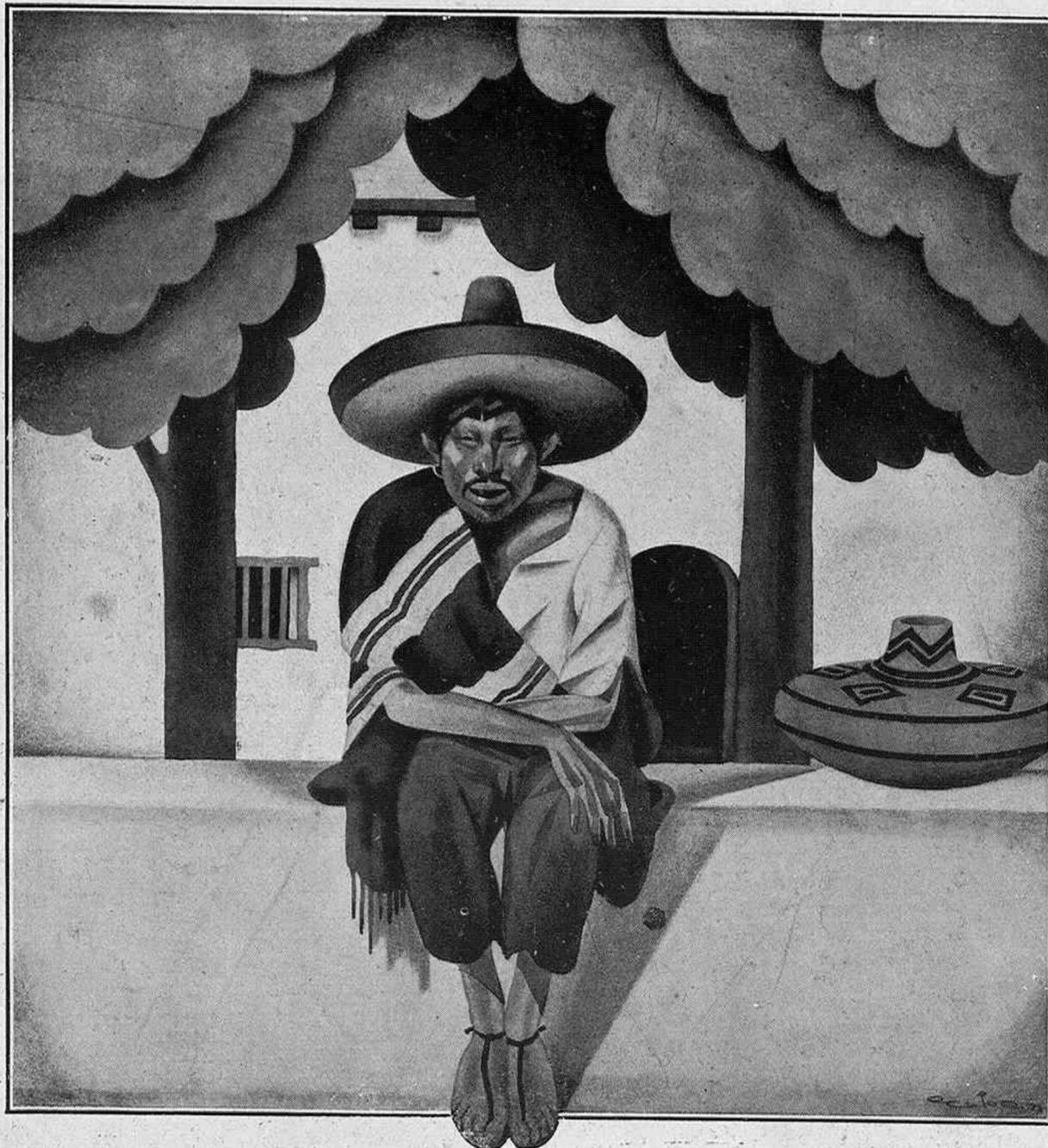
Las «enganchadoras»:
Valle Nacional,
y que allí te coges
una enfermedad,
y te petateas, sin ver tus chamacos
y sin que se sepa por qué fuiste allá.
La amenaza horrible de San Juan de Ulúa,
grillos y componte, mazmorra en el fondo del mar,
y los tiburones que en torno oljatean
y á diario los sirven raciones de «juan»,
y las calaveras que van al garete,
lo mismo que lunas de cal.
Díaz Mirón honró esos paredones.
Que don Porfirio, convertido en zar,
lo encantaban los mansos periquitos de Apolo
y odiaba el vuelo libre del águila caudal.

Indio, mi compadre,
qué mal que le va.

Don Porfirio nunca
creyó que el volcán,
sacudiendo la crin al viento,
le aventara al mar,
igual que un Judas de verbena
en la Semana Santa nacional.

Indio, mi compadre,
qué mal que le va.

Luego, don Panchito,
Santiago en su blanco corcel virginal,
y que me lo truenan, como á Pino Suárez,
entre marihuana, pólvora y coñac.



Trágica Decena:

luto nacional;
hogueras de muertos, velones nocturnos...
La llama, que lame las sombras, voraz,
como en un Teocalli de Huitzilopochtli,
en la vieja Tenoxtitlán.

Luego, el Primer Jefe,
que se opone al «gringo» mendaz,
y que me le acaban con la «pensadora»
en Tlaxcalantongo... Vamos á olvidar
estas cosas. Pero... ¡indio, mi compadre,
qué mal que le va!

El fusil al hombro,
la vieja, sin chal,
y en vez de las cargas
de maíz
las matas de pulque
no más.

Zapata, que quiere
tierras para el «juan»,
y Pablo González que busca á Guajardo,
y don Emiliano se deja tantiar
y que lo madrugan como á indio tarugo,
y que lo asesinan no más,
y que me lo exponen, los muy foragidos,
lo mismo que fieras que logran lazar.

Mochos en Jalisco,
guerra en Michoacán;
«cristeros» que rezan con bombas de mano;
Obregón que dice que va á gobernar,
y que entre una fronda de cedros rechulos,
el crimen que asoma su faz,
repite la noche de Tlaxcalantongo:
Herrero, que deja su puesto á Toral.

Que se arma el mitote;
que Calles, el padre del indio, se va;
pero que se vuelve, porque ya la «bola»
de nuevo se empieza á formar
y el río de sangre que nace en el Bravo,

ya está en Mazatlán,
y milientos jefes se baten en duelo,
por el Palazote de la Capital;
y tú, que no sabes
la mera verdad,
el rumbo que toma con tantos revuelos
la escuincle paloma del blanco ideal,
que dicen que trae en el pico
gajotes de olivas de paz.

Indio, mi compadre,
qué mal que le va.

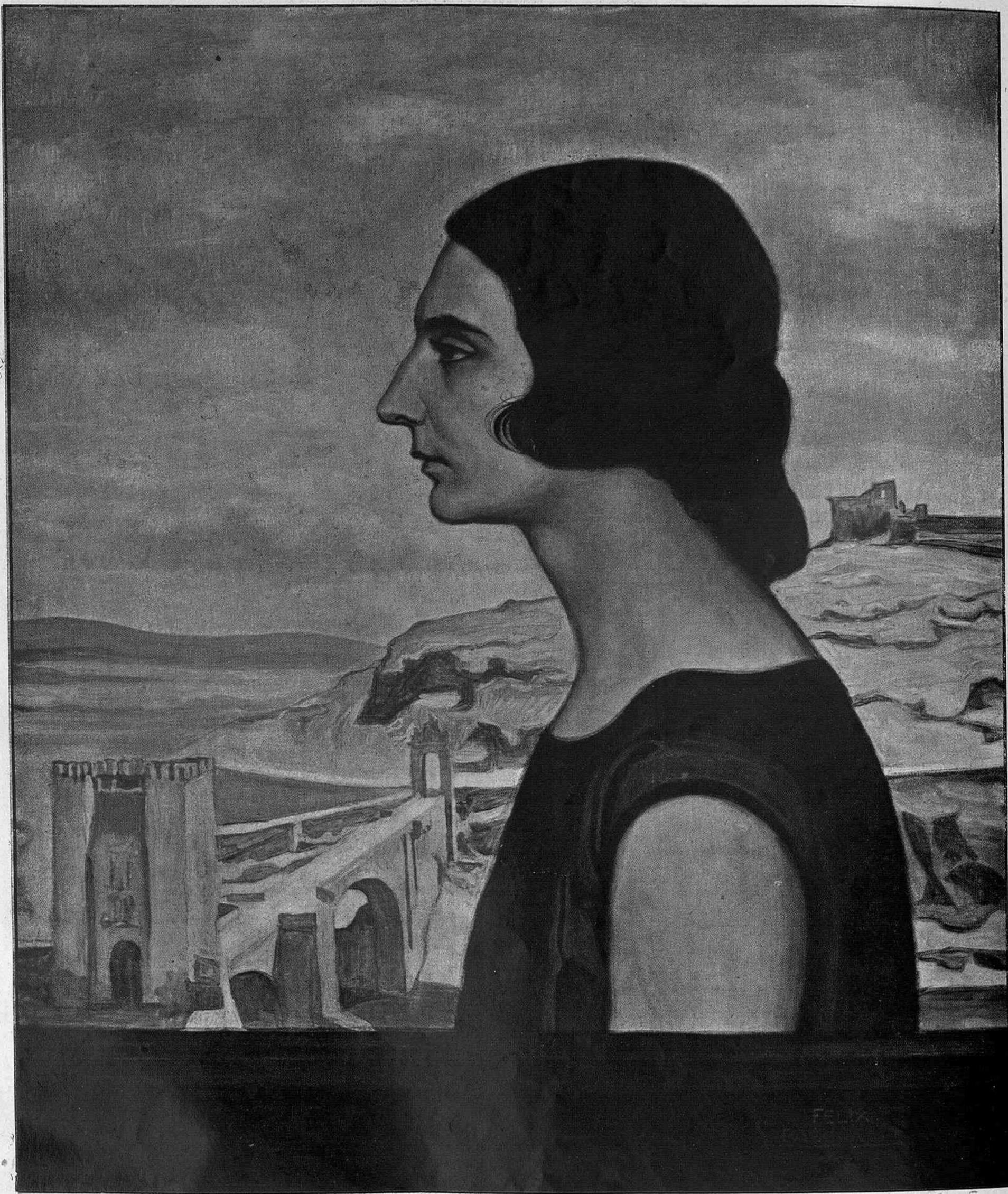
El gringo, á la vista,
llamándote «cuates», por ver el tapial;
el Pánuco, negro
del puro petróleo que marcha hacia el mar...
El camino, mudo;
la llanura, erial;
sin vida el molino,
parado el telar;

como ayer, huaraches
y sombreros de Tehuacán;
zarape mugriento,
cuartel general;
caldos que calientas
con trozos de altar;
en los lagunatos, la luna que juye
del fusil, lo mismo que una garza real.
Perdida la hacienda,
tumbado el hogar;
sobre los senderos,
ahorcados no más.

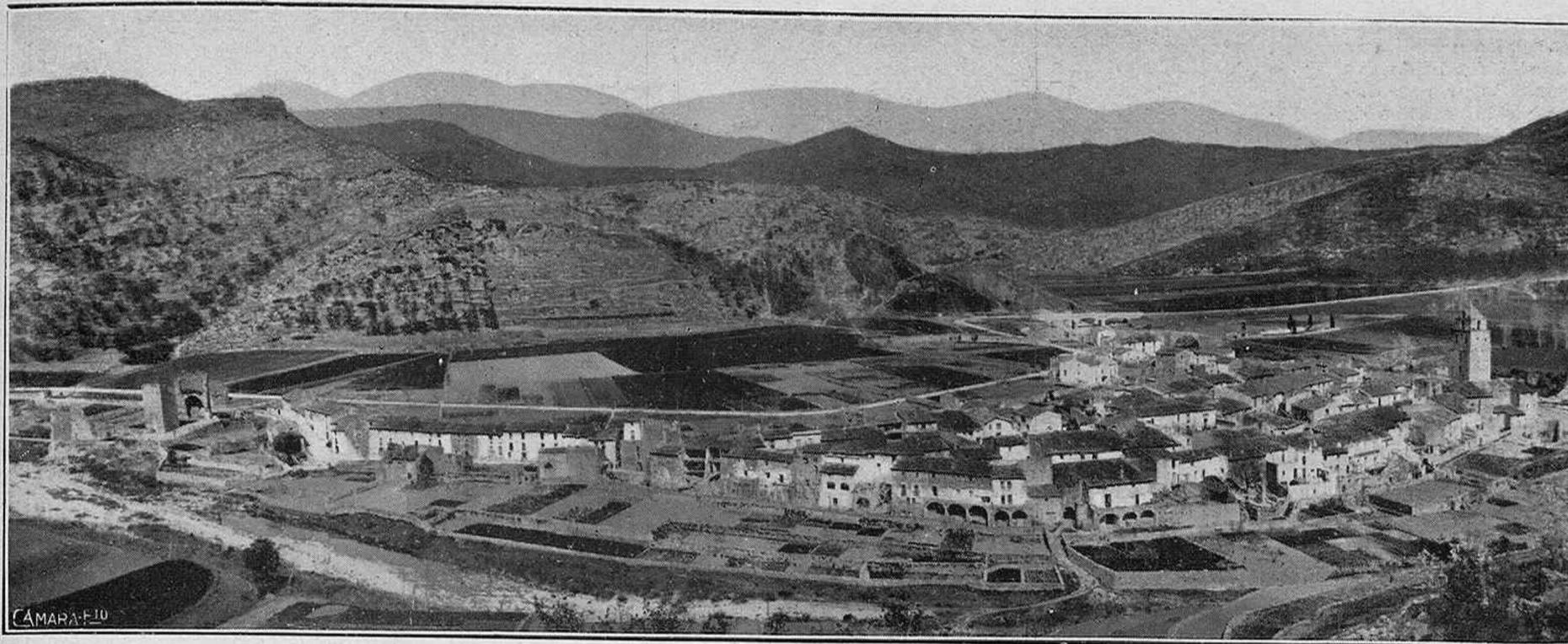
Indio, mi compadre,
qué mal que le va:
la tortilla escasa,
veneno el mezcal.
Y en el horizonte,
¿qué habrá?

ALFONSO CAMIN

(Dibujo de Echea)



«Frente a Toledo», cuadro original de Félix Pascual



Vista general de San Lorenzo de la Muga

EVOCACIONES DE UN PASADO GLORIOSO

Un escenario apacible de muchas escenas trágicas

El viajero, no el turista que recorre la provincia de Gerona, tan pródiga en recuerdos históricos que de su pasado heroico nos dejó Galdós perpetuo recuerdo en uno de sus *Episodios Nacionales*, encuentra en la orilla del río Muga una aldea de escaso caserío y poca población, y cerca de ella, unos muros románticamente cubiertos de yedra.

Todo es allí serena tranquilidad, y la vida de aquellos habitantes ha de ser, por fuerza, apacible y feliz. En el fondo de un hermoso valle, suficientemente lejos del mundanal ruido para que el tráfago mundano no turbe la existencia, y suficientemente próximo a la ciudad para que nada falte de lo que la vida moderna puede considerar de esencial, aquel pueblo tiene silueta monacal paradisíaca.

Pero aquel pueblo es San Lorenzo de la Muga y el nombre tiene ya sonoridades trágicas. Aquellos muros apaciblemente cubiertos de yedra son los restos informes de un formidable elemento destructor: la fundición de San Sebastián, que fabricaba diariamente, a principios del siglo XIX, trescientos proyectiles de cañón, y por poseerlos se libraron en torno del pueblo cruentos combates entre franceses y españoles, no ya en la guerra de la independencia, que había de hacer inmortal a la capital de

la provincia, sino en las contiendas anglofrancesas anteriores, muy al final del siglo XVIII.

Muchos siglos antes, y aun sin fundición, naturalmente, San Lorenzo de la Muga, que entonces se llamaba *Sti. Laurenti de Samhuca*, había sido tenido, en el siglo X, por lugar estratégico interesante; por eso se alzó en él un castillo, y por eso aquel castillo perduró, aunque con nombres distintos: en el siglo XII ya no era

de Samhuca, sino de Samuga, y en el XVIII llegó al nombre actual.

La historia de aquel castillo es más conocida desde el siglo XIII; dueños y señores de él y de sus tierras los condes de Fenollet, de ellos, más tarde, por matrimonio de Blanca de Lexach, hija de un Fenollet, con Dalmacio de Rocaberti, y herencia de los hijos de doña Blanca, Dalmacio y Poncio de Rocaberti, pasó a esta familia, que después de vicisitudes en que algunas veces le perdió, pudo reconquistarle en el siglo XV, y le poseía aún cuando fueron suprimidos los señoríos.

En todo aquel largo período medieval fué, pues, el ahora apacible valle de Muga, teatro de constantes y encarnizadas luchas; era un lugar muy disputado porque nadie desconocía su importancia estratégica muy lógica; además, más tarde, por su proximidad a la frontera.

Aun fué aumentada esa importancia en el siglo XVIII, al ser establecida, cerca del pueblo, la fundición de San Sebastián, en que, dados los medios de la época, se trabajaba con extraordinaria intensidad para proveer de proyectiles de cañón a los ejércitos españoles.

Por eso, San Lorenzo de Muga fué el lugar culminante de las contiendas con que finalizó el siglo XVIII entre España y la

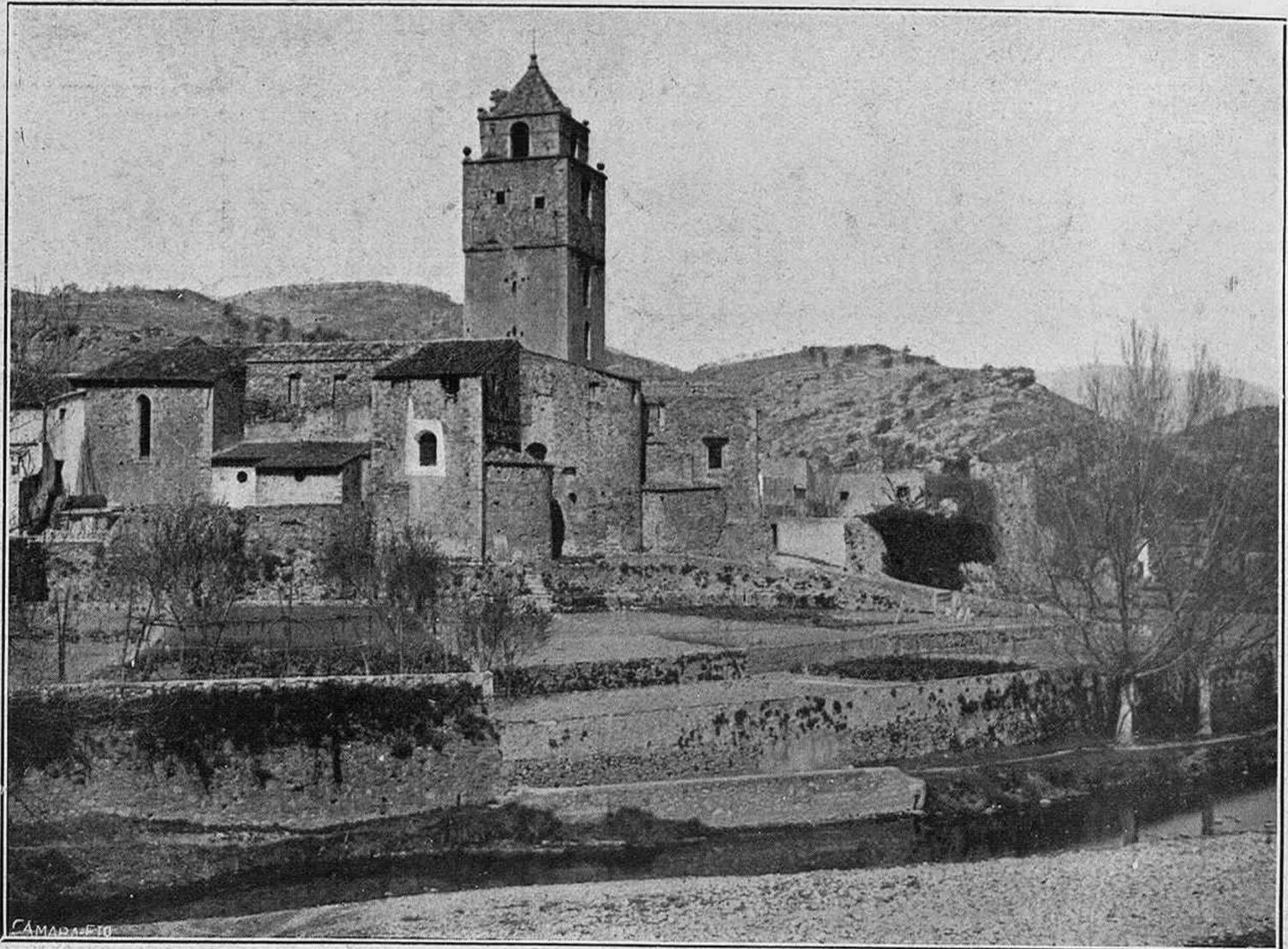


Aspecto parcial de la población desde el puente sobre el Muga

República francesa. Los galos necesitaban aquella fundición, en primer lugar, para disminuir los medios de lucha del enemigo y, además, para acrecentar los propios; y en torno de ella se concentró, durante muchos días, la guerra.

La fundición y el castillo, tomado como punto de apoyo por el ejército español, fueron, naturalmente, objetivo preferente del ejército francés, que al cabo se apoderó de San Sebastián de Muga el 6 de Mayo de 1794. Antes habían tomado la pequeña población, aunque la defendieron tenaz y valerosamente los somatenes de Cataluña.

Aquellos triunfos galos tuvieron extraordinaria trascendencia y, desde luego, llevaron la guerra, que antes se hacía en lugares más altos, al fondo del valle del Muga. El conde de la Unión, que mandaba los ejércitos españoles y que quizás antes no lo había estimado en tanto, comprendió la mayor importancia de San Lorenzo de Muga



Abside y campanario de la iglesia



Una calle típica de la ciudad

y encaminó su esfuerzo a la reconquista.

Para lograrla, el conde contaba con el aislamiento, casi incomunicación, en que los franceses, mandados por el general Ange-reous, estaban en Muga; pero contaba demasiado. Se precipitó al ataque, sin aguardar siquiera á que las fuerzas francesas estuviesen suficientemente debilitadas por los envíos de refuerzos que hacían á otras guarniciones en peligro. Aquella precipitación y una falsa alarma que puso en lamentable situación á las tropas españolas, costaron al conde de la Unión la segunda y más dolorosa derrota, porque hizo conocer al Gobierno la primera que antes había ocultado cuidadosamente convencido de que lograría repararla.

Aún repitió el intento, sin embargo, con el mismo denuedo; pero con igual desdicha, pocos meses después.

Aquel segundo ataque, sin embargo, tuvo eficacia, aunque no inmediata; pocos días después, en efecto, los



Un típico portal en uno de los rincones más pintorescos de San Lorenzo de la Muga
(Fots. Amat)

franceses abandonaban San Lorenzo de la Muga y la fundición de San Sebastián, después de haberla inutilizado.

El conde de la Unión ocupó rápidamente la posición y logró conservarla cuando un mes más tarde volvieron los franceses al ataque muy denodadamente.

Fué, pues, una serie de batallas cruentísimas en aquellos lugares, que ahora, falaces con su tranquilidad actual, parecen incompatibles con toda contienda, y en aquellas batallas puso aun mayor encono el amor propio sobreexcitado de los generales que mandaban los ejércitos contendientes.

Para el conde de la Unión, además, la posesión de San Lorenzo y de la fundición de San Sebastián significaba el prestigio y el honor militar que le hizo perder la primera derrota y que difícilmente reconquistó después.

Tal como hoy podemos verlo, San Lorenzo de la Muga es una villa muy pintoresca, en que aun hay interesantísimos temas arqueológicos, y nada pierde el viajero con detenerse en ella, aunque no se lo ordene, con su habitual imperio,

el *Baedeker*. En realidad, no es fácil condensar en una Guía manual de un país todas las bellezas que él encierra, y mucho menos cuando las Guías se hacen para turistas que viajan rápidamente, aprovechando unos pocos días de vacaciones para ver muchas cosas, aun corriendo el riesgo de no ver ninguna.

Para esas Guías, San Lorenzo de la Muga no puede ser lugar de escala; por eso decíamos que es más fácil que lleguen allí viajeros que turistas.

La vida moderna, al lado de sus innumerables ventajas, tiene algunos inconvenientes y, entre ellos, el de impedirnos la contemplación de muchas cosas que merecen ser contempladas y convivir con muchas cosas y en muchos lugares amables.

Ganivet tenía razón cuando ante un automóvil velocísimo pensaba que no valía la pena de correr tanto para llegar adonde lo mismo se llegaba antes; pero correr ó no correr, no es en la vida humana, salvo contadas excepciones, cosa dependiente de la voluntad individual; la existencia nos impone su ritmo y es ese ritmo

el que nos impide ver muchas bellezas del paisaje y conocer muchos interesantes interiores de almas. ¿Perdemos ó ganamos? La respuesta es difícil y, además, tal vez resulte imposible, si ha de ser dada con carácter de generalidad; las cosas no son buenas ni malas en sí, sino en relación unas con otras y con los momentos del existir. En el caso de San Lorenzo de la Muga, claro está que sin visitar la villa, se puede vivir bien y felizmente; pero su espectáculo, aunque sin que la imaginación haga surgir de nuevo la tragedia en él, es suficientemente digno de ser conocido.

Es, sobre todo, un lugar apropiado para hacer vida reposada y serena, en la que, á veces, la imaginación puede alzar imágenes agitadas y vivas porque sobran allí motivos sobre que alzarlas.

Los muros cubiertos de hiedra de la antigua fundición de San Sebastián pueden contar muchas cosas á un espíritu ágil en lanzarse á volar con las alas fortísimas de la fantasía, sobre todo cuando tiene un punto de apoyo en la realidad, que es la tierra firme para esos vuelos.



«La muchacha formal» (busto en bronce)

RECIO, musculoso, un poco tosco y otro tanto huraño; de apariencia entre campesino francés y estudiante ruso feliz en la emigración, este Jaime Otero no parece el hombre de su obra.

Toda ella está aclarada por una suavidad persistente y una gracia rítmica de canción juvenil. Toda ella se escapa al concepto de pesadez lenta, de tozudez rumiada, que sugiere físicamente el artista.

Y le volvemos a mirar a él, buscando una semejanza distinta de las supuestas, cuando se le ve de pronto y sin curiosidad. Entonces, sí. Entonces hay en el hombre maduro, vestido de negro, con la melena que fué larga y el bigote que cubrió los labios, la sensación de un romántico engrosado epicúreamente, de un sensual que gusta de acariciar formas núbiles vivas y estatuillas antiguas, rivales de la espiritada bibelotería moderna.

Sobre el cuerpo achaparrado, una testa que haría bien en un lienzo del 30 ochocentista. En las manos, de dedos cortos, endurecidos por el mazo y los cinceles, una rara delicadeza que no se sacia de pulir, de redondear, de insistir en las curvas de su estatuaria. Y en las pupilas oscuras, desconfiadas, reservadas, lentamente se insinúa cierta malicia rocarona, cuando la boca se atreve a reír y su cantarín acento mediterráneo se encalidece de palabras cual se encalidece dentro del contorno de sus bronceos patinados con sabiduría.

Porque este artista del parecido humano a Balzac ó a un eslavo que hubiese cambiado el fatalismo místico de la raza por un paganismo latino ávido de desnudeces núbiles, se expresa con la sensibilidad de un hijo de Levante afinado por un deseo de molice y de elegancia imperativa.

Acaso en los escultores españoles no encuentre-

mos otro que como él se dé al gozo de exaltar la gracia ingenua de la pubertad, con tan devota ternura.

Es la condición que mejor le define, sin morbosa complacencia ni desdén satírico. Esas formas transitorias, esa androginia y ambigüedad de las líneas pubescentes que todavía no adquirieron la armonía noble de la juventud, ese aspecto de animalejo que á otros excita y á otros sugiere cierta repulsión, adquieren, al ser interpretados por Jaime Otero, positivo interés estético é indudable belleza plástica.

Las piernas largas, lo torsos delgados y estrechos, las cabezas bañadas todavía por el resplandor sonriente de la infancia, las actitudes candorosas ó petulantés, de arrogancia ó de timidez, están aquí, en el arte de Jaime Otero, con su cabal hechizo.

El artificio del fundidor y del experto en colorear y disimular los bronceos, añade, además un atractivo sugestivo á tales figuras.

Las esculturas de garzones y doncellitas son como de piedras pulidas que brillan acariciadas por la luz. Adolescentes de razas de un color insospechado, que salen del baño bajo el sol, ó que se untaron los cuerpos—elásticas y felinas ondulaciones—con aromados aceites, por acercarse al amor que no sabe aguardar ó al ídolo insaciado de ofrendas infantiles.

Junto á estos chiquillos hijos de sátiros, al lado de las agraces aprendices de canóforas, las mismas estatuas de mujer recién granadas en juvenilia se relegan y han de ser vistas después.

La adolescencia fragante reclama para ella el primer tributo admirativo.

He aquí este fauno en aspa carnal, bien plantado sobre sus miembros inferiores, que levanta el racimo sobre su cabeza, ávida de misterios paganos. He aquí el *Cantor*, lanzado él detrás de su voz, con esa feliz expresión de arco vibrante



«Desnudo» (escultura en bronce)



«Estival», mármol expuesto en el Salón de Otoño, de París, en 1926

todavía por la fuga de la saeta invisible y sonora. He aquí *La niña del cesto*, que adelanta su torso en el casto impudor de la edad y que sonríe al goce físico de avanzar desnuda y á la coquetería de portar el pretexto de un tocado frutal y floral de cariátide. Y *La niña de la paloma*, á la que no precisaría el símbolo para la pureza eúritmica con que expresa la virginidad; pero que materializa artísticamente esa aspiración de

azul y de descos sin nombre con que brazos, manos, pensamiento, mirada, labios, seno incipiente, se elevan y palpitan, mientras en su espalda la trenza prieta se encorva, adherida, obediente á la actitud, buscando el flanco ambiguo como una promesa nostálgica de la tentación paradisiaca.

Bastarían estas cuatro esculturas para fijar cuán capaz y seguro este fervor de Otero por la vital carnali-

dad se manifiesta. Pero en las cabezas cercenadas se encuentra también integra el alma enigmática, la floración en brote de los cuerpos ausentes, con tan firmes rasgos y tan devota y sensitiva delicadeza.

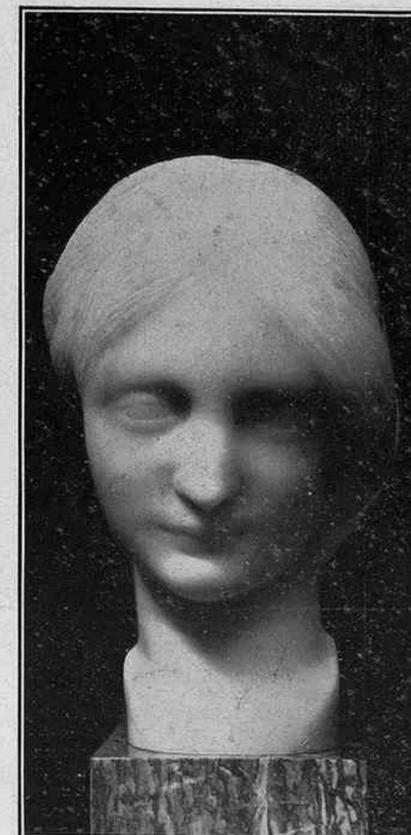
La muchacha formal, *Los rizos*, *Sonriente*, *Silenciosa*, *Virginal*. La materia—bronceos exaltados por hábiles manipulaciones, mármoles de una finura transparente, tierras cocidas de gustoso colorido—como todas las esculturas de Otero, suma á la destreza y al sentimiento su valor plástico. La belleza exterior de los rasgos acusa el encanto entrañable del espíritu. Son rostros donde la promesa de diferentes trayectorias futuras está prometida plenamente; la seriedad melancólica, de una; la serenidad que anuncia á Juno, de la otra; la picardía insinuante de ésta y el dulce recogimiento de aquélla. Y siempre la huella inteligente del estilo personal, del «modo» que no desciende á la «manera», sino que se mantiene en su capacidad honesta y limpia.

Pero que al pasar de los modelos y de los temas adolescentes á las figuras de mujer ya formada se sensualiza virilmente.

Importa revelar ese matiz, para que se comprenda cómo el culto dilecto de Jaime Otero á la figura púber no supone decadente delectación ni equivoco propósito.

La misma reciedumbre artesana y campesina de su aspecto físico, la reminiscencia romántica de su rostro, si bien, ya digo, sugieren al principio la antítesis de su obra, dan luego medida de la sensibilidad matriz y motriz que contiene.

Ve en artista normal á las andróginas graciosas y sonrientes; ve en hombre normal á las feminidades plenas é íntegras. Y siempre á la luz mediterránea que alumbró sus ojos al nacer y fecundó la tierra, de la que surgió para volver á ella. Desde la figura de pocos centímetros á la



«Silencio» (busto en mármol)

estatua monumental; del suelto y esbelto desnudo que avanza libre en el espacio al que actitud y fin decorativo retienen contra la piedra del fondo; entre el retrato de moderno estilo y clásico empaque, al torso desmembrado y decapitado que gustan de hacer los escultores, como un alarde factual, estas glosas plásticas de la eúritmia femenina muestran cumplido efecto de verdad y de arte.

Y sin que jamás puedan despertar el libido subalterno que en duerme-vela constante llevan dentro de sí la hipocresía española, sin que caigan tampoco en el exceso almirado y repulido de ciertas producciones industrializadas que escultores de talento someten á la clientela burguesa de las Exposiciones oficiales y de los fabricantes de «objetos artísticos», es lo cierto que estas mujeres de mármol y de bronce están henchidas de vital sensualidad y están creacas con reiterados, voluptuosos y refinados retoques. Sin dañar á la esencia primordial de su mérito estético, el artista cuida de crear un arte agradable.

Y, sin embargo, fué este artista quien suscitó los primeros ataques de las turbas tartufocacas, al colocarse un grupo escultórico suyo en la entonces caótica plaza de Cataluña, en Barcelona.

Fueron arrogantes ó candorosas hermanas de estas bellas estatuas que se nombran *El alba*, *Estival*, *El ídolo*, *Juventud*, *Estío*, las que motivaron la protesta de gentes irresponsables desde el punto de vista estético.

No se quiso ó no se pudo ver entonces lo que para siempre ya definirá á Jaime Otero: el júbilo consciente y fértil de repetir en formas plásticas la gracia pura de la adolescencia y la sana gentileza de la juventud. Ambas luminosamente desnudas.



«La muchacha de la paloma» (bronce)



«El desposorio de Santa Catalina», por Luini

SE dice en son de desprecio y desdén que los Estados Unidos no tienen historia ni arte, porque son de ayer, y esta afirmación, á todas luces injusta y ofensiva, queda sin valor alguno cuando pueden admirarse la continuas manifestaciones artísticas celebradas en la mayor parte de las ciudades que, poco á poco, van adquiriendo lo que Europa vende á los compradores de los Estados Unidos. Si mucho hay que censurar en esta emigración mercenaria de obras de arte que abandonan el recinto de los templos y las mansiones de las familias blasonadas de Europa, estará no de parte de los que adquieren las joyas de arte, sino del lado de aquellos que ávidos de riquezas y de ganancias

merman y empobrecen el tesoro artístico de su propio país.

La tradición y las escuelas artísticas son obra y depuración de los siglos, y en este sentido no hay arte propio en los Estados Unidos, pero poseen los medios para adquirir hoy lo que no pudieron heredar ayer, y lo hacen siempre que se presenta ocasión y pagan con interés no mezquino esa íntima satisfacción de aumentar el patrimonio artístico de un pueblo nuevo, con las maravillas que otros ofrecen al mejor postor.

Dos hechos recientes demuestran hasta qué extremo ha llegado el afán de adquirir las obras maestras que Europa vende, y cómo se va extendiendo en corporaciones y particulares del otro lado del Atlántico la vertiginosa pasión por las subastas en las galerías de Nueva York, centro el más im-

portante de esos cambios de oro de América, por arte de Europa. Esos dos hechos son la maravillosa exposición de Madonas, en las Ehrich Galleries, durante las fiestas de Navidad, y la contribución de los Estados Unidos al éxito de la Exposición de arte italiano que se celebra actualmente en la Real Academia de Londres.

Ha sido una sorpresa para la mayor parte de los que han visitado las Ehrich Galleries el encontrar en las distintas salas destinadas á la exposición tantas Madonas, tema clásico y secular de las distintas escuelas italianas, desde los principios del Renacimiento hasta mediados del siglo XVIII. Todas las tablas y lienzos que figuran en la exposición pertenecen á co-



«Virgen con el Niño», por Marco d'Ognionio

lecciones particulares, no habiendo tomado parte ninguno de los museos de los Estados Unidos, que tantas riquezas atesoran, y que habrían dado á esta fiesta de arte religioso un valor y mérito incalculable.

La más antigua de las Madonas expuestas es una tabla de Giotto, el glorioso pintor toscano que en las basílicas de Asís, Padua y Montefalco, rompiendo las antiguas normas pictóricas, abrió los cauces por donde corrieron después las aguas purísimas de los siglos renacentistas. El nuevo arte puso en la faz de esa Madona una de las primeras sonrisas del Renacimiento italiano que debían llegar á la torturante inquietud en el rostro de la Gioconda, del viejo



«Virgen con el Niño», por Carlo Crivelli



«La Virgen con el Niño», por Botticelli



«Virgen con el Niño», por Sebastián di Bartolomainardi



«Retrato de un joven», por G. A. Boltraffio



«Guillermo de Médicis, duque de Nemours», por Rafael



«Maximiliano Sforza, duque de Milán», por B. Veneto

Leonardo de Vinci. El gran pintor franciscano hace intuir en la serenidad de esos ojos de virgen y en la dulzura de expresión de la madre, lo que serían las Madonas de aquel otro genio que se complacía en repetir la amada imagen que una pasión de fuego había grabado en el fondo de su alma.

Hoy, esta tabla giottesca pertenece a la riquísima colección de Henry Coldman, de Nueva York, que ha enviado otras Madonas de Botticelli, Lorenzo de Credi, Filippo Lippi, Garófalo y Pinturicchio.

La exposición contiene ciento siete obras, y entre otros artistas del Renacimiento italiano citaremos los siguientes, cuyas Madonas han sido las más admiradas: Fray Angélico, Bartolo de Fredi, Bellini, Botticelli, Bronzino, Carpaccio, Correggio, Lorenzo de Credi, Crivelli, El Francia, Gionone, Giotto, Mainardi, Mantegna, Perugino, Rafael, Guido Reni, Salvador Rosa, Sassoferrato, Del Piombo, Tintoretto, Ticiano, Signorelli, Luini y Pesellino.

Todas las obras expuestas representan exclusivamente a la Virgen con el Niño Jesús, menos doce, en las cuales, además de las dos figuras, aparece algún santo, como en las de Perugino, Guido Reni, Mainardi y en un precioso cuadro de Luini, en el cual, Santa Catalina viste riquísima túnica de brocado, sobre fondo azul, y es uno de los lienzos más admirados de la exposición.

Al organizarse la gran exposición de arte ita-

liano en la Real Academia de Londres, bajo el patrocinio de los Gobiernos de Italia y de Inglaterra, se solicitó la concurrencia a dicho certamen de arte de los museos y colecciones particulares de los Estados Unidos, para que completaran con las adquisiciones hechas de obras italianas, esa magna solemnidad artística, contra la cual conspiraron las furias del mar cerca de las costas de Inglaterra. Muchas dificultades se presentaron al principio para organizar la cooperación de los Estados Unidos a la exposición italiana en Londres; pero resueltos los obstáculos y dadas las garantías necesarias por parte del Gobierno de Inglaterra, han sido enviadas ya a Londres valiosas obras, que enriquecen los museos y las colecciones particulares de este país, y otras obras, como la tabla del Giotto, expuesta en las Ehrich Galleries, serán embarcadas en la primera quincena de este mes.

Sería imposible citar las obras de los grandes maestros italianos que han cruzado el mar. Su número aumenta todos los días, a pesar de las siete llaves que Mussolini ha puesto en todas las salidas de su patria.

El carácter de las obras enviadas por los Estados Unidos a Londres es muy variado, considerándose, sin embargo, que la sección de retratos es la que tiene más mérito. Entre és-

tos figuran un retrato de joven, por Botticelli, de la colección de Clarence H. Mackay; el del duque de Nemours, por Rafael, que perteneció a la Gran Duquesa María de Rusia y hoy a Jules S. Bache; el de una dama florentina, por Lorenzo de Credi, de la colección de Richard de Wolfe Bixey; el de Maximiliano Sforza, por Bartolomé Veneto, de Henry Goldman, de Nueva York; el de un joven, por Boltraffio, de Ralph Booth, de Detroit, y el celeberrimo retrato de Juana Tornaburoni, por Ghirlandajo.

Todas estas obras vuelven a cruzar el mar para encontrarse bajo las brumas de Londres con las obras que Italia guarda aún en su propio suelo. Esta reunión de maravillas artísticas tiene un fondo sentimental de melancolía que evoca los tiempos de la gloria y de los genios que la suscitaron y hace temer que muchas de estas grandes creaciones de los maestros italianos reunidas ahora en Inglaterra, pasado algún tiempo, se encuentren nuevamente en alguna colección o museo de este país.

El Museo Metropolitano de Arte, de Nueva York, el día 28 de pasado mes de Diciembre, entró en posesión de diez y siete millones y medio de dólares, legados por Franck Munsey, y estos millones son para comprar y serán muchos los que caerán sin resistencia en la tentación de vender.

MARCIAL ROSSELL

Hotel Ansonia, Nueva York, Enero 1930.



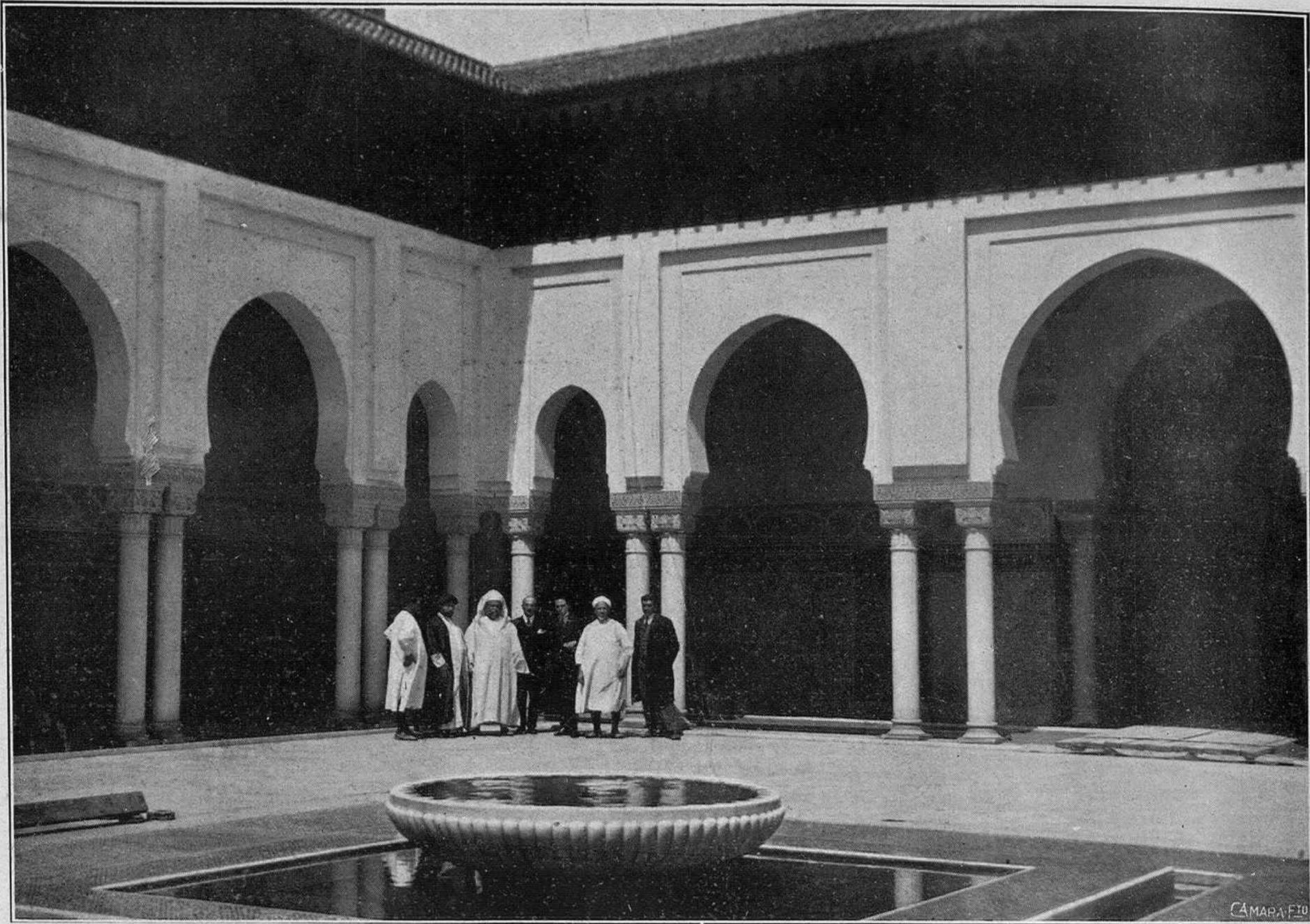
«Virgen con el Niño», por Giotto



«Retrato de un joven», por Botticelli



«Una dama florentina», por Lorenzo de Credi



Uno de los patios de la Mezquita de París



La ceremonia nupcial en que los invitados tocan la pasta de la felicidad
(Fots. Agencia Gráfica)

Una boda musulmana en París

EN París, en pleno París, muy cerca del Sena y del Jardín de Plantas, en la mezquita, se ha celebrado una boda á usanza musulmana: de una hija de la escritora Felisa Bhaïs, con un rico industrial.

Lo más interesante de las ceremonias nupciales, fué, sin embargo, en el hogar. Allí, el padre de la desposada aplicó sobre la frente de su hija un luis de oro, símbolo de prosperidad; después, dos muchachitas, vestidas de rosa, con trajes argelinos, pre entaron á la desposada el cesto ritual en que se contenían los objetos simbólicos de la entrada de la novia en el hogar nupcial. Todos los asistentes á la boda tenían en su mano la pasta oscura que asegura la felicidad durante un año; las mujeres la tenían en el hueco palmar de la mano, y los hombres en el dedo meñique.

El espectáculo del enlace resultó sumamente interesante y pintoresco.



LA ESPAÑOLADA Y LA PINTURA ESPAÑOLISTA

De aquellos viajes famosos de Dumas y de Teófilo Gautier, los dos portentosos imaginativos, por España, quedó a los franceses y a los que se dejan guiar por la literatura gala, una visión demasiado pintoresca y estridentemente cromática de nuestro país, que se tradujo en una modalidad especial de arte: genéricamente, la «españolada».

Buena antaño para ilustrar parches de pandereta ó cajas decoradas de ricas pasas malagueñas para la exportación, han dado luego nuestros artistas en estilizarla, lo que ha sido para la españolada una dignificación y aún, si se quiere, una sublimación, pero en la que España aparece deformada en escorzos violentos, en orgías de color y en fantásticas mujeres de torso asexual.

Visiones de España á través de la vieja literatura francesa de los más exaltados románticos, son muchas veces; y así, en la pintura de Bosch que hoy reproducimos, hay obras muy bellas, dignas de ser conocidas por los amadores de buena pintura; pero hacen perdurar la leyenda de «la navaja en la liga» y de *Carmen* como personificación y símbolo de su perfecta antítesis: la mujer española.

LOS POETAS Y EL NIÑO

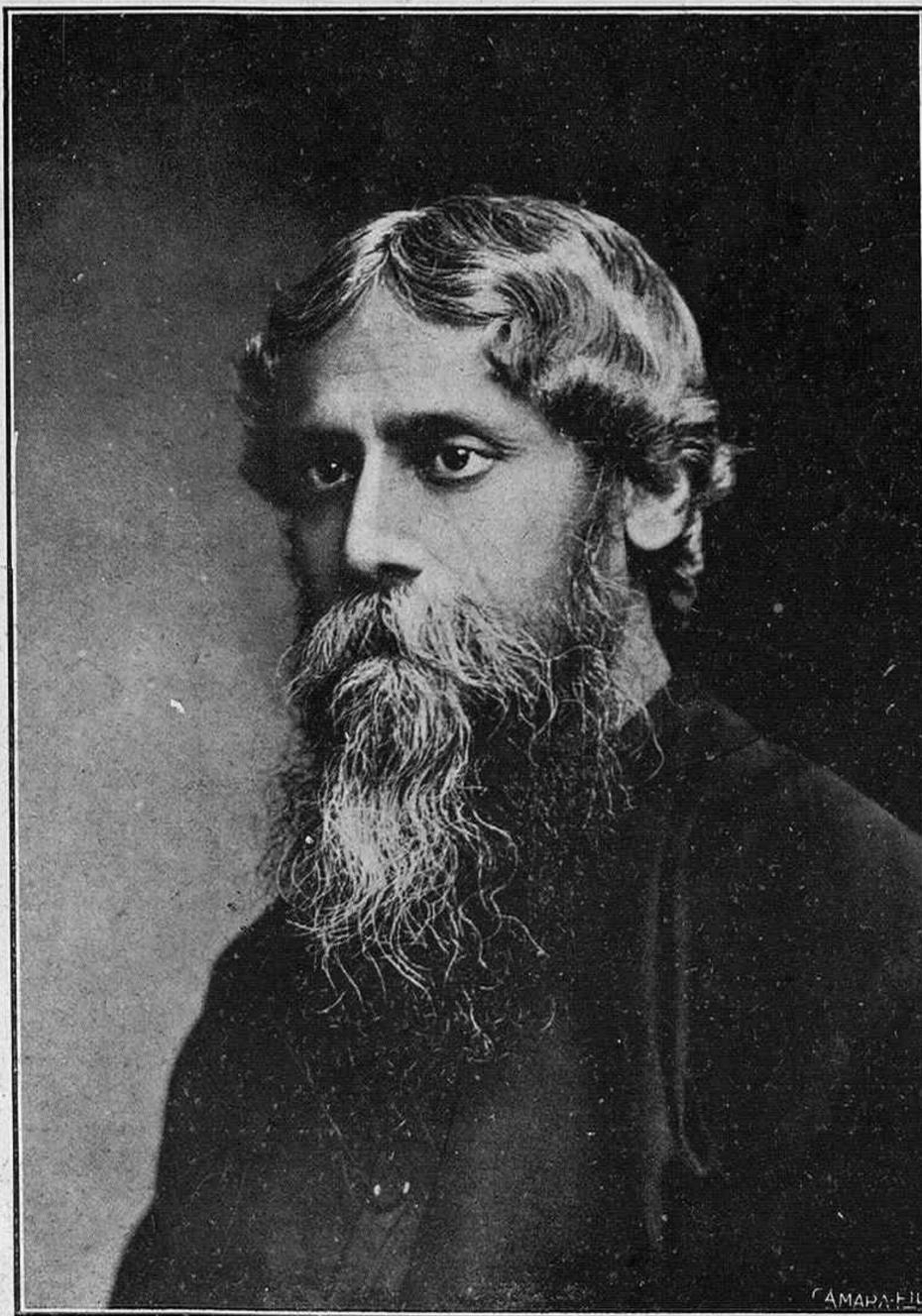
LA señora Camprubi de Jiménez tiene traducido—entre otras obras del mismo poeta—uno de los libros más bellos referentes á la infancia: *La luna nueva*, de Rabindranath Tagore. En la prosa más limpia y exquisita, dechado de expresión y delicadeza, aparecen vertidos estos poemas. Juan Ramón Jiménez, el lírico más fino, más sutil, del Parnaso español contemporáneo, saluda al niño indio de Tagore con unas palabras también poemáticas, todo luz, amor y fragancia.

Se escribe poco para los niños. La literatura que llega á las escuelas es, con contadas excepciones, pedestre y ñoña. Los cuentos que suelen caer en manos infantiles están, generalmente, mal escritos, y pertenecen á un arte chocarrero. No existe entre nosotros una literatura especial para los niños que sume al valor pedagógico el estético, que al mismo tiempo que fecundice sus inteligencias, estimule sus corazones. Una literatura sin literatura, en el sentido viciado que se da á la palabra, esto es, sin retórica, sin artificio, sin requilorios ni afeites inasequibles á la comprensión infantil. Una literatura simplificada, primaria en su composición, compuesta por las menos palabras posibles; pero éstas sencillas, exactas, á fin de servir á las ideas con la mayor claridad, procurando, por ende, la mayor belleza.

La luna nueva, aparte su valor literario excepcional, responde del mejor modo á esta necesidad. Libros como éste son los que hacen falta. Libros que cultiven hondamente la sensibilidad del niño. Acaso es más peligroso que descuidar su instrucción, descuidar su educación sensitiva. En las narraciones morales, en los cuentos que corrientemente se ponen en manos de los niños, hay más sensiblería que sentimiento, más tosquedad que poesía. La percepción de las cosas bellas, de las ideas nobles y delicadas, de los hechos heroicos, de las virtudes, debe llegar al entendimiento y el espíritu del niño directa y claramente, sin el fárrago y el énfasis que por lo común los desluce.

En *La luna nueva* todo es gracia, limpidez, armonía, sugestión. El niño indio de *La luna nueva* es alegre, mimoso, juguetón, reflexivo. La cualidad predominante de estos poemas es la ternura. Una ternura suave, vaga, casi etérea, empapa estos poemas. Es un libro lleno de corazón, tanto como de inteligencia. Un libro que subyuga en fuerza de sencillez, de alado y de profundo. Lo ha escrito un poeta con corazón de niño. Libro fácil aparentemente, asequible á los entendimientos infantiles, educador de su sensibilidad, encierra para los demás el hondo sentido de diversos temas estéticos y filosóficos.

En los poemas de *La luna nueva* están todos los sentimientos. El sentimiento de la patria, del hogar, de la justicia, de la vocación, de la maternidad, del paisaje, de la música, del mar, de la libertad, de la generosidad, del heroísmo... Están con ellos todos los amores: el de la playa, el del



RABINDRANATH TAGORE
Famoso poeta indio

campo, el de las flores, el de los jubilosos juegos infantiles, el de las ingenuas fantasías, el de los juguetes, el de los cuentos... He aquí, á manera de guión para el lector que desconozca el bello libro, algunos de sus temas:

Camina el poeta en el crepúsculo; en el silencio campesino percibe la voz lejana de un niño, que canta. El poeta se detiene á escucharlo, y á la luz de las primeras estrellas evoca instintivamente los hogares, todos los hogares, con sus cunas chiquitas y las lámparas encendidas que presiden las veladas.—El poeta interroga sobre el origen, el dulce manantial de donde vienen el sueño que cierra los ojitos del niño, la sonrisa que le ilumina la cara, la frescura de sus carnechas. Y piensa que acaso proceden respectivamente del reino de las hadas, de un rayo de luna «dorando el borde de una nube que se iba», de un «tierno y misterioso silencio de amor» que había en el corazón de la madre cuando era joven.—El niño, tirado en el suelo, juega con un palito, y jugando se pasa las horas muertas. El padre juega con su ambición, con sus ensueños, con los más caros juguetes. «¡Ay! He olvidado el arte de divertirme con palitos y con tortas de barro!»—El niño imagina que se va por el mundo, sólo, en un viaje larguísimo, y le pregunta á la madre

qué quiere que le traiga. Y el niño sueña con traerla montones de oro, las flores más hermosas que encuentre, las perlas más bellas, todo un barco grande cargado con los tesoros más ricos de la tierra, todo el tesoro del mundo para su madre...—El niño quiere ser el vendedor que grita todas las mañanas: «¿Quién compra ajorcas y pulseras de plata y de cristal?»; el niño quisiera ser el jardinero que cava el jardín para cavarlo él sin que nadie le riñera; el niño querría ser el sereno de la calle para, en vez de irse á la cama, pasarse la noche «persiguiendo las sombras con su farol».—La madre está triste, porque no ha recibido carta del padre ausente; el niño la consuela diciéndola que él comprará papel y plumas, y le escribirá las cartas de papá, y las escribirá mejor que él, y cuando las haya escrito, en lugar de echarlas al correo y que luego el cartero «se las guarde en su saco para leérselas él», pues se las traerá él mismito—el niño—y hasta la ayudará á deletrearlas...

Y así, como los apuntados, treinta, cuarenta temas rebosantes de gracia, de ternura, de luz, de alma, de encanto indefinible. Pasar los ojos por las páginas de *La luna nueva* es ver el mundo desde la ventanita de una casa de muñecas. O bien contemplar desde la montaña, por modo prodigioso, la poesía infinita de lo más íntimo, lo más menudo, lo más etéreo.

En la conferencia que Tagore dió en Génova, hace algunos años, acerca de su escuela y de sus métodos pedagógicos, declaró que él no había enseñado nunca á los niños más que lenguas y literatura. «Un día—dijo—recibí la visita de un inspector de la Universidad de Calcuta, que me halló en disposición de leer con muchachos de doce años el *Himno á la Belleza espiritual*, de Shelley; se quedó sorprendido de verme explicar á los niños un texto que figura en los programas de los colegios superiores y Universidades.»

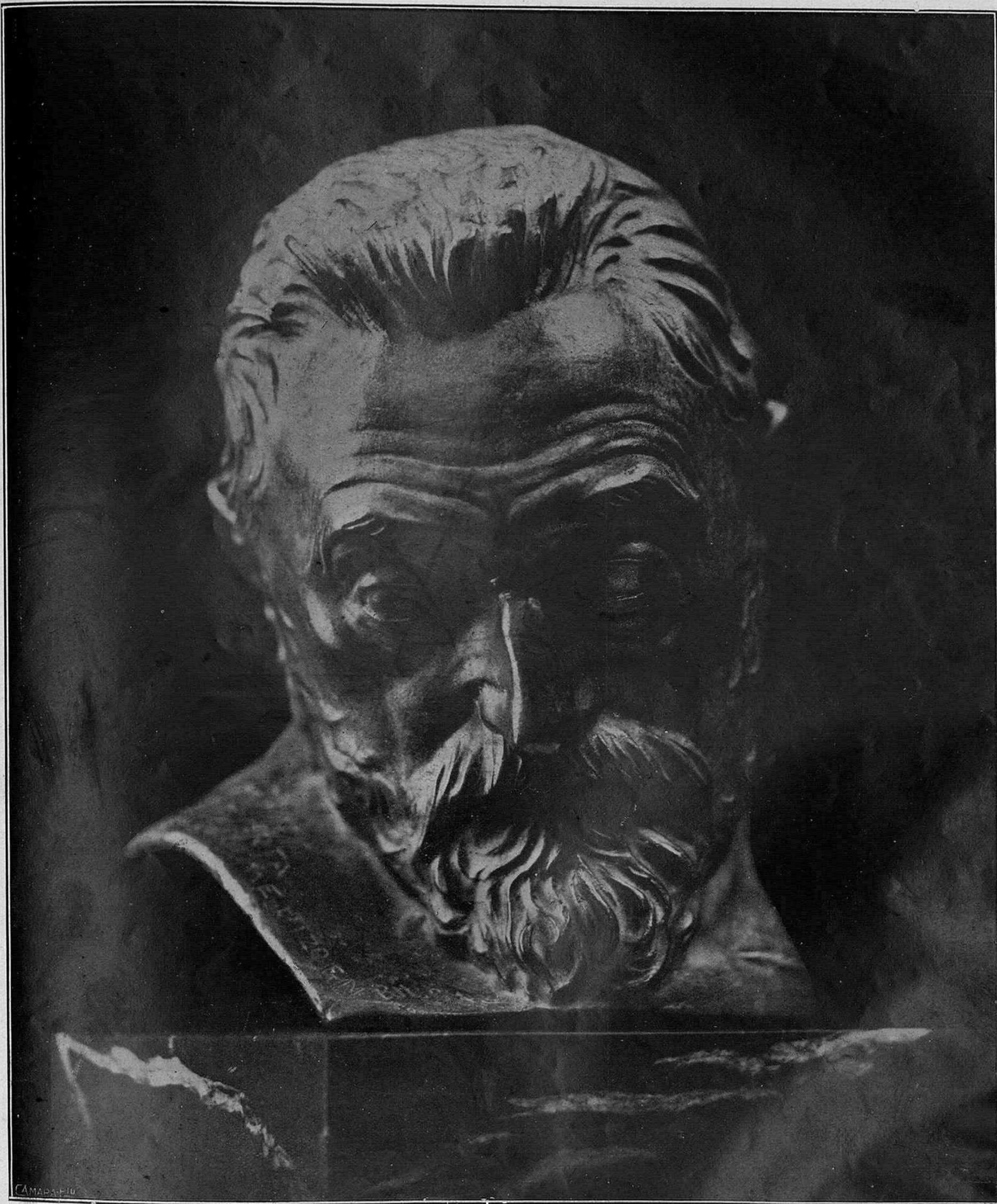
Literatura. Eso es lo que el gran poeta oriental enseña á sus discípulos de pocos años. Y literatura al aire libre, en jardines, en el campo. «Para mí—añade—, el niño vive hasta los doce años más por el subconsciente que por la conciencia clara, y lo que importa en sus primeros años no es que su memoria se pueble de conocimientos que tiene muy presentes en el espíritu, sino de que su subconsciencia se llene de belleza al contacto de la Naturaleza viviente.»

Pocos poetas clásicos y modernos hablan para el niño.

Los que lo hacen es de un modo fragmentario, episódico. Y sería de una enorme utilidad pedagógica el que los poetas se dedicasen un poco á escribir para el escolar. Al hacerlo, habrán escrito para el hombre de mañana; habrán sembrado—como Tagore—en el surco más tierno y más fértil. Habrán arrojado la mejor de las semillas.

J. ORTIZ DE PINEDO

E S C U L T U R A M O D E R N A



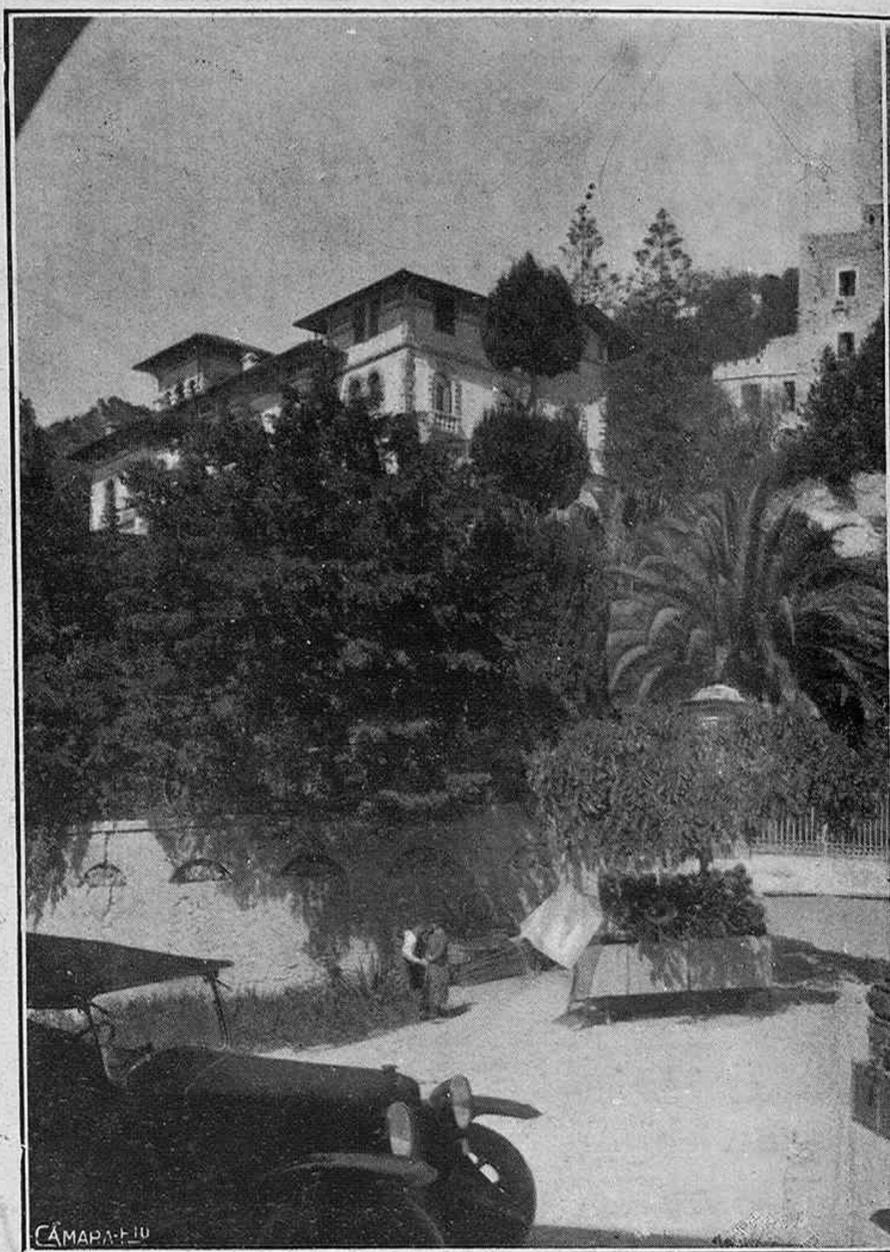
Busto de don Miguel de Unamuno, obra del ilustre escultor Moisés Huertas

En busca de la eterna juventud

UNA CLINICA IDEAL



Un rincón del parque donde tiene instalada su clínica el Dr. Voronof



Vista de la clínica, espléndidamente instalada, donde trabaja el Dr. Voronof

Si alguien dudaba de que el doctor Voronof era un sabio, nosotros podemos ofrecerle una prueba capaz de convencer al más descreído: la instalación que el famoso médico ruso ha hecho de su clínica en el punto culminante de la *Riviera*, en una altura á cuya falda se desarrolla espléndido paisaje, uno de los más bellos del mundo; un verdadero paraíso terrenal que ofrece Levante á la bellísima costa italiana, pobladísima de palmeras, de olivos, de rosas, eternamente florida, y al Poniente, Mónaco, Montecarlo, Menton, la costa francesa...

Vivir allí ya es muestra suficiente de sabiduría; pero en Voronof lo es doblemente. Difícil sería encontrar un paraje, fácilmente accesible, en que la vida sea más amable; en ningún otro puede amársela más, desearla más intensa, con toda la lozanía juvenil, y sentir con la más honda

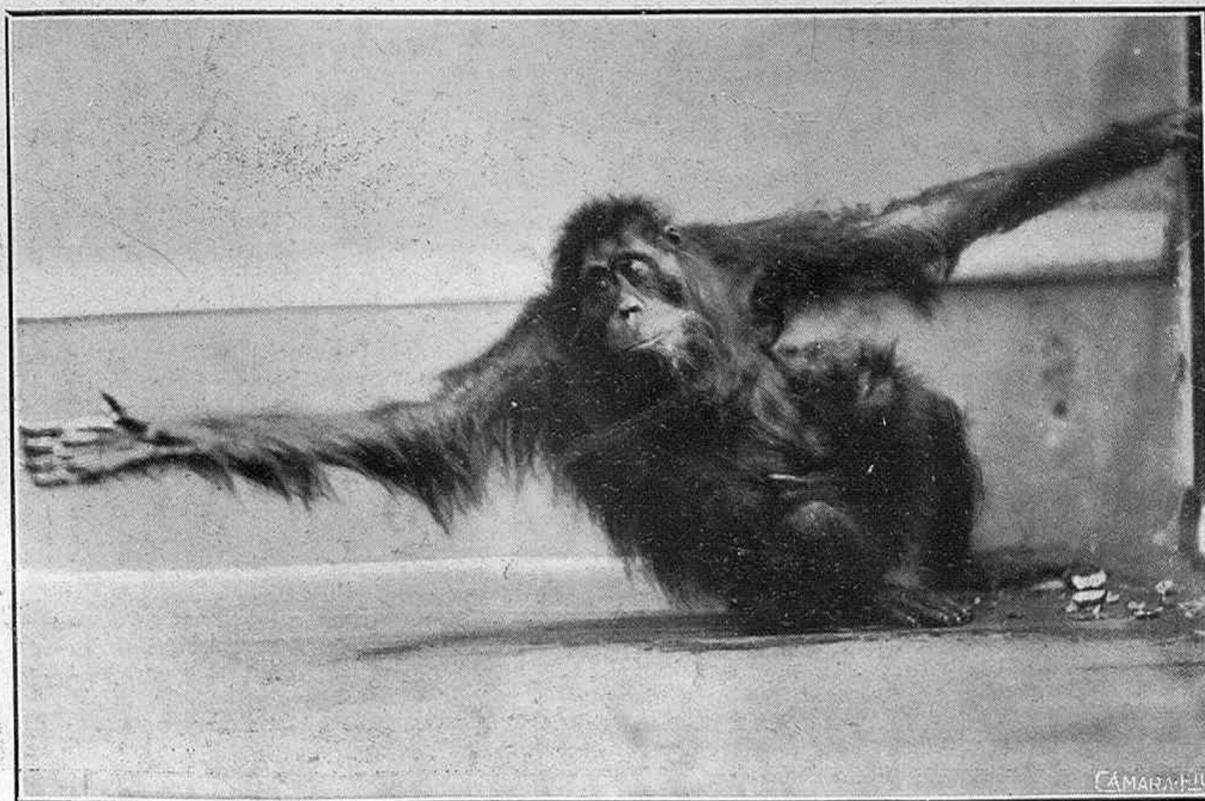
amargura el temor de perderla... La *Riviera* es el lugar de elección para todos los potentados de la Tierra; pero, con raras excepciones, salvo

cuando interviene la herencia, la fortuna que ha de hacer grata la vida, sólo se logra á costa de la vida misma. Muchos de los favoritos de la voluble diosa, los más, están ya

nella piu estrema età

como el héroe del más famoso poema de Goethe; y allí, en aquel paraíso, toda aquella humanidad tiene forzosamente el anhelo de renacer. Adquirir de nuevo la juventud perdida ó gastada en un anhelo finalmente estéril, es siempre un ansia lógica y justificada; pero en la *Riviera* ha de serlo mucho más. Voronof lo ha sentido así, y ello da una nueva demostración de su sabiduría. ¿Dónde podría el que se declara rejuvenecer encontrar más pródiga, más numerosa ni más afamada clientela?

En la *Riviera*, frente al mar, un grito ha de surgir fatalmente de todos los pechos y un anhelo de todos los corazones; y allí, en

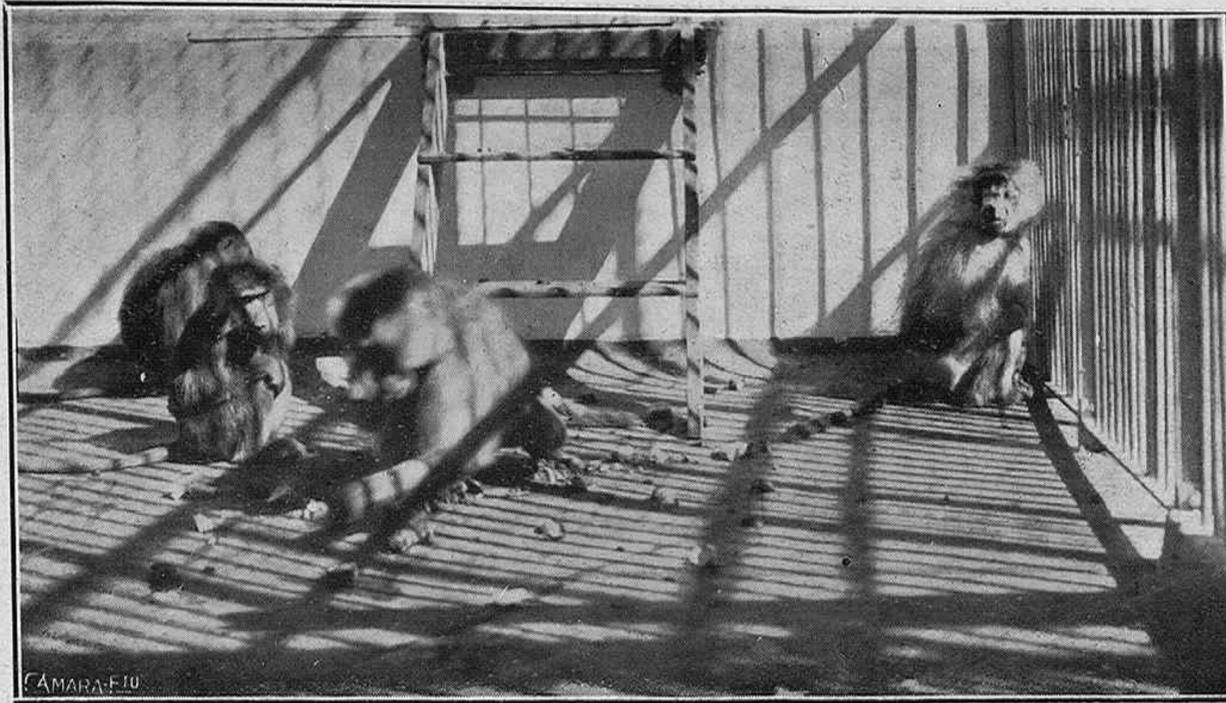


Uno de los monos, víctimas presuntas de las experiencias de Voronof

lo alto, Voronof, en su magnífica villa alzada sobre las ruinas de un castillo señorial de la época en que los señores habían dejado de amar la guerra para amar la belleza, aguarda sonriendo, con la mueca burlona de Mefistófeles, pero presto á trocirla en un gesto de prometedor optimismo. Voronof es la esperanza; uno más entre los múltiples encantos de la *Riviera*.

La clínica Voronof está instalada sobre el castillo de Grimaldi, morada en un antaño remoto de los condes de Grimaldi, señores de Mónaco y Ventimiglia, y reinantes aún en el vecino principado de Mónaco. El castillo fué derruido, y en su lugar se alza, sobre un magnífico parque lleno de árboles que forman misteriosas umbrías y cuajado de flores de exquisitos y varios perfumes. Recreo de los sentidos, lugar de paz y serenidad, es un paraíso dentro de otro paraíso y debe influir como enérgico coadyuvante en el tratamiento opoterápico que Voronof aplica. Querer vivir y desentenderse en absoluto del recuerdo de la muerte, es, según Juan Juiot, que estudió muy profundamente el problema, toda la *filosofía de la longevidad*.

En aquel maravilloso fondo en que todas las tonalidades del verde, animador de ensueños, ofrecen contraste al mar, de perpetuo intensísimo azul, y á las rocas rosadas en que forjaron sus hogares los trogloditas, los reyes del oro, de los negocios, del pensamiento, forman una ilu-



Los monos destinados al sacrificio por el sabio ruso

sionada colonia, aprovechando la magnífica hospitalidad en aquella clínica, á la que piden, á cambio de su dinero, más amado por muchos que el alma misma, lo que *Fausto*, sin miedo á la condenación eterna, pidió al Diabolo mismo: el rejuvenecimiento... la eterna juventud.

•••••

Aún hay en la villa de Voronof otros pobladores. Encerrados en jaulones, no por amplios, limpios y celosamente cuidados menos jaulas, los simios destinados á la horrible operación, sin la cual no es posible el rejuvenecimiento que tantos anhelan, viven felices también, inconscientes de su destino trágico.

Todo es allí felicidad y placer, porque se siente

más apresurada para los que anhelaron un intenso vivir. El ejemplo de *Fausto* no es, por otra parte, muy alentador para los que aspiran á ser siempre jóvenes y siempre dichosos; la juventud reconquistada tiene en el poema consecuencias tan crueles, que parece infinitamente mejor evitarla. Saber vivir, joven ó viejo, como la Naturaleza manda: anhelar en los años verdes y floridos de la vida; recordar, en los días invernales del existir, en que la nieve enfría, naturalmente, las pasiones.

El anhelo no debería ser vivir eternamente con plena juventud, sino morir, mejor extinguirse lenta y dulcemente, como se extinguían antaño las lámparas faltas de aceite... «Morir, dormir...», decía *Hamlet*...



La clínica del Dr. Voronof está emplazada en lo más pintoresco de la «Riviera», entre Francia é Italia



CUENTOS DE «LA ESFERA»

Los dos españoles protestaban: —En este dichoso París, todo el mundo se apresura para comer temprano!

Echaban de menos esa vida de Madrid que tiene algo de la sesión continua de los cinematógrafos y permite entrar en ella á toda hora.

La costumbre de comenzar todos los espectáculos antes de las nueve, obligaba á buscar con tiempo el restaurant para encontrar mesa y agotar la paciencia esperando el servicio.

No sabían ya en qué restaurant entrar; después de un mes de ir á todos, los rusos, chinos, españoles é italianos; y de agotar los entremeses de la *Brasserie Universal*, los mariscos de *Prounie* y los recursos de los Duval, no sabían ya qué elegir. Quizá la misma diversidad les hacía ver mejor la monotonía que existe en el fondo de todo.

A veces les parecía París entero un gran restaurant.

Continuamente hallaban las listas de precios colgadas á la altura de sus ojos, con la nomenclatura de los mismos manjares. En las

mesas de todas las terrazas había pirámides de huevos duros, de un tamaño enorme, cerca de las botellas de cerveza y los grandes papelones que dejan ver al través de su grasa las patatas fritas.

Una propaganda que anulaba el apetito en vez de excitarlo.

Hacia una tarde nebulosa, un chispear menudillo semejante á rocío lavaba el pavimento y las capotas de los coches. Se habían abierto como hongos, por generación espontánea, los miles de paraguas que caracterizan los días de lluvia en París y formaban contraste con los vestidos de verano.

De pronto, al doblar la esquina de una de las calles que desembocan en el Boulevard, salió de la pared un leve aircillo que parecía escaparse de las juntas de los sillares del muro. Un vientecillo ténue, ligeramente templado, acariciador, con un exquisito perfume á carne asada y á pastel recién cocido que despertó su apetito.

Estaban al lado de un restaurant y la

fuerza de aquel olorcillo les obligó á mirar la lista, colgada cerca de la vitrina.

Les pareció que un hombre que la leía también, los miraba con aire burlón.

Era un hombre de aspecto vulgar, traje vulgar y expresión vulgar. La moda de no llevar sombrero les impedía distinguir si pertenecía al establecimiento y se quedaron un poco desconcertados cuando les dijo:

—No van á encontrar mesa. Tal vez en ese otro de enfrente le sea más fácil.

Dudaron un momento, pero el menú que leían les interesaba demasiado para renunciar á él. Aquel tufillo excitante que parecía salir de la hoja de papel exigía imperiosamente satisfacer el apetito. Era una cosa rara el valor que tomaba aquel menú aderezado por el perfume tibio que se desprendía de él.

—Veo allí una mesa al fondo—dijo Manuel, con deseo de prescindir del intruso, pero él no se dió por vencido.

—No encontrarán ustedes ahí dentro ninguno de esos platos que les agradan—insistió.

Sacó de su bolsillo un largo lápiz y comenzó á señalar con el lado que no tenía punta, pasándolo sobre el menú con aire de maestro que muestra el mapa á los discípulos.

Iba señalando de alto á abajo y dando su explicación:

—Los entremeses son aquí extraordinariamente malos... Pero son mejor que la sopa y el consomé, hechos con caldo de los huesos de chuletas roídas que quedan en los platos.

Los dos amigos se miraron indecisos sin saber si se trataba de un ingenuo confianzudo ó si aquel hombre enterraba una segunda intención. El continuó señalando con el puntero:

—La carne que dan aquí es toda manida ó de caballo; se corre el riesgo de una intoxicación... ¿El pescado? Urticaria segura. Compran el menos fresco de todo el mercado...

El lápiz de aquel fiscal mal intencionado pasaba sobre la nomenclatura de tortillas y de platos de huevos:

—No los podrán ustedes comer—decía—; huevos pochos y aceite de cacahuets... Y que no se les ocurra pedir ensalada... En cuanto á estos postres: Fresa del Bosque ó Crema de chocolate, no los han de encontrar...

—Entonces, ¿qué se puede comer aquí?—preguntó Manuel, con el mal humor que le producía el contraste de la información con el olor delicioso del suave airecillo, que hacía que el menú oírse en vez de letras y se masticaran de ante mano los manjares.

—Realmente, nada—dijo el hombre impeturbable—. La comida es mala, la bebida de lo peor... y la limpieza... Apenas friegan los platos.

Emilio y Manuel se miraron indecisos. El añadió:

—Entren ustedes si gustan; pero ya están advertidos. Verán cómo están borrados de la lista todos los platos que les agradan.

—Vamos á verlo—dijeron, ya interesados, ambos.

El desconocido se inclinó y cruzó entre las filas de automóviles para instalarse en una mesa cercana á la puerta del restaurant de enfrente, como si los esperase.

Los dos amigos penetraron en la sala larga y estrecha, donde las mesas se acercaban tanto unas á otras que las sillas se daban espalda con espalda. El olorcillo de la calle se había desvanecido y lo sustituía el olor á restaurant barato, con grasas de frituras y salsas de cebolla.

Había un público heterogéneo y pintoresco: mujeres solas... nombres solos... parejitas amarteladas... buenos burgueses gordos con sus esposas... al lado de vestidos coquetones y cuidados vestidos desaliñados y raídos. Tipos elegantes y tipos ridículos. Una mezcla de razas: Mulatos que siempre parecían desconfiados y serios..., japoneses con cara de ratitas, como muñecos de trapo..., ingleses luciendo la ri-

gidez de sus figuras de palo..., italianos reidores y gesticulantes.

—Y pensar que cada una de estas figuras no tiene solo la misión de estar aquí para comer, sino que cada uno lleva una novela y una vida—dijo Emilio.

Manuel estaba distraído mirando á las mujeres que ofrecían esa gran variedad que hace que entre todos los millares que pasaban al día ante sus ojos, no hubiesen dos sombreros ni dos trajes iguales.

Unas encendían los cigarrillos y otras se pasaban la borla de los polvos ó se empurpaban los labios. Al lado suyo, una jovencita, con aspecto de niña tímida, se dejaba abrazar paciente por su acompañante, el cual parecía complacerse en ese alarde de amorosos que suelen tener los que al llegar á casa apenas se ocupan de su pareja.

—Es lo mejor que ese podría hacer—respondió Emilio, á la observación de Manuel—. Esa muchachita tiene tal aspecto de niña doliente y resignada, que busca sólo su cena, que yo se la pagaría y la dejaría marchar.

En aquel momento el mozo les ofreció el menú y la carta de los vinos. Una rápida ojeada les hizo ver que todos los platos marcados por el puntero del desconocido estaban efectivamente tachados de aquella lista.

—¿No hay ya sopa de tortuga?

—Se ha terminado.

—¿Ni langosta á la americana?

—No queda.

—¿Chateaubriand?

—Se acabaron.

Los dos amigos reconocieron la verdad de las afirmaciones que les había hecho el hombre y tomaron sus sombreros, sin hacer caso de la serie de platos que les ofrecía el mozo:

—Rosbif... Contra filete... Ragú con patatas...

Al llegar á la calle volvió á acariciarlos el olor delicioso, con aquel airecillo que parecía salir de la pared. El apetito amortiguado se hizo tan imperioso de nuevo que corrieron hacia el restaurant de enfrente y fueron a sentarse al lado del desconocido, al que saludaron amistosamente como si les hubiese salvado del peligro de un tifus, de unas gástricas ó, por lo menos, de una indigestión.

—¿Cómo sabía usted tan bien los secretos de ese restaurant?—preguntó Manuel.

—He sido su fundador—respondió el hombre—. La idea fué mía y no de ese señor que pone su nombre en letras tan grandes en la muestra... El era el socio capitalista, pero como no teníamos contrato, un día me puso en la calle, sin considerar que yo había labrado su fortuna con el invento que atrae á la gente y hace que esté completamente lleno siempre, á despecho de lo mal que sirven.

—No comprendo—dijo Emilio.

—¿Es que no han notado ustedes el olorcillo apetitoso que se siente al volver la esquina del Boulevard?

—Si.

—Pues eso es debido á un fuelle de mi invención que va desde el fogón á la calle para que los transeuntes perciban el olor á comidas, que luego no encuentran, porque sale de un caldo inventado por mí.

Los dos amigos soltaron un franca carcajada.

—Yo he puesto este restaurant frente al suyo—añadió el hombre—y aunque el fuelle no me daría el mismo resultado, porque la situación del otro es privilegiada, en una de las esquinas más concurridas de París, la influencia del olor es tanta que basta para que se llenen los dos establecimientos.

—Es maravilloso—comentaron los dos amigos.

—Nunca he sentido tan gran apetito—confesó Manuel.

—Mi invento tiene una base científica—continuó contento del aplauso el inventor—. El perfume de los ingredientes, cuidadosamente escogidos, que forman mi caldo, hieren los nervios olfativos, y la idea que recibe el cerebro ejerce su influencia sobre la secreción de la insulina, y de los jugos psíquicos del estómago. Esto provoca un apetito irresistible, imperioso; no hay más remedio que entrar y comer.

CARMEN DE BURGOS
(COLOMBINE)

(Dibujos de Varela de Seijas)



... el mozo les ofreció el menú y la carta de vinos...



Una forma de propaganda electoral completamente japonesa: la propaganda por los kimonos, hace que uno de los órganos activos en la preparación de la lucha sea el taller de costura

PARA LA PROPAGANDA ELECTORAL

La vida política del Japón es, por muchas razones, más activa y cálida aun de lo que suele serlo, ordinariamente, en los países occidentales. Las gentes se apasionan mucho por los negocios públicos y cuando llegan los períodos electorales luchan ardientemente para que logren sus candidatos, que allí es conseguir que triunfen sus ideas.

Ahora mismo, con motivo de la disolución del Parlamento y la inmediata elección del que ha de sucederle, hay en el Japón una extraordinaria animación en los centros políticos, y cada partido trata, naturalmente, de atraerse el mayor número posible de electores con el fin de llevar sus ideales a la gobernación del Estado.

Ahora, cuando se anuncian en



Carteles electorales en el Japón. El obrero lee la frase: «Votemos sin desfallecer»

Los nuevos métodos japoneses

nuestro país elecciones que pueden ser trascendentales y que de seguro moverán al cuerpo electoral más activamente de lo que hemos visto desde hace muchos años, no está de más mostrar algunos detalles de esa actividad, que bien pudiera y aun sería preferible decir bien debiera ser imitada.

Huelga decir que todos los métodos europeos de propaganda son igualmente utilizados por los japoneses: carteles, circulares, discursos, etcétera, etc., se prodigan extraordinariamente, y los muros de los pueblecillos como los de las ciudades aparecen llenas de enormes rótulos, en que se ven, muy ostensibles, los nombres de los candidatos que aspiran a representar al país.

Pero hay otros medios que en

nuestro país, y, en general, en los europeos, parecerían absolutamente exóticos y que prolongan muy activamente, con un máximo dinamismo, muy de la época presente, la propaganda mural.

Ese medio es el anuncio mediante carteles puestos en kimonos, que unas veces los mismos miembros de los partidos en lucha y otras agentes electorales á sueldo, pasean por los lugares más frecuentados, mezclándose insistentemente con los transeúntes, para conseguir su atención.

Es, en definitiva, la aplicación adecuada á la indumentaria del país, del viejo sistema del hombre «sandwich», que en Occidente se ha usado para todo género de propagandas; pero, en nuestro país al menos, nunca fué utilizado en la lucha electoral.

Hubo, sin embargo, un momento en que fuerzas políticas nuevas y ardorosas (las de la juventud maurista), intentaron «romper los viejos moldes», aplicando métodos nuevos. A ninguno de aquellos entusiastas jóvenes se le ocurrió hacerse coser en la espalda de la americana un cartel con el nombre del candidato predilecto.

En el Japón, ese sistema ha llegado á tan intenso desarrollo, que durante el período electoral funcionan talleres de costura, muy poblados, en que se trabaja afanosamente en la preparación de kimonos para los agentes electorales. De ese modo se logra tener constantemente el material necesario para que las candidaturas estén constantemente ante los ojos de los electores, y haciéndoseles familiares, produzcan una especie de sugestión que oriente, sino por completo, las ideas suficientemente, los actos políticos de los que han de votar.

Otro aspecto de aquellas propagandas, al que más de una vez se apeló entre nosotros, pero, en general, no públicamente ni con política franca y puramente tal, es la actividad femenina; allí las mujeres toman una parte activa en la preparación de las elecciones y solamente en defensa de las reivindicaciones de su sexo, decidido á imponerse, sino á favor de las diversas agrupaciones políticas, cuando entienden que haciéndole la propaganda de «lo suyo» puede tener, aunque indirectamente, mayor eficacia.

Confesamos, sin embargo, que no nos agrada ver á nuestras lindas compatriotas dedicadas á esa labor.

Tal vez esta impresión sea efecto del tono un poco enfático, dicho sea sin ofenderlas, y de la orientación poco grata á la mayoría de las gentes que suelen dar á sus propagandas.

Nuestras feministas exaltadas, que son además excepción, suelen perder un poco su silueta femenina que tan grata nos resulta á los míseros mortales, para trocirla en otra excesivamente masculina, aunque afortunadamente no entren en



Carteles de propaganda electoral con los nombres de los candidatos



ella ni la falda-pantalón ni siquiera el pantalón—tout court—que con sus leguis correspondientes usan algunas estudiantas de los colegios ingleses. Hay otras del extremo contrario, podríamos decir, que siguen conservando la indumentaria de Miss Helyet en el primer acto, especie de uniforme muy parecido al que usan las damas del Ejército de Salvación y evidentemente tan poco agradable como antiestético.

Sin esos dos ligeros inconvenientes encontraríamos muy bien que las mujeres intervinieran en nuestras contiendas electorales si lo hicieran por propia iniciativa y con su propia personalidad; pero aun nos duele más el antiestetismo de algunas de ellas viendo que como las señoritas de que hablaban en una zarzuela antigua,

Parece que les tiran de un cordelito.

Los miembros de los partidos muieste tienen á honor llevar ellos mismos kimonos de propaganda (Fots. Orrios)



CANTO HUMILDE

*Mientras no sea humilde, como aquella avecica
que tuvo entre sus manos el monje del Subassio,
el viento de la sierra y el sol de la mañana
no me descubrirán la bondad de su bálsamo,
ignoraré la esencia de toda claridad,
el temblor de alegría que hay en todo el espacio
y tú me temerás, dulce y pequeña amada,
que tienes la humildad vagabunda de un pájaro.*

*Mientras al fin no sea confundido, ignorado
en el alma de todo lo que tiembla y camina,
y mi sombra no hunda su filo entre las sombras
que arrastran la pesada cadena de los días,
nada sabré del hondo estremecer del mundo
(que es la disolución de toda cosa viva)*

*ni del amargo deje de nuestras verdes horas
enlazadas las manos y mezcladas las vidas.*

*¡Cómo pasan las horas, los días y los años!
—reza el decir eterno—. ¡Cómo pasan, amada!
Nos conocimos una mañanita de abril,
viva como un amor y fresca como un alba,
y ahora corren los días dolorosos de otoño
en una irritación de tarde iluminada
y seguimos mirándonos al fondo de los ojos
deseperadamente, sin descubrir el alma.*

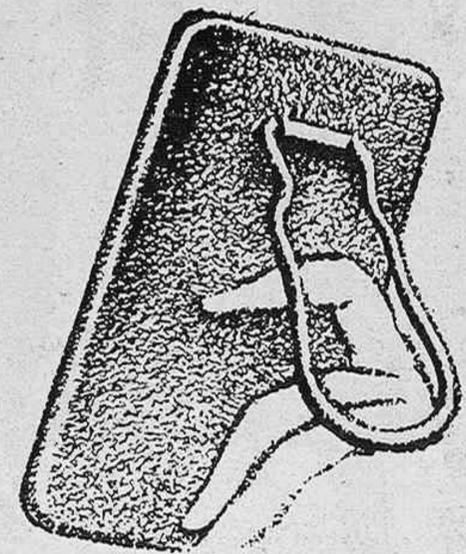
*¿Será porque no soy humilde todavía,
por lo que miro y miro, y no descubro nada?*

(Dibujo de Bujados)

LEDESMA MIRANDA

F.R.

VERITAS



El arte de empolvarse

reclama un tipo especial de polvos, a tono con el tocador moderno. Ya no se estila esconder el cutis bajo los polvos. La piel debe estar limpia y la borla limitarse a perfeccionar el conjunto.

Caja

2 PTS.

TIMBRE APARTE



Los Polvos Gal son transparentes de puro impalpables. Hay un tono para cada color de piel. Matizan con naturalidad los cutis delicados. Son polvos modernos, perfumados deliciosamente, creados con arreglo a los últimos tratamientos de belleza.

Polvos GAL

(SERIE AMARILLA)

PERFUMERIA
GAL MADRID
 BUENOS-AIRES
 LONDON
 NEW-YORK

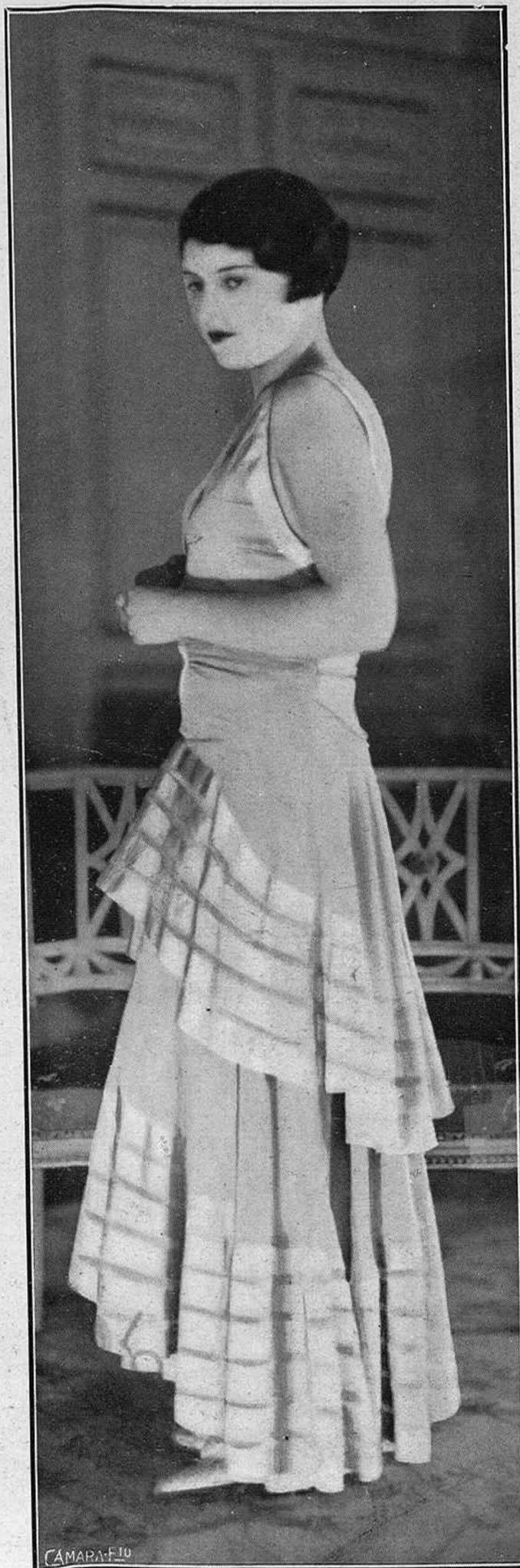
DE LA MISMA SERIE AMARILLA
 Jabón de tocador Ptas. 1,25
 Cremas «vanishing» y líquida -- 3,50
 Pasta de Almendras -- 3,50

Elegancias



Vestido de popelín azul marino con cuello de encaje blanco

Vestido de «crêpe marocain», color «beige», con cuello de encaje del mismo tono



Vestido de «crêpe» de China con bieses de satín verde

(Modelo Paquin)



Vestido de «crêpe marocain» azul marino con amplia chaqueta

Vestido de «crêpe» satén gris perla (Modelos Patou)

EL cambio tan radical que ha sufrido la moda femenina en todos sus aspectos brinda un enorme interés á los nuevos tejidos.

Todas las mujeres esperamos verdaderas maravillas, sobre todo en el arte de la estampación.

¿Pero es esto posible después de lo mucho que ya se ha logrado en este punto? Ya comienzan á ser exhibidas las telas de verano y, en realidad, no hemos visto un tejido que destaque como novedad de los que el pasado año se llevaron.

Hay unas telas que como la línea misma de los trajes, vuelve sus ojos al pasado, inspirándose en la moda del 1830; algunas son sumamente lindas porque están estampadas sobre fondos sutiles, pero los de pesada caída, tales como el «taffetas», el raso mate y el «moiré», son, francamente feas y no favorecen en absoluto al conjunto general de la silueta, poco espiritual, que nos impone la moda.

Predominan en esta clase de telas estampadas los fondos de colores marrón, granate, zafiro, gris pálido, azul de matices vivos, amarillo, limón y crema. El «beige» no se lleva en absoluto, pues este tono no se conocía aún á mediados del siglo pasado y los modistes, fieles á la tradición, han respetado los usos de antaño para que nos demos cuenta exacta, sin duda, de que hemos sufrido un retroceso de cien años.

Los tejidos lisos apenas si se llevarán en los trajes de primavera y estío, y el negro, tan bello, al cual tantos éxitos debemos, quedará en la última fila de las elegancias.

En algunas colecciones que ostentan

nombres tan conocidos del mundo elegante como Patou, Worth y Ducharme, se han lanzado unas sedas estampadas con idénticos dibujos que los «tweeds» de lana y algodón, que tanta aceptación han tenido este invierno. Algunas son muy bonitas, pero creemos que sólo podrán ser utilizadas para trajes deportivos, por su calidad.

Las sedas estampadas en estilo de camafeo se ven mucho, así como las sedas brochadas con minúsculas florecillas del mismo tono que el fondo.

Las muselinas de tonos pálidos, estampadas con una flora graciosa y atrevida de colores opuestos, forman legión; la calidad inigualable de esta tela—que bien puede llamarse de ilusión—se presta á crear muy lindas *toilettes* de faldas largas y con amplios vuelos. Para trajes de tarde son estas muselinas muy adecuadas, y además tienen la ventaja de rejuvenecer extraordinariamente á todas las mujeres.

En todas las sedas destinadas para trajes de mañana, los estampados tienen un carácter viril; se llevan los mismos dibujos que los que decoran las camisas de los hombres: mil rayas, cuadrículados minúsculos, motivos geométricos muy confusos, rayas mate y brillantes, unidas entre sí por un fondo vivo.

Respecto á las calidades, se ve mucho el crespón de hilo, la «toile de soie», el «popelín» también de seda y una especie de «crepe» denominado Amoris, sumamente fino y transparente, cualidades éstas que harán triunfar plenamente.

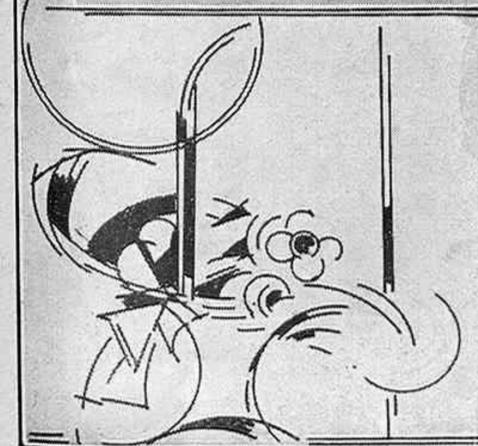
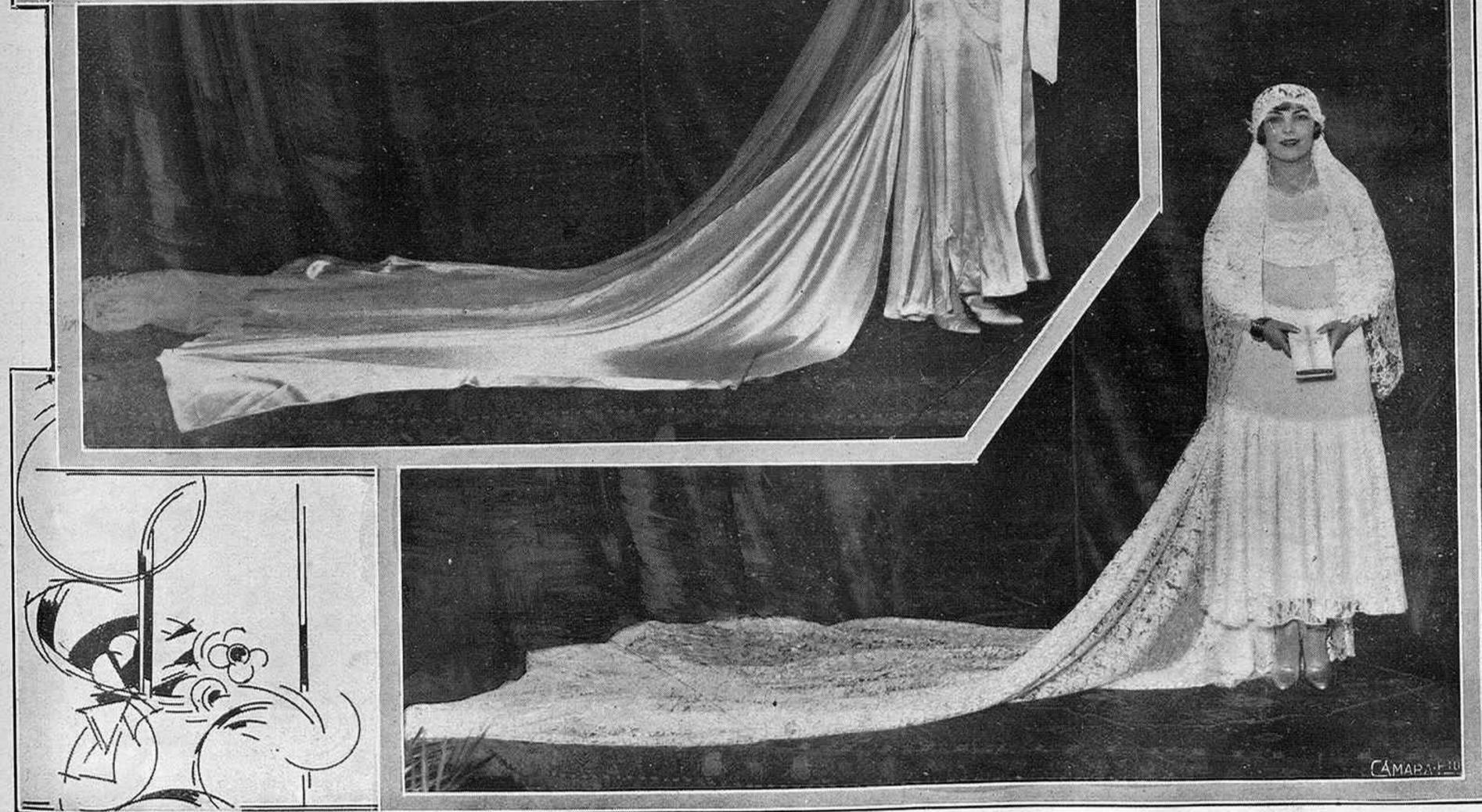
ANGELITA NARDI

LA MODA ACTUAL Y LA CASA LACOMA

El 28 del pasado y el 1.º del actual, la Casa Lacoma presentó su colección de Primavera-Verano en el Hotel Ritz y en el Palace Hotel. Más de doscientos cincuenta vestidos constituyeron durante dos horas y media la admiración de toda la buena sociedad madrileña que se reunió en las dos fiestas. Algunas damas francesas con quienes tuvimos el gusto de hablar nos manifestaron su sorpresa considerando cómo una firma genuinamente nacional puede compararse y aun superar a algunas de las de más fama de París. ¡Lástima que nuestras clases elevadas, disponiendo en España, como disponen, de firmas como ésta, se vayan al Extranjero a dejar allí ríos de riqueza, que tan buena falta nos hacen dentro de España.



De la numerosísima colección presentada por la Casa Lacoma publicamos estos tres trajes de novia, distinguido broche con que las dos fiestas fueron cerradas



CÁMARA-F. 10

LOS MEDIOS DE LOCOMOCION

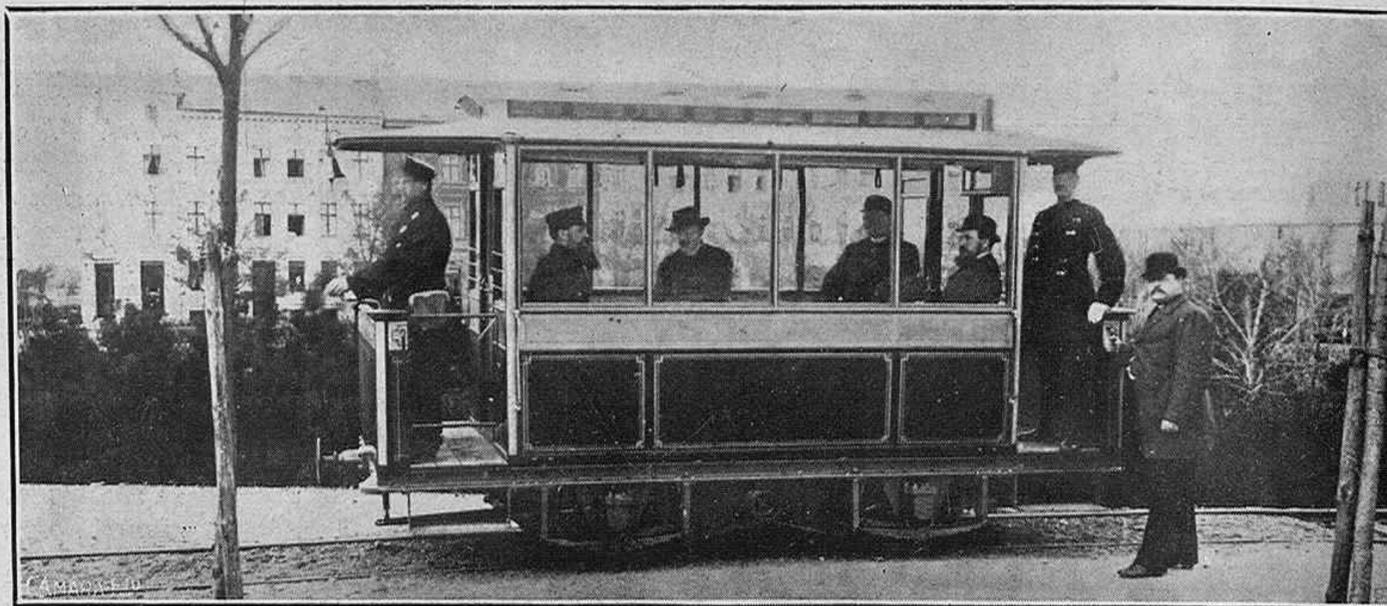
CINCUENTA AÑOS DE CIRCULACION URBANA

EL primer tranvía que corrió en el mundo—en la línea 42 de Berlín—será jubilado uno de estos días, después de cincuenta años de servicio.

Nuestro grabado le presenta tal como es: modesto y sencillo, en medio de las ostentaciones actuales; pero que en su tiempo fué, por más de un motivo, el asombro de los berlineses.

No puede negarse, sin embargo, que hace un papel un poco desairado si se le compara con uno de los magníficos autobuses que han comenzado á circular en Londres, y que parecen un modelo de fuerza, de elegancia y de confort insuperables. Haría mal, sin embargo, de ser sensible, en mostrarse orgulloso; todo hace creer que, á pesar de todo, será superado.

Los progresos de la industria y



El primer tranvía eléctrico que, en 1881, circuló por Berlín y que ahora será retirado de la circulación



Un modelo nuevo de autobuses destinado á las líneas londinenses

del arte, que entra también por mucho en la fabricación de esos vehículos, son ahora tan grandes y tan rápidos, que nos damos cuenta exacta de la inestabilidad de las cosas y de la fugacidad de los momentos; lo mejor del presente corre el riesgo de resultar mañana tan sobrepujado por lo nuevo, que, comparando, nos resulte tan pobre como ahora nos parece el primer vehículo que corrió por las calles de Berlín, impulsado por la fuerza eléctrica.

Los nuevos autobuses de Londres resultan, por ejemplo, grandes y majestuosos si los comparamos con los de París, y tienen sobre ellos la superioridad estética y un poco sentimental de ser fieles á la fórmula de la «imperial», que los ingleses no habían abandonado del todo y á que los parisienses han sido demasiado ingratos.

La «imperial» de los autobuses de París tiene en su historia una literatura completa; pero, además, tiene una enorme cantidad de recuerdos sentimentales no traducidos en esa literatura. Era, efectivamente, muy grato recorrer París sobre uno de aquellos pesados armatostes

Interior de uno de los modernísimos autobuses de Londres, en que se ha cuidado la belleza y el confort
(Fots. Agencia Gráfica)



que aún perduraban hace veinticinco años y que ofrecían á sus pobladores el magnífico panorama de las calles de la gran ciudad animada, por su extraordinario dinamismo.

En aquellos coches y en aquellos asientos de «imperial», no siempre bien alumbrados ó, mejor dicho, mal alumbrados siempre, parecía revivir aún, á tanta distancia, la vida un poco pícaro de los personajes de Paúl de Kock, y apenó á muchos el que aquellos artilugios trepidantes dejaran su puesto á los autobuses actuales, más airoso y bellos de líneas, pero absolutamente carentes de tradición.

En París sólo quedaban ya con «imperial» algunos tranvías pesados y sombríos, que caminaban hacia la *banlieu* por el boulevard Saint Germain, por ejemplo, y los trenes de *ceinture*.

En Londres no habían renunciado á viajar en lo alto de los coches y es evidente que hacían bien; ahora lo que hacen es acondicionar mejor ese segundo piso.

El lujo en los ferrocarriles españoles



Interior de los nuevos coches Pullman construidos en los talleres Carde y Escoriaza, de Zaragoza, para las líneas de Barcelona á Cerbère y de Madrid á Hendaya. Estos magníficos coches, adquiridos por la Compañía Internacional de Coches-Camas, superan en lujo á los mejores que circulan por líneas de Europa

Libros nuevos

La otra, por Fernando Jáuregui. Ilustraciones de José Primo Saracchi.

Editorial Tor.—Buenos Aires, 1929.

—*Marquesita y modistilla*, por Julia Mélida. Nove a publicada en la colección «La Novela Rosa».

—*El corazón y la cabeza*, por Eveline Le Maire. Novela publicada en la colección «La Novela Rosa».

—*Los engaños de la morfina*, por el Dr. César Juarros, publicado por «El libro del Pueblo», de la Compañía Ibero-Americana de Publicaciones. La misma Editorial ha publicado también, como volumen de dicha Biblioteca, *La Sociedad de Naciones, lo que es y cómo funciona*, por José Plá Cárceles.

—*Error*, por María Sepúlveda. Un volumen de «La Novela Rosa».—Editorial Juventud.—Barcelona.

—*Reinar después de morir y La luna de la Sierra*, un volumen con estas dos comedias de Luis Vélez de Guevara. Prólogo de Angel Valbuena Prat.—Editado por la Compañía Ibero-Americana de Publicaciones.

—*Un movimiento revolucionario: De los sucesos de Ciudad Real al proceso Sánchez Guerra*, por Fernando Barangó-Solís.

Editorial Progreso.—Barcelona.

—*El Legajo 113*, por Emile Gaboriau.

Todos los españoles leerán

La Novela Política

nueva publicación de Prensa Gráfica, que aparecerá muy en breve en Madrid, y que recogerá, en forma de novela, **Los hechos políticos, Las grandes figuras, Los movimientos revolucionarios, Las luchas de ideas**, cuanto ha tenido una repercusión en la vida social española. El momento español actual es un momento plena é imperiosamente político. Pocas veces como ahora se estremeció tan agudamente la sensibilidad social de la nación. A este gran momento político, á esta hora, que es á la vez liquidación, balance, responso, crisis, aurora é inquietud, responde la creación de

La Novela Política

publicación vibrante, de un vigoroso interés de actualidad, que juntará en sus relatos—hechos con carne y alma de España—la vervelesco. **dad, la experiencia y la lección de lo histórico con la emoción y la pasión de lo**

La Novela Política

aparecerá **los sábados**, y se venderá en toda España al precio de **treinta céntimos** el ejemplar.

68 PAGINAS ♦ PORTADA EN COLOR ♦ 30 CENTIMOS

Haga usted con toda urgencia sus pedidos á Prensa Gráfica, Hermosilla, 57. Apartado 571. Madrid

La construcción moderna en Barcelona

La arquitectura en Barcelona ha llegado al máximo perfeccionamiento en sistemas y técnica constructivos. Si a las líneas generales de adelanto de métodos en la ejecución de las obras, se suman algunas circunstancias personales que en estos últimos tiempos han surgido en el arte arquitectónico—temperamento, gusto de concepción, estilo en su verdadera acepción, en fin—llegaremos a la necesaria admiración de los nuevos edificios, que, por el ensanche de Barcelona, se alzan majestuosos a lo largo de sus amplias vías.

En la Avenida de Alfonso XIII se ven algunos edificios magníficos, aunque no con la profusión que el sitio merece. No comprendemos justificado este retraimiento, toda vez que la construcción sigue su auge en otros lugares de menos ventajas probablemente.

Paseando por esta soberbia Avenida, contemplamos una casa que nos llama la atención, después otra... Preguntamos por el nombre de sus autores. Son del arquitecto don José M.^a Rodríguez-Lloveras, nos informan.

Necesitamos hablar con el señor Rodríguez-Lloveras.

Nos recibe este joven artista de la técnica archi-



Magnífico edificio construido en la Avenida de Alfonso XIII, del que es arquitecto el Sr. Rodríguez-Lloveras y constructores los señores Marcelino Padró é Hijo

La arquitectura de José M.^a Rodríguez-Lloveras

Ferrer Cagigal, decano de la Facultad de Medicina, quien se propone construir todo el bloque que aparece en la perspectiva—nos habla mostrándonos la fotografía que adjunta publicamos—que ofrecerá la particularidad, poco corriente en Barcelona, de que una manzana entera tenga el mismo estilo y carácter arquitectónicos.

Al despedirnos de Rodríguez-Lloveras, salimos con la creencia de que es el hombre de la gran obra.

No ha de pasar mucho tiempo sin que este ilustre arquitecto demuestre su gran capacidad en una obra inmortal. Los actuales destellos de sus producciones acusan esta suposición claramente.

J. M. I.

Barcelona, Febrero 1930.

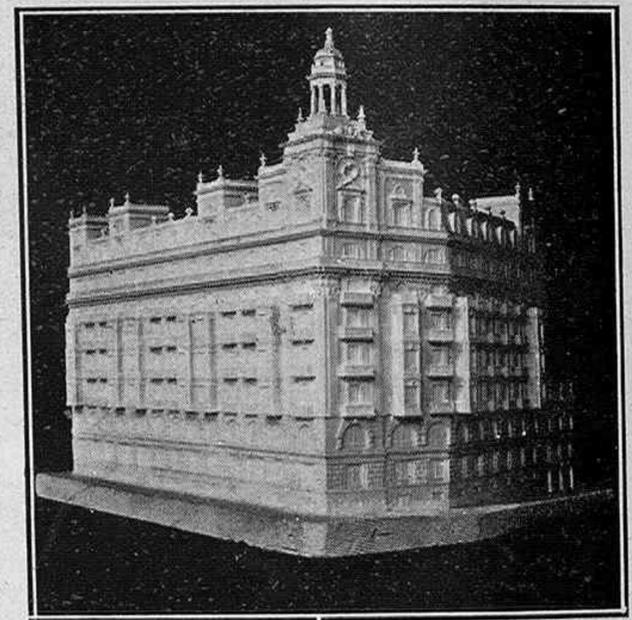
La contratación general

Una de las firmas catalanas que mayor incremento ha llegado a conseguir, destacándose en el campo de la construcción, es la razón social Marcelino Padró é Hijo, cuyas normas de desenvolvimiento la han situado en un lugar preeminente entre sus similares.

Su prestigio nació con su fundación; pues desde el



Croquis de fachadas de los edificios a construir en el cruce de la Avenida de Alfonso XIII y calle de Urgell, cuyo proyecto es original del arquitecto Sr. Rodríguez-Lloveras



Maqueta del edificio en construcción, propiedad del Sr. Robert, del que es arquitecto D. José M.^a Rodríguez-Lloveras

tectónica, con gran amabilidad y solicitud. Nos habla de distintos matices profesionales que nos hacen observar su sólida competencia técnica y, sobre todo, un recio temperamento artístico.

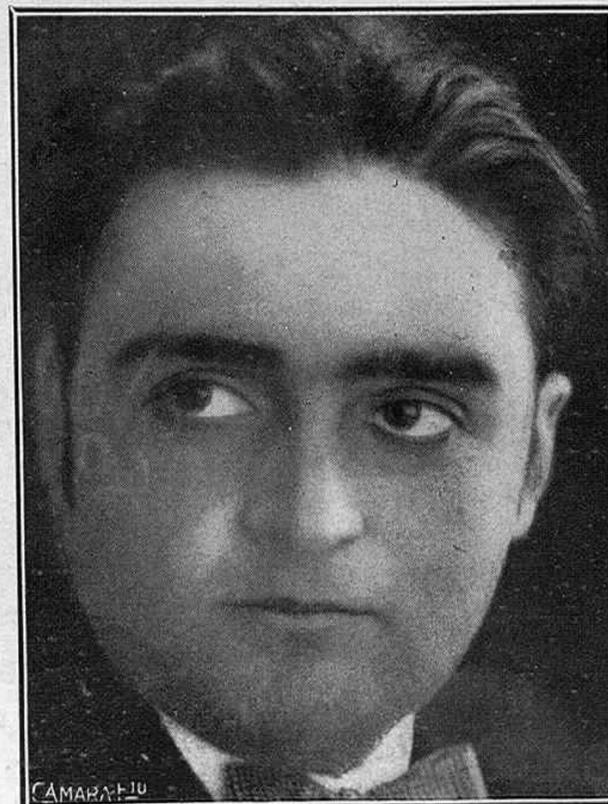
—Es cierto, sí, señor—nos dice, respondiendo a nuestras indicaciones—que la construcción en la zona de alturas limitadas de la Avenida Alfonso XIII avanza muy lentamente. Y ello es debido, quizá, a que el público cree que sólo pueden edificarse en dicha zona palacios ó chalets con vivienda para una sola familia, siendo así que las Ordenanzas Municipales, especiales para esta zona, no prohíben ni pueden nunca prohibir el que en un edificio como el que tengo en proyecto se distribuyan interiormente, en cada planta, dos ó más viviendas, con lo cual puede obtenerse de uno de estos edificios una buena renta; pues las viviendas serán muy solicitadas, por tener todas las habitaciones en fachada y por carecer de patios interiores, siempre antihigiénicos. El aspecto que tomaría la Avenida, con sus 75 metros de ancho, sus espléndidos jardines y su serie de edificios aislados, sería de una riqueza que no podrá nunca obtenerse con edificios de fachadas continuas.

—¿Y la crisis en la construcción...?

—Es cosa sabida—nos responde—que la intensidad de la construcción en Barcelona aparece ligada a los movimientos de los valores en la Bolsa; pues nuestros rentistas, ante una baja ó amenaza de los mismos, consolidan sus rentas con la construcción de fincas.

—¿Tiene usted algún proyecto inmediato?

—De momento, el edificio propiedad del doctor



DON JOSE M.^a RODRIGUEZ-LLOVERAS
Joven é inteligente arquitecto catalán, cuyos trabajos son de gran interés en la construcción moderna

año 1870 que quedó establecida la Casa, no ha hecho sino saborear los halagos del triunfo.

Son muchas las obras de todas clases que esta prestigiosa Casa ha ejecutado. De momento recordamos la gran fábrica Azucarera del Jalón, en Epila; fábrica de cervezas «Damm»; la casa número 21 de la Rambla de Cataluña; la de los barones de Bonet, en el Chaflán Cortes-Balmes; Mercado Central de Tarragona; reparación y reforma de la iglesia de Santa María del Mar; la Central Telefónica de Arenas; Edificio de la Hispania, en Plaza de Urquinaona; la Equitativa, en la Vía Layetana; la reforma, urbanización y construcción de varios edificios en el Monasterio de Montserrat; los edificios de Paquetes Postales y Aduana y un túnel en la estación de Port-Bou; dos casas para los señores Font de Rubinat; construcción de alcantarillado para el Ayuntamiento de Barcelona y la casa del señor Seguí y hoteles en San Feliu de Guixols, bajo la dirección del señor Rodríguez-Lloveras.

En la actualidad tiene la Casa Marcelino Padró é Hijo, importantes obras en ejecución, entre ellas la ampliación de la Fábrica de Cervezas «Damm».

La competencia, demostrada en toda ocasión, de la prestigiosa firma Marcelino Padró é Hijo, ha hecho imprescindible su cooperación en cuanto la circunstancia ha querido aportación de técnica; así, pues, uno de los gerentes de la Casa, don Marcelino, estuvo de apoderado de la empresa Riegos y Fuerzas del Ebro, durante las obras de las presas de San Antonio, en Tremp, y la de Aytona,

Las instalaciones eléctricas

El señor Lloveras, introductor de los más modernos elementos en el arte de la construcción, ha sabido elegir con acierto las Casas que de una forma patente han puesto de relieve, con su técnica moderna y competencia general, la superioridad de sus sistemas de trabajo.

Uno de los más importantes de estos elementos es la conocida Casa S. Codina, de instalaciones eléctricas.

Deseando dar á conocer á nuestros lectores los detalles más sobresalientes de la moderna construcción, nos personamos en el número 102 del Paseo de Gracia y Rosellón, 265, lugares donde tiene ins-



DON SANTIAGO CODINA

Propietario-director de la Casa S. Codina de Instalaciones Eléctricas

talado don Santiago Codina su despacho y oficinas, quien nos recibe con su amabilidad peculiar, dándonos á conocer todos los detalles de su bien montado negocio.

El señor Codina, hombre de clara percepción, culto y de un firme espíritu comercial, con gran sencillez en su conversación, nos va manifestando los distintos sistemas modernos que emplea en sus instalaciones eléctricas, de los cuales pudimos admirar algunos de ellos, precisamente en su artísticamente decorado despacho, en el cual existe una instalación combinada por el sistema moderno, empotrado, de gran lujo, donde no se percibe la instalación.

Después marchamos en su automóvil á visitar algunas de las obras ejecutadas y en ejecución, llamándonos la atención los sistemas empleados, los cuales son tan útiles y prácticos, que continuamente se están implantando por varios elementos similares del ramo.

Son innumerables los edificios de nueva construcción donde la Casa S. Codina ha colaborado. En los quince años que lleva dedicado al negocio, ha llegado á imponer de tal forma su competencia, que continuamente está obteniendo requerimientos de arquitectos y contratistas para colaborar en sus obras.

Paseando por las calles de Barcelona, es difícil, al ver una obra en ejecución importante y de moderna arquitectura, no contemplar en sus vallas el ovalado cartel de la popular Casa S. Codina.

Los continuos viajes que el vicepresidente de la Asociación de Industriales Electricistas y Anexos de Cataluña, señor Codina, realiza al extranjero para sacar todos los modernismos que sobre su ramo surjan, le hacen situarse en un plano superior al de sus similares, que siguen una ruta sistemática y rutinaria de trabajo.

Entre el gran número de obras que la Casa de don Santiago Codina ha puesto de relieve su gran técnica en el ramo, recordamos los Pabellones de

la Exposición Internacional correspondientes al Ministerio de Instrucción Pública; instalación de corriente alterna en la Universidad de Barcelona; las instalaciones generales de la Caja de Pensiones para la vejez y de Ahorro; la Caja de Ahorros sita en Coello y Casanova; el Banco de Vizcaya, de la Vía Layetana, 18; la casa de don Valentín Soler y el edificio social de la Compañía de Seguros, de Barcelona, ambas en la Vía Layetana; casa de los señores Mata y Pons; los importantes edificios de los señores Robert, Seguí, Beltrami y Cañellas, en la Avenida de Alfonso XIII; montura de su central, líneas de alta y baja tensión, cuartos de transformación, alumbrado público, etc., de la Eléctrica del Bastereny; el Palacio en la Avenida del Tibidabo, propiedad de don Juan Andrés; el edificio monumental de don T. Rius, situado en la calle de Muntaner, esquina Travesera; la casa de sesenta inquilinos, propiedad de don Francisco Paixa, en el Paseo de San Juan y calle de Rosellón, y muchos más, importantes todos, que sentimos no recordar.

Al despedirnos del señor Codina le mostramos nuestra admiración y le felicitamos por los resonantes triunfos de su sólida competencia.

La cerrajería artística

Los conocidísimos talleres de cerrajería artística de don Tomás Arandes, instalados en Roger de Flor, 318, han intervenido también, con su acierto peculiar, en las obras proyectadas y dirigidas por el señor Lloveras, aportando con su trabajo una feliz colaboración á aquéllas.

Si no bastara el prestigio adquirido en los 25 años que la Casa del señor Arandes lleva establecida, en cuyo tiempo tiene hartamente demostrada su pericia, su sola intervención en las obras del señor Rodríguez-Lloveras, bastaría para proclamar sus especialísimas dotes como principal factor de la construcción.

En algunas ocasiones oímos hablar del Sr. Arandes.

No supimos nunca que aquellos elogios, crecidos al parecer, se confirmasen después ante nuestros propios ojos con objetos artísticos de incalculable mérito.

Tanto en sus producciones, como en su organización interior, tiene el Sr. Arandes bien demostrada su competencia, pues la distribución de secciones é instalación de la moderna maquinaria de que dispone, dejan bien patente la gran inteligencia artística é industrial de su director don Tomás Arandes.

Don Tomás Arandes, persona modesta y artista grande de la cerrajería antigua y moderna, ha ejecutado infinidad de trabajos que han puesto de relieve el gran gusto y arte de la forja.

En la visita que tuvimos el gusto de hacer á su despacho y talleres, pudimos admirar la rica colección de objetos artísticos de hierro que, por su propia mano, han sido ejecutados, por lo cual no es de extrañar la fama de que goza entre el público que gusta de admirar el difícil arte de la forja.

De sus talleres, instalados con todos los modernos elementos, sale diariamente gran cantidad de trabajo perfecto, pues sus obreros, estimulados y dirigidos por su propietario y director, señor Arandes, coadyuvan á mantener el buen cimentado prestigio que la firma Tomás Arandes siempre ha tenido.

La carpintería

La razón social Batista y Juncosa, instalada en la calle de Córcega, números 578 y 580, ha colaborado muy eficazmente en cuantas obras lleva ejecutadas el arquitecto don José M.^a Rodríguez-Lloveras.

Esta firma industrial, que en la actualidad figura en la primera fila de las del ramo, fué creada hace unos diez años, aportando los dos socios exclusivamente el patrimonio de su trabajo. Y así han ido desenvolviéndose, laborando ambos con su inteligencia y seriedad comercial, por la creación de un prestigio, llegando á conseguirlo rápidamente entre su numerosa clientela, que no regatea elogios para estos jóvenes industriales de la madera.

Los talleres, instalados en un amplio local de su propiedad, disponen de todos los elementos y maquinaria que la moderna industria de carpintería requiere.

Son colaboradores de los principales arquitectos y contratistas de Barcelona, habiendo contribuido en estos últimos tiempos en la construcción de los edificios más importantes de Cataluña, de

los cuales recordamos, de momento, la casa del señor Robert, una torre magnífica en Palafrugell; dos edificios, uno en la calle Bailén y otro en la calle Angli; casino de Gerona y casa del señor Seguí, todas ellas con el arquitecto señor Lloveras; además, el Palacio de Italia de la Exposición y otras muchas obras no menos importantes que las citadas.

La calefacción

Uno de los factores más importantes que han colaborado con el arquitecto don José M.^a Rodríguez-Lloveras, en cuantas obras ha llevado á efecto este ilustre arquitecto, ha sido la prestigiosa Casa La Térmica, S. A.

Esta conocida firma industrial ha realizado todas las instalaciones de calefacción en los edificios bajo cuya dirección ha construido el señor Rodríguez-Lloveras.

Es tanta la importancia y técnica que La Térmica, S. A., tiene en estas instalaciones, que es colaboradora preferente de cuantos elementos constructores existen en Cataluña.

Además de las obras numerosas en que ha tomado parte esta Casa con el señor Lloveras y otros arquitectos de primera línea, recordamos, por su gran magnitud, el convento del Sagrado Corazón, de Sarriá; varios pabellones del Hospital Clínico y del Hospital de San Pablo; Hospital y Asilo de Gerona y muchos más de gran consideración y que sentimos no recordar de momento.

La Térmica, S. A., que si bien su especialidad, en la que obtiene los mayores triunfos profesionales, es la instalación de calefacciones, no por eso dejan de tener suma importancia las distintas secciones que tiene establecidas esta sociedad, como son: las secciones de instalación de ventilación, termosifón, instalación de limpieza por el vacío y ascensores «Schindler», antigua y conocida marca de gran aceptación.

La cristalería

Don Esteban Agusti, industrial joven del ramo de la construcción, ha llegado á captarse, dadas sus



DON ESTEBAN AGUSTI

Uno de los industriales de la construcción que más eficazmente trabajan en el ramo de Cristalería

condiciones personales, una corriente favorable al negocio que desempeña.

El señor Agusti, en competencia con las Casas más importantes del ramo, dispone de un crecido círculo de clientela que no escatima elogios para su seriedad y procedimientos comerciales.

Prueba de ello es la concesión para el suministro é instalación de toda clase de vidrios y cristales planos, en las más importantes obras que en estos últimos tiempos se han construido en Cataluña, y que recordemos, figuran entre ellas la estación nueva de Port-Bou; edificio de Caja, Titu-

los y Sanitario de la Compañía de M. Z. A.; Círculo Ecuéstre; casas de los señores Seguí y Robert; chalets de San Telmo, en San Felú de Guixols; chalets del señor Mallol, de la señora viuda de Roses y de don Guillermo Genover, de Palafrugell, etc., y cuantas obras lleva ejecutadas el señor Rodríguez-Lloveras y otros arquitectos importantes de Barcelona.

Patentiza la seriedad é importancia de esta Casa el hecho de ser colaboradora de la potente empresa constructora Material y Obras, S. A.

Los estucos

Son sinceramente plausibles estos hombres que, desde los comienzos de su vida de trabajo, no cuentan con otras dotes de apoyo para sus aspiraciones



DON JORGE AYALA

Estucador, que ha colaborado en los edificios más importantes que últimamente se han construido en Barcelona

que las exclusivamente personales, y se defienden en la vida, llegando á rodearse de cuantos factores son necesarios para su lucha.

En este caso se encuentra don Jorge Ayala, que sin otro patrimonio que su voluntad y esfuerzo personal, luchando contra todos los elementos que á su paso surgiesen, ha conseguido hacerse un nombre y una reputación.

Son pocos los años que el señor Ayala lleva dedicado al negocio industrial que en la actualidad dirige con pericia y seriedad; pero no importa ello, si en los ocho años que lleva establecido ha logrado colocarse en situación ventajosa dentro de sus compañeros del ramo.

Así que, en cuantas obras se han venido construyendo en Barcelona en estos últimos tiempos, va en ellas la mano del competente estucador don Jorge Ayala.

El gran número de obreros que á sus órdenes trabajan constantemente, acusan claramente la gran demanda que, de todas las fuentes de la construcción, se hace de este activo industrial.

Sería prolijo enumerar todas cuantas obras ha tomado parte el señor Ayala, aunque no estaría de más recordar algunas que por su magnitud y fino trabajo son muy conocidas en todos los sectores de la construcción moderna. Si mal no recordamos, además de haber tomado parte en cuantas obras ha llevado á efecto don José M.^a Rodríguez-Lloveras, han sido estucadas las del Asilo de San Juan de Dios, Sanatorio de Palafrugell y el grandioso edificio nuevo de la manzana de San Roque, cuyas obras son tan importantes como conocidas.

La técnica del señor Ayala ha llegado á dominar de una forma completa todo lo que á su industria se refiere, habiendo conseguido efectos magníficos en muchas imitaciones á mármoles y piedras.

Durante toda la campaña de información que estamos realizando sobre la arquitectura moderna de Barcelona, hemos oído en distintos sectores de la construcción palabras de elogio para este infatigable industrial que aporta á sus trabajos

todos cuantos factores son necesarios para un completo y perfecto trabajo decorativo de estuco.

Así, pues, hemos tenido ocasión de ver, en las recientes obras que ha tomado parte con el arquitecto don José María Rodríguez-Lloveras, perfectas imitaciones á madera, mármol, etc., que le han hecho, juntamente con todas las demás ejecutadas en los varios años de trabajo, acreedor á toda serie de elogios.

El Sr. Ayala es colaborador de los principales arquitectos de Barcelona, de los que se oyen justos juicios á su competencia.

Además de su despacho de la calle de Trafalgar, número 3, tiene unos amplios almacenes en la calle de Estruch, número 6 (Coll-Blanch) para todos los elementos de que dispone para sus artísticos trabajos decorativos.

La juventud y actividad de don Jorge Ayala, que en estos momentos ha creado un nombre acreditado dentro del ramo de la construcción, promete en el futuro culminar su prestigio, toda vez que no escatima introducir en sus trabajos decorativos cuantos modernismos de sistemas se conocen, á la par que ejecutarlos en condiciones muy ventajosas para su crecida lista de escogida clientela.

Los pavimentos

Dada la enorme cantidad de trabajo que pesa sobre el arquitecto señor Rodríguez-Lloveras, tanto en la ejecución de proyectos como en la dirección de los edificios que le están confiados, necesita estar rodeado de artistas é industriales de reconocida fama, que coadyuven con sus esfuerzos al fin que se propuso de conseguir la máxima riqueza con la máxima economía.

Por ello, no es de extrañar que, en materia de pavimentos, tenga casi como único cooperador la Casa E. F. Escofet y Compañía, de Barcelona.

Esta Casa, que cuenta cerca de medio siglo de existencia y que tiene ganadas las más altas distinciones en cuantos certámenes ha tomado parte, entre ellos la medalla de oro en la Exposición Universal, de Barcelona, de 1888; la de París, en 1889; Miembro del Jurado y Diploma de Honor, en la de Zaragoza, de 1908, y el Gran Premio en la actual Exposición Internacional de Barcelona, es la predilecta de todos los señores propietarios, arquitectos, ingenieros y directores, por su grande importancia y por la altura á que ha elevado la industria del mosaico en España, y que es universalmente conocida.

Los señores Escofet y Compañía fueron también los primeros que introdujeron en España los pavimentos monolíticos, litóxilos, que tienen registrados con el nombre «UNITAS» y que por sus especiales condiciones higiénicas, de ligereza, incombustibilidad é insonoridad, tienen mayores aplicaciones cada día y se hacen insustituibles en la marina mercante y de guerra, y en muchos casos de la edificación en general.

Otro ramo que alcanza gran importancia es la instalación de los aislamientos á base de aglomerados de corcho «THERMOSTAT» y que los señores Escofet y Compañía explotan desde el año 1914, con el mayor éxito, en los edificios públicos y particulares y en especial para la industria frigorífica.

La lampistería

Don José Carreras Calvo, industrial joven, que durante toda su edad de trabajo ha dedicado su actividad á la industria que le ocupa en la actualidad, circunstancia que le permite una gran competencia en el ramo de lampistería y fontanería, ha sido el encargado de llevar á cabo todas las instalaciones de agua y gas en los edificios que el arquitecto don José M.^a Rodríguez-Lloveras ha proyectado y dirigido.

En los cuatro años que lleva dedicado al negocio por cuenta propia, ha concurrido á la construcción de muchos é importantes edificios que durante este tiempo se han ejecutado en Barcelona.

Para las distintas labores que este especial trabajo requiere, dispone de personal apto y competente que contribuye á los éxitos profesionales del señor Carreras.

Una prueba patente de la competencia y pericia de este joven industrial, es que es colaborador de las importantes Casas que en Barcelona se dedican al ramo de la construcción.

De la conversación que en su despacho de la Travesía de San Antonio, número 15, sostuvimos con el señor Carreras, sacamos la impresión más favorable á los intereses de su industria.

Los ascensores

Los dos ascensores de la casa del señor Seguí y los tres de la casa del señor Robert, han sido instalados por la conocida y antigua Casa Enrique Cardellach y Hermano, S. en C.

Fué fundada esta prestigiosa firma en 1897.

Tan cimentado es el prestigio desde su fundación, que no es de extrañar que tenga hechas, en la actualidad, más de 1.500 instalaciones de ascensores, de los distintos é interesantes modelos de la Casa.

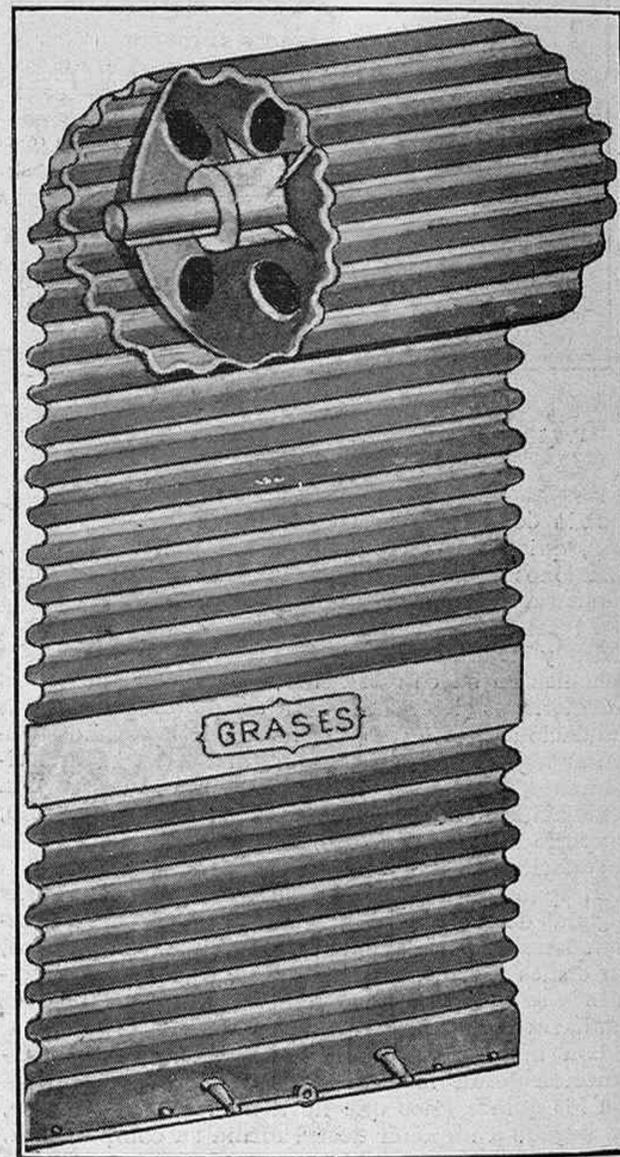
En la Exposición Internacional de Barcelona ha obtenido diploma de honor por los admirables trabajos presentados, recompensa que viene á sumar á las varias recibidas anteriormente.

Las puertas de acero ondulado

Después de visitar la fábrica que don Miguel Grases tiene instalada en la calle de Marina, 242, dedicada á la construcción de puertas de acero ondulado, tubulares, ballestas y demás sistemas, hemos conseguido que dicho industrial nos refiriera algunos pormenores de sus construcciones.

Establecido en 1926 y debidamente correspondido por sus favorecedores, pronto fué preciso el procurarse un local de más grande capacidad, para así mejor cumplir los compromisos de todos sus clientes, á cuyo efecto adquirió la fábrica que, de dicha industria, tenía establecida don A. Blanch, desde el año 1900.

Con gran intensidad ha suministrado su especialidad para un sin fin de obras, entre las que sobresalen las de los arquitectos señores Rodríguez Llo-



veras, Truñó, Valeri, Martínez y las de los constructores de obras señores Basch, Carreras, Roses, Alvarez, Curto, Cardus, Tuca, Coll y Esern, Ribas, Gabarró, Rodríguez, Torné, Panchame, Piera, Sans, Servent, Cañellas, Fiestas, Albella, Junyent, Poch, Cucurella, Alá, Bea, Cañameras, Banlo, Frigola, Caymel, Pastó, Carbonell, Asis, Gili, Orriols, Viñals, etcétera, etc.

Además han sido en gran número los suministros efectuados para importantes obras del resto de España.

Por la importancia de las obras realizadas para las firmas descritas, se demuestra el celo puesto por el laborioso industrial en el cumplimiento de sus compromisos para con todos sus clientes, ya